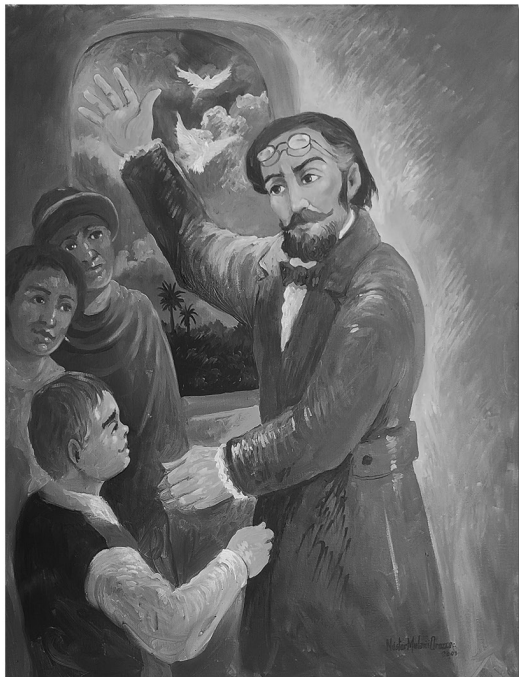


Magaldy Téllez y María Lourdes González-Luis (eds)



SIMÓN RODRÍGUEZ

EL MAESTRO IRREVERENTE



UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
SIMÓN RODRÍGUEZ
Decanato de Postgrado y Educación Avanzada

SIMÓN RODRÍGUEZ — *El Maestro Irreverente*

Hecho en la República Bolivariana de Venezuela.

Ediciones DP del Decanato de Postgrado y Educación Avanzada
de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

**2da. calle con 2da. transversal, Quinta Portofino,
Urb. Campo Alegre, Chacao. Caracas. Venezuela.**

Visita la mini web: https://linktr.ee/Ediciones_DP

ISBN: **978-980-288-084-3**

Deposito legal: **MI2023000674**

Copyright: **UNESR**

Cubierta: **Luis Eduardo Pérez Gutiérrez.**

Imagen de Simón Rodríguez en cubierta pertenece cuadro de **Néstor Melani Orozco** (2001). Fotografía de **Luis Eduardo Pérez Gutiérrez.**

Diagramación y montaje: **Luis Eduardo Pérez Gutiérrez.**

Corrección: **Magaldy Téllez y Sandra Moreno.**

Edición al cuidado de **Magaldy Téllez y María Lourdes González-Luis.**

AUTORIDADES DE LA UNESR

Ana Alejandrina Reyes Páez

Rectora

Luis Rodolfo Bracho Magdaleno

Vicerrector Académico

Ana Endrina Gómez Durán

Vicerrectora Administrativa

Marcos Alirio Medina Silva

Secretario

AUTORIDADES DEL DECANATO DE POSTGRADO Y EDUCACIÓN AVANZA DE LA UNESR

Luisa Fernanda Zambrano Díaz

Decana de Postgrado y Educación Avanzada

Vanessa Alejandra Azuaje Rondón

Directora de Formación

Juan Nepomuceno Silverio Alejos

Director de Investigación

Dustin Enrrique Valera Camatua

Director de Cooperación, Educación Continua e interacción con las comunidades

Dora María Saldivia Rivero

Directora de Secretaría

Janet Aurora Peñaloza Reinoso

Directora de Administración

Olady Susana Agudelo Esteves

Responsable de la Unidad de Publicaciones

ÍNDICE

A manera de Prólogo:

La irreverencia hasta el último suspiro

Sandra MORENO GONZÁLEZ7

PRESENTACIÓN

Magaldy TÉLLEZ & M^a Lourdes GONZÁLEZ-LUIS 17

Entre pintar las palabras y el aforismo.

El estilo de Simón Rodríguez

Rosa Elena PÉREZ MENDOZA..... 31

El «en-cuento» de Thomas y Simón Rodríguez:

El maestro que aprendió errando para

inventar una escuela de la hospitalidad

Andrés GONZÁLEZ NOVOA, María Daniela MARTÍN
HURTADO, Paula MORALES DOMONELL & Pedro PERERA
MÉNDEZ..... 55

Simón Rodríguez, un extraño

filósofo de la educación

Gregorio VALERA-VILLEGAS..... 95

**Pensamiento y Acción de Simón
Rodríguez en Tiempos de Revolución**

Iluska Coromoto SALAZAR 123

**Simón Rodríguez: Una pulsión liberadora
que nos sigue interpelando**

M^a Lourdes GONZÁLEZ-LUIS (*Kory*) & Magaldy TÉLLEZ.. 153

A modo de epílogo.....209

A MANERA DE PRÓLOGO: LA IRREVERENCIA HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO

Sandra MORENO GONZÁLEZ

Aislado y sin medios de asistencia, sufría lenta agonía el enfermo [...] pasaron unos días y me sorprendió una mañana don Simón diciéndome que fuera a llamar al cura. Me dirigía a casa de éste y fui mal recibido; el cura me contestó que no quería ver a un protestante. Insistí, manifestándole que deseaba confesarse. Entonces convino en acompañarme.

Don Simón tan luego lo vio se incorporó en la cámara, hizo que el cura se acomodara en la única silla que había y comenzó a hablar algo así como una disertación materialista. El cura quedó estupefacto, y apenas tenía ánimo para pronunciar palabras tratando de interrumpirlo.

Era yo muy joven y no comprendía el alcance de lo que decía don Simón: sólo recuerdo que manifestaba al cura que no tenía más religión que la que había jurado en el Monte Sacro con su discípulo. Volviéndose hacia mí, dijo que saliera.

A las once de la noche –aquel 28 definitivo– comenzó la agonía; exclamaba; “Ay mi alma”. Expiró y permanecí cerca del cadáver hasta la madrugada.

Testimonio de Camilo Gómez, en Torres, A. (2019, p.31)

La narración sobre las últimas horas del Maestro Simón Rodríguez, en medio de condiciones muy duras, describe a ese espíritu indómito que hasta el último aliento se mantuvo consecuente con sus principios, a ese viajero de diversos mundos, inconforme, lúcido y desaliñado, que reprobó durante su vida, y aun después, los valores y expresiones sociales que en cualquier tiempo apestasen a injusticia e inhumanidad. Un hombre – Maestro – irreverente hasta el último suspiro.

Y es que no encuentro mejor título para esta valiosa obra, que no requiere de prólogos que la argumenten o la defiendan. Su valor reside en sí mismo, en el valioso contenido que recorre, desplegando el carácter polifacético del pensamiento de Rodríguez y su profunda significación.

Yo creo que no es posible leer al Maestro como si no hubiera ocurrido nada, más aún en tiempos que nos exigen una enorme responsabilidad. Tiempos donde, en términos de Ricoeur, urge el deber de la memoria. Y es que estamos obligados a repensar todo, estamos obligados a repensar la política, la educación, nuestros modos de vivir, todo y, fundamentalmente, a partir de los conceptos y nociones perversas que les subyacen y sustentan. Es mucho lo que falta por entender aún.

El pensamiento de Simón Rodríguez constituye una auténtica puerta del tiempo, que nos permite recorrer, viajar, sin rutas rigurosas o estáticas del presente al pasado y retornar, especialmente en tiempos donde exhibirse basta y pensar sobra, para volver a pensar y entender, reconocerlo en nosotros y en los mundos posibles por construir.

Este texto lleno de diversas miradas se convierte en una razón que expone el lazo que podemos tener entre nosotros, el compromiso de pensar y sentir de otro modo, el imperativo de abrir espacios a una educación con sentido que haga frente a los estragos a los que estamos sometidos. Al recorrer sus líneas

nos encontraremos con valiosos aportes que van desde Entre pintar las palabras y el aforismo. El estilo de Simón Rodríguez de Rosa Elena Pérez Mendoza, pasando por El «en-cuento» de Thomas y Simón Rodríguez: El maestro que aprendió errando para inventar una escuela de la hospitalidad, de Andrés González Novoa, María Daniela Martín Hurtado, Paula Morales Domonell y Pedro Perera Méndez, para luego encontrarnos con Simón Rodríguez, un extraño filósofo de la educación de Gregorio Valera-Villegas, posteriormente encontrarnos con el Pensamiento y Acción de Simón Rodríguez en Tiempos de Revolución de Iluska Coromoto Salazar, concluyendo con Simón Rodríguez: Una pulsión liberadora que nos sigue interpelando de M^a Lourdes González-Luis (*Kory*) y Magaldy Téllez, compiladoras de esta valiosa entrega.

Ciertamente, es una necesidad reconocer-nos, creer, vincularnos y tener en cuenta que la afinidad de pensamientos involucra la de sentimientos, de fe y convicción de que es posible “...el loco intento de probar, que los hombres pueden vivir como Dios les manda que vivan...” (Rodríguez, S. 2016, p.592)

Adentrarnos en este libro nos permite reconocer el tono irreverente y radical de Simón Rodríguez, su vocación por los más desposeídos, el imprescindible vínculo entre la ética y la vida, la educación y las virtudes sociales, el espacio de una educación otra que desde el pensamiento del Maestro asegure la ruptura con la tradición que niega el despliegue de las posibilidades de ser y que a la vez nos interpele constantemente, nos convoca superar las farsas y palabrerías que permanecen incólumes aun en estos tiempos. Así como decía:

Los maestros, no han de enseñar por apuesta, ni prometer maravillas... porque no son jugadores de manos—los discípulos no se han de distinguir por lo que pagan, ni por lo que sus padres

valen—en fin, nada ha de haber en la enseñanza, que tenga visos de farsa: las funciones de un maestro y las de un charlatan, son tan opuestas, que no pueden compararse sin repugnancia. (2016, p.352).

Como ya mencionaba, en esta obra encontramos miradas que nos conectan con el carácter irreverente y la profunda preocupación social de un hombre adelantado a su época que dedicó su vida a luchar por los olvidados de la tierra, por los pobres. Miradas que nos revelan a un hombre mucho más complejo y fascinante de lo que a la historia oficial le ha interesado y ha dejado entrever. Pero también, van fluyendo como una suerte de convocatoria a comprometernos con los sueños de ese hombre incomprendido, cuestionado y marginado por sus contemporáneos y reconocer-nos como compañeros de infortunio. En efecto, ya en los años finales de su vida, ante el desprecio por sus propios “paisanos”, dirige una carta al Sr. Don José Ignacio París, de fecha 30 de enero de 1847, donde dice:

Ya estoy cansado de verme despreciar por mis paisanos. Abogaré sí por la primera enseñanza como lo he hecho siempre, porque mi patria es el mundo y todos los hombres mis compañeros de infortunio. No soy vaca para tener querencia ni nativo para tener compatriotas. Nada me importa el rincón en que me parió mi madre, ni me acuerdo de los muchachos con quienes jugué al trompo (Rodríguez, 2001, p.201).

Ciertamente, su preocupación por los olvidados de la tierra, aquellos que no tenían voz ni representación en la sociedad, desde los inicios de su carrera como maestro, constituyó la esencia de los preceptos concebidos para la educación de los niños y jóvenes más desfavorecidos y entendía que el acceso a la educación era la clave para romper el ciclo de la pobreza e

impulsar la movilidad social.

El Maestro Simón Rodríguez no solo teorizaba sobre la importancia de la educación para los pobres, sino que fue una práctica a lo largo de su vida. Durante sus años de exilio en Europa, Rodríguez estableció escuelas populares en varios países, donde acogía y educaba a niños provenientes de familias humildes. Fue un pionero en aplicar métodos pedagógicos innovadores y adaptados a las necesidades de sus alumnos, rompiendo con la rigidez de los sistemas educativos tradicionales.

También nos encontraremos con su visión revolucionaria, con su idea y práctica de una educación concebida desde la hospitalidad, entendiendo la misión de la escuela como un acto noble, capaz de transformar sociedades y apostar por construir un mundo más justo y equitativo. Se nos invita a descubrir cómo la figura de Simón Rodríguez se convierte en un faro de inspiración para quienes sueñan con un mundo más humano y solidario. La visión de Simón Rodríguez sobre la educación para los pobres enmarcada en su filosofía de la hospitalidad, no constituía simplemente un acto de amabilidad, sino una poderosa herramienta de transformación social. El Maestro estaba convencido de que la educación debía ser acogedora, inclusiva y recibir a todos sin distinción. En estos elementos se sustenta su idea de educación para la hospitalidad, en la que prioriza la formación integral de los individuos, fomentando la solidaridad, el reconocimiento y el respeto al otro.

La obra del Maestro Simón Rodríguez, su legado pedagógico, se enfoca en la necesidad de transformar las estructuras sociales y políticas que oprimen a los pobres. Rodríguez abogaba por la abolición de la esclavitud, la redistribución de la riqueza y la participación activa de todos los ciudadanos en los asuntos públicos. Sus ideas revolucionarias

resonaron en su discípulo y compañero, el Libertador Simón Bolívar, quien llevó adelante la lucha por la independencia de América Latina basándose en los principios de justicia social que había aprendido de su maestro.

La figura de Simón Rodríguez ha pasado a la historia como un maestro irreverente y visionario, capaz de desafiar las normas impuestas y de luchar incansablemente por los más desfavorecidos. Su preocupación por los pobres y su visión de una educación basada en la hospitalidad nos sigue interpelando en la actualidad. En un mundo donde las desigualdades persisten y la exclusión social es una realidad cotidiana, sus ideas nos incitan a reflexionar y a hacernos cargo, comprometernos con rehacer el mundo, con soñar y luchar por un mundo, en palabras de Freire, menos feo, menos cruel y menos inhumano, un mundo donde sea más fácil amar.

De cada palabra estampada por la pluma de Rodríguez percibimos, además de su estilo de escritura enérgico y sin concesiones, una profunda pasión y rebeldía, la expresión de su pensamiento crítico y su profundo cuestionamiento a las estructuras de poder establecidas. La manera en que se expresa nos recuerda que el lenguaje puede ser una poderosa herramienta de resistencia y cambio, capaz de desestabilizar los discursos dominantes y dar voz a los oprimidos.

Pero la contribución de Rodríguez va más allá de su manera de escribir. Su propuesta y práctica pedagógica marcan un hito en la historia de la educación. El Maestro entendía que la educación no podía limitarse a la mera transmisión de conocimientos, sino que debía ser un proceso emancipador que formara integralmente para enfrentar los desafíos del entorno, de la vida, del mundo. Rodríguez nos convoca a repensar la educación como un proceso de liberación. La palabra de Rodríguez es un permanente llamado de atención que cobra

nuevamente espacio en cada rincón de este texto, una exigencia a actuar, a soñar en ese mundo y una advertencia que hace eco en Freire, cuando señala

...a los militantes que continúan luchando por un mundo menos feo -sobre la necesidad de que sus tácticas primero, no contradigan su estrategia, sus objetivos, su sueño; (...) que esas tácticas, en cuanto camino de realización del sueño estratégico, se dan, se hacen, se realizan en la historia, y por eso cambian- (...) Soñar no es sólo un acto político necesario, sino también una connotación de la forma histórico-social de estar siendo mujeres y hombres. (2018, p.116)

El compromiso social y la irreverencia del Maestro Simón Rodríguez emergen nuevamente, y como siempre que encuentren espacio para resonar, como una fuente inagotable de inspiración. Su incansable, valiente y decidida lucha por los pobres y su visión transformadora de la educación nos invitan a repensar nuestras propias responsabilidades como ciudadanos y educadores.

Esta interpelación del Maestro Simón Rodríguez se hace aún más relevante en tiempos de permanente asedio del neoliberalismo, un tiempo de privilegio para ofrecer todas las mejores condiciones para la mercantilización de la educación y la profundización de las desigualdades sociales. Sus ideas nos desafían a resistir en la preocupante realidad que enfrentamos actualmente y que nos exige recuperar y reapropiarnos de los principios y valores de su legado. En un mundo globalizado y en constante cambio, su enfoque pedagógico se vuelve más relevante que nunca.

En definitiva, en este valioso libro encontramos un llamado a revalorizar el pensamiento y obra de Simón Rodríguez, dando

inicio a un viaje que nos llevará a explorar su pensamiento, vida y obra y a re-descubrir su relevancia y significación en nuestro tiempo. A través de estas páginas, invitamos al lector a sumergirse en la irreverencia de este personaje apasionado y visionario, cuyas ideas nos desafían a repensar nuestras propias concepciones y a buscar un camino hacia una vida buena y digna, con la que sueñan quienes creen y se esfuerzan en la construcción de mundos posibles, rompiendo las ataduras y prisiones que nos impiden ser lo que podemos ser. Ataduras que se convierten en cerrojos de nuestras propias almas, que nos deshumanizan. Y es que pensar en una vida buena exige educar de otro modo, reconocer la educación como un acto de amor conectado con el “arte de vivir”, que en palabras del Maestro Rodríguez, se nos advierte que,

...no se pierda de vista que instruir no es educar: ni la Instrucción puede ser un equivalente de la Educación, aunque instruyendo se eduque. Es prueba de que con acumular conocimientos extraños al arte de vivir, nada se ha hecho para formar la conducta social (2016, p.329).

De nosotros queda reconocer—nos con el deber de amar al mundo como para comprometernos y responsabilizarnos para contribuir a “...hacer menos penosa la vida” (Rodríguez, 2016, p.349). Nos corresponde compartir la carga sobre sus hombros, de su vida que renace por siempre “...tan andariega como gozosa, tan gozosa como controversial, excedida en gastos de energía en su confrontación desfavorable con el mundo...” (Cúneo, 2008: XII) y abrir “la historia: y por lo que aún no esté escrito, lea cada uno en su memoria...” (Rodríguez, 2008, p.87)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Cúneo, D. (2008) “Aproximación a Simón Rodríguez”, en *Inventamos o Erramos*. Biblioteca Básica de Autores venezolanos. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana,
- » Freire, P. (2018) *Pedagogía de la esperanza*. México: Editorial Siglo XXI Editores
- » Rodríguez, Simón (2001). *Cartas. Estudio introductorio*. Jesús Andrés-Lasheras. Caracas: Ediciones Rectorado Universidad Experimental Simón Rodríguez
- » Rodríguez, Simón (2008). *Inventamos o Erramos*. Caracas: Biblioteca Básica de Autores venezolanos. Monte Ávila Editores.
- » Rodríguez. Simón (2016). *Simón Rodríguez, Obras Completas*. Caracas: UNESR
- » TORRES CARRILLO, Alfonso. (2019). AAVV. *Simón Rodríguez de oficio Maestro. Pionero de la pedagogía popular en América Latina*. Editorial Laboratorio Educativo. <https://exempligratia publica.la/reader/simon-rodriguez-de-oficio-maestro-pionero-de-la-pedagogia-popular-en-america-latina-cropped?location=31>

PRESENTACIÓN

Magaldy TÉLLEZ

M^a Lourdes GONZÁLEZ-LUIS

El mundo al revés nos enseña a padecer la realidad en lugar de cambiarla, a olvidar el pasado en lugar de escucharlo y a aceptar el futuro en lugar de imaginarlo. En su escuela son obligatorias las clases de impotencia, amnesia y resignación.

Pero está visto que no hay desgracia sin gracia, ni cara que no tenga su contracara, ni desaliento que no busque aliento. Ni tampoco hay escuela que no encuentre su contraescuela.

Eduardo Galeano.

Este libro se gesta en un fecundo y viejo vínculo entre el Decanato de Postgrado y Educación Avanzada la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez y el equipo de investigación en Pedagogía Crítica (PEDACRI) de la Universidad de La Laguna, coordinado por la Dra. M^a Lourdes González-Luis, en torno a la línea de investigación “Ética, política y educación” coordinada por la Dra. Magaldy Téllez, dentro del Programa de Estudios Postdoctorales en Filosofía y Ciencias Humanas en Nuestra América. Y nace del intento de invitar a asumir la importancia de ponernos a la escucha de las

fecundas resonancias del pensamiento de Simón Rodríguez, el Maestro inventor de la *educación popular* en la América Andina del siglo XIX; resonancias que implican los vínculos entre su *vida*, su *filosofía*, su *visión política* y su *propuesta educativa*.

Una pregunta ha impulsado y atraviesa el tono de este libro: ¿El pensamiento del Maestro puede sernos contemporáneo?, asumiendo que sí, que sigue ofreciéndonos importantes claves para dar sentidos a lo que pensamos, decimos y hacemos en educación y en sociedad. Se trata de una tarea que, a nuestro entender, se ha tornado particularmente acuciante en nuestros tiempos, no sólo debido a la persistencia de diversas formas de exclusión social y de desigualdad, sino también al vaciamiento de sentidos que viene dando lugar a la especie de pobreza experiencial en que vivimos, a escala planetaria. Ello, como efecto del predominio de las lógicas de dominio, control y cálculo, en un mundo donde la aceleración, la obsolescencia, el consumismo y la competitividad, se han hecho norma, lo que resulta indisoluble del capitalismo neoliberal en el que casi todo queda engullido en sus lógicas de mercado.

A estas realidades no escapa América Latina, donde se han impuesto nuevas formas de colonialidad que hunden su emergencia en realidades que el maestro Rodríguez vivió, no sólo impugnando de manera incansable el estado de cosas de su tiempo, sino también emprendiendo de manera incesante la tarea de transformar la educación poniendo en juego la estrecha conexión entre educación, igualdad, libertad, ciudadanía y República. Tarea radicalmente contrapuesta a las lógicas coloniales que persistieron en los tiempos de pos-independencia.

Con Simón Rodríguez emerge un modo otro de hacer escuela que, transgrediendo el hacer escuela de los defensores del estado de cosas buscó devolver a los desheredados de estas tierras suramericanas aquello que les fuera despojado:

su tierra, su cultura, su lengua, su modo de vida, formándolos como ciudadanos de las nuevas repúblicas. Dicho de otra manera: «Hacer escuela», en el sentido de educar de verdad a todo el pueblo, para ayudar a cada uno y a todos a encontrar lo que se es, para construir una vida-en-común, para hacer una sociedad más justa para todos y cada uno, para que la educación liberadora cumpla la tarea que le es propia, la de ayudar a vivir una vida digna de ser vivida. «una vida que valga la pena de ser vivida». Se trata de hacer repúblicas-haciendo escuela y de hacer escuela-haciendo repúblicas, porque no hay ni habrá repúblicas sin ciudadanos, o “repúblicos” en términos rodrigueanos.

Este es el núcleo del proyecto político-educativo del maestro Simón Rodríguez; un proyecto en el que su «hacer escuela» implicó el denso e intenso tejido de inagotables ejercicios de pensamiento, irreverencia, ensayo y libertad, radicalmente opuestos al servilismo, la opinión, la imitación, la sujeción, de sus tiempos. Ese denso e intenso tejido sigue siendo la razón fundamental para pensar y hacer escuela en nuestros tiempos, dejándonos interpelar por el maestro, quien nos sigue llamando a hacer escuela tejiendo esos ejercicios y la vida. Como afirma Kohan: «Simón Rodríguez plantea esta alternativa de varios modos, en muchos contextos, a propósito de diversas cuestiones, en diferentes momentos. Es una alternativa filosófica, pedagógica, política, existencial. Es allí donde se juega lo que somos, y el proyecto de lo que podemos ser» (2014, pp. 71-72).

La obra de Simón Rodríguez permaneció demasiado tiempo ignorada, ninguneada o manipulada y disminuida. Incluso los estudios que se han hecho —muchos de ellos, magníficos— se han restringido a sus proposiciones pedagógicas y a lo anecdótico de su larga, transgresora y atormentada vida. En la

mayor parte de los casos, los trabajos apologéticos sobre nuestro pensador, han recalado y presentado solo aquellos aspectos que resultaran inocuos o fueran tolerables y transigibles ante el modelo hegemónico instalado; ello ha ocultado o maquillado el carácter profundamente revolucionario que realmente se desprende de su pensamiento, el reto permanentemente cuestionador e incordiante de su discurso y su praxis.

Intentaremos pues, con esta contribución, transitar por otros lugares y con otras miradas, la complejidad rupturista y vigente de una voz singular que sigue resonando hoy. Este pensador libertario, maestro republicano, reclamante de la emancipación mental, fabricante de velas para iluminar la América libre... trastoca el viejo aforismo cartesiano del *cogito ergo sum*; aquel *pienso, luego existo* se convierte con Simón Rodríguez en el más tentador y certero... *pienso, luego estorbo*.

¿POR QUÉ REVISITAR HOY LA VIDA, OBRA Y PENSAMIENTO DE RODRÍGUEZ? PARA REVELAR LA PALABRA POLÍTICA

...digo: libertad, digo: democracia, y de pronto siento que he dicho esas palabras sin haberme planteado una vez más su sentido más hondo, su mensaje más agudo, y siento también que muchos de los que las escuchan las están recibiendo a su vez como algo que amenaza convertirse en un estereotipo, en un cliché sobre el cual todo el mundo está de acuerdo porque esa es la naturaleza misma del cliché y del estereotipo: anteponer un lugar común a una vivencia, una convención a una reflexión, una piedra opaca a un pájaro vivo.

Julio Cortázar

Las palabras-cliché, dice Cortázar, son palabras gastadas por el uso, romas, sin filo; palabras que se pronuncian y se escuchan casi automáticamente, superficialmente, sin encarnación singular en el cuerpo ni en el alma; palabras muertas, solidificadas y opacas que ya no son capaces de captar ni de expresar vida; palabras comunes y homogéneas que ya no pueden incorporar un sentido plural. Por eso, quizá, nos pasa lo que a Peter Handke, “queremos escribir de manera política y las palabras nos faltan”. Este libro busca recobrar las palabras ‘justicia’, ‘libertad’ e ‘igualdad’ en tanto que esas palabras dicen, de cierta manera, lo pedagógico y lo político. Intentaremos resistir a la banalización y a la instrumentalización interesada de esas palabras, volver a significarlas, hacerlas más hondas, más afiladas, más vivas, menos inofensivas, menos asimilables, más difíciles de pronunciar.

Se trata de una invitación a repensar la justicia, la libertad y la igualdad y, desde ahí, proponer un debate intempestivo sobre el modo como conectamos la educación y la política.

Palabras vividas, reflexiones que nos sitúan del lado de las experiencias vivientes y, al mismo tiempo, nos lanzan tras las huellas de las acciones constituyentes y emancipadoras «La conciencia de la emancipación es, en primer lugar, el inventario de las competencias intelectuales del ignorante», escribe Rancière (2003, p. 23), sobrepasando esa soledad sonora que aísla al hombre; unas acciones que llevan en sí mismas una resignificación de otra educación y otra política que construimos cada día, que construyen cada día la justicia, la libertad y la igualdad, *ex novo*, y su capacidad de invención —pronuncia, anuncia, denuncia,...— y que instituyen nuevas conexiones entre lo pedagógico y lo político, singularmente y/o colectivamente, anulando el proceso de neutralización perenne —atontamiento, falsa emancipación comunicativa,

reducción a una falaz sabiduría,...— que el continuo vaciado de contenidos y prácticas, la estrecha mecánica homogeneizadora, la triste poda, sistemática y azarosa, de las palabras y de los acontecimientos y el tenaz control-gestión pedagógico y político tratan de perpetuar.

Pronunciar una palabra es situarse en los rastros que trae y en los caminos que abre. En la intersección entre educación y política, las palabras ‘justicia’, ‘igualdad’ y ‘libertad’ vienen de lejos. Están tan trivializadas entre nosotros que, cuando se las dice, casi todos están de acuerdo. ¿Será que podemos seguir llevándonoslas a la boca? ¿Será que seremos capaces de lanzarlas hacia el porvenir? ¿Y de situarnos con ellas en una dirección en la que aún puedan ser el lugar del desacuerdo? ¿Será que podremos arrancarlas del cliché? ¿Será que nos permitirán escribir (pensar, educar), de una manera política que tenga que ver con nosotros?

Sobre esta forma original de enunciar circula el estudio de profesora Rosa Elena Pérez Mendoza sobre la escritura del maestro Rodríguez, en su teto titulado “Entre pintar las palabras y el aforismo. El estilo de Simón Rodríguez”. Esa comunicación escrita que transita entre ‘palabras pintadas’ y ‘aforismas’ confiriéndole un estilo propio a una voz radical e irreverente. *Un discurso atípico en la primera mitad del siglo XIX latinoamericano en el cual la contestataria y visionaria lucidez de sus ideas, junto a la singular forma de organizarlas en el papel difieren de forma tajante del conjunto de textos que conforman lo que algunos denominan las “escrituras fundadoras de las naciones latinoamericanas.*

No hay asunción completa de la responsabilidad personal con el mundo, si no se experimenta vitalmente ese ‘hacerse cargo’ del otro que se inaugura, sabiendo, además, que toda enseñanza será quimera, que hay un consustancial *no-poder*

en el educador, que se trata de posibilitar la conquista de la autonomía y ello puede derivar en todo lo contrario a lo que se proponía; que se educa ‘para la libertad’ educando en ejercicio de libertad, que formar para transformar siempre genera transgresión, conflicto de subjetividades, enfrentamiento doloroso al saber que me revela y me rebela.

La educación constituye una traducción dinámica de formas de conflicto, porque toda educación posee una naturaleza política, a la vez de que toda relación política es una relación educativa. Como tal, trata en el fondo de la construcción de subjetividades, sean éstas subordinadas a la reproducción continua del sistema actual o, en la alternativa, emancipadas para su transformación, involucrando unos nuevos fines éticos. Por tal motivo, la educación se tiene que relacionar íntimamente con el mundo de la vida. Los saberes emancipadores han de construirse tejiendo pensamiento crítico y prácticas transformadoras de nuestra relación con el saber, con lo real, con nosotros mismos y con los otros, involucrando por tanto otros repertorios epistémicos, políticos, éticos y estéticos. Además, tiene que recoger la necesaria complejidad de esa misma vida; de ahí que su imprescindible perspectiva transdisciplinaria, es decir, poner en juego la transgresión de la arbitraria compartimentación o clasificación disciplinaria del saber, que nos induce a comprensiones parciales y simplistas de la realidad. Estamos hablando, entonces, de apostar por la transescuela

En ese vínculo entre filosofía, educación y vida transitan las reflexiones del equipo de investigación en Pedagogía Crítica de la Universidad de La Laguna, integrado por los profesores Andrés González-Novoa, M^a Daniela Martín Hurtado, Paula Morales Domonell y Pedro Perera Méndez; reuniendo, en primera instancia, los conceptos de República e igualdad, desde

la concepción de República como instauración del principio de igualdad radical y la consolidación de lo público como el espacio de cohesión de la sociedad civil y la política. Así arriban en segundo lugar en la vocación rodrigueana para, por y con los desarrapados, desde la figura del buen maestro que construye su proyecto educativo entre la pedagogía crítica y las virtudes sociales, repensando la función docente desde el herético ejemplo de D. Simón y proponiendo un magisterio inquieto y una escuela hospitalaria.

Y no, seguramente todo esto no tenga nada que ver con las preocupaciones, y mucho menos con las ocupaciones, por donde han discurrido ríos de tinta, legislaciones, normativas, reformas oficiales e, incluso, alternativos programas de renovación de la función docente, actualizaciones curriculares, metodológicas y evaluadoras, o implementaciones que se suponen vanguardistas pero que son de corte mesológico o tecnológico, pues expresan la obsesión por renovar los medios, perdiendo de vista los fines. La jerga de la empresa incorporada a la academia. El lenguaje, modos y usos mercantiles se han adueñado de los claustros; han penetrado las políticas educativas, los centros docentes y hasta las conciencias del profesorado. Es una trampa medida y calibrada. Ni tiempo, ni ganas para lo importante, para revisar los por qué, cómo y para qué de lo que hacemos; ni para generar espacios donde compartir inquietudes, críticas, enfrentamientos o recreaciones a lo dado.

Mientras los educadores, transmisores del conocimiento o portadores de la cultura de cualquier ámbito, maestros, profesores, investigadores, académicos, intelectuales, pensadores y hasta artistas estén dentro del canon y, además, impelidos al sostenimiento y la canonización de un orden dado, ... no habrá resquicios para la irreverencia o la herejía, al menos no significativamente. Ha sido una inteligente estrategia sistémica

para erradicar la figura creativa y abierta intelectualmente del docente e imponer un perfil de profesor siervo de un pequeño mundo de presunta especialización y realmente endogámico. Ese mundillo de castas alardea de rigor mientras se esconde tras un lenguaje críptico y oscurantista.

Para ir asumiendo esos desafíos en la labor docente debemos plantearnos la necesidad de una nueva gramática del sistema educativo, una nueva retórica del magisterio y una nueva dialéctica de la comunidad educativa. Todo ello inscrito en una resemantización del saber, otra visión y abordaje de los saberes: complejizados, reformulados, colectivizados, emancipados, recreados. Lo pedagógico recupera así su originaria vocación de puente entre la ética y la política. La educación es entendida, entonces, como genuino acto ético-político.

Fue así como la entendió D. Simón, ese *extraño filósofo*, como lo denomina el profesor Gregorio Valera Villegas en su aportación titulada “Simón Rodríguez, un extraño filósofo de la educación”, donde nos presenta una aproximación al personaje desde su proceso de formación, desde la *bildung* personal, ese cultivo del sí mismo donde filosofía y educación forman un uno inescindible conformando ‘el irrepetible ser que llegó a ser’. Porque, en palabras del Prof. Valera, *Rodríguez, ese extraño filósofo de la educación, en su bildung nos muestra su con-formación como filósofo cosmopolita adelantado a su tiempo y circunstancia, la que intenta salvar a como diera lugar por medio de su inquieto ensayar proyectos educativos y políticos, y acrisolar uno de sus más importantes legados el de la educación popular y la igualdad radical como principio ético-político. Ese pensar-filosofar que, entre yerros e invenciones, buscaba irreverentemente un ser humano nuevo.*

La profundidad de esta subversión y la búsqueda por restablecer la integralidad como punto de partida exigen una

completa refundación de la sociedad. Por ello, los contenidos de la emancipación abarcan todos los campos: desde la reinterpretación del mundo hasta el cambio de mentalidades, dando lugar a la creación de una nueva cultura y de una nueva materialidad. Cada vez es más claro que el proceso emancipatorio requiere fundamentalmente, una des-enajenación del pensamiento que permita concebir la vida desde otras bases políticas y epistemológicas. Abrir nuevos corredores epistemológicos (y serán, necesariamente, epistemologías del sur como bien apunta y desarrolla Boaventura de Sousa Santos).

Esto supone asumir de entrada el castigo que las ciencias impondrán a la Pedagogía de por vida; se trata de la condena a cumplir por atreverse a constatar y reafirmar el carácter no científico, sino filosófico, ético y político de la obra educativa. Su condición incondicional, su magia y aquelarre, su continuo asomo y asombro, su conducción entre luces y sombras, a veces a ciegas. Su inherencia pasional, metáfora y alquimia.

Todo lo que venimos señalando nos obliga a repensar las funciones de la profesión docente. Más que un nuevo maquillaje de reformas para establecer la formación y los perfiles, las funciones o competencias de la profesión, deberíamos encarar una verdadera resignificación, volver a pensar y redefinir la función docente en términos de un arte que involucre, como dijera Gilles Deleuze, no ‘hazlo como yo’, sino ‘hazlo conmigo’, y enmarcarla en los nuevos contextos que reclaman con urgencia reinventar el «común sentir», en el que tanto insistiera el maestro Rodríguez. En fin, realizar una verdadera deconstrucción de lo que ha sido esta tarea para diseñarla de nuevo.

Ese *común sentir* es el cimiento de la Pedagogía Social que inaugura el maestro Rodríguez. y la base de la Educación Popular conjugada con la idea de una nueva sociedad; esa

formación generadora de una nueva y mejor vida para los pueblos, será sobre la que cierne su mirada y análisis la profesora Iluska Salazar. En su recorrido por el pensamiento y la acción de Simón Rodríguez encuentra las raíces anticoloniales, anticapitalistas y emancipatorias de la revolución bolivariana.

Todas estas asunciones nos enfrentan a una tarea originalmente sufriente, permanentemente inquietante, sin reposo, sin consecuciones últimas, sin meta, con la frustración del ‘sin destino’, al menos, a priori.

Habremos de sentirnos contemporáneos de un tiempo que se identifica por la fugacidad, y pensar la universidad no como un tótem, sino como barro moldeable; no como un recinto tapiado, postalmente localizado, sino como emergencia sorpresiva de un no-lugar habitable, dúctil, móvil, como el espacio sin prefigurar para el siguiente interrogante, el próximo trazado, la convocatoria siempre abierta y vinculante de otro saber, de otra sensibilidad, de ese otro pensamiento comunicable, transmisible, que se hace aprendizaje.

Se trata, de bordear el optimismo, de reescribir la esperanza entre las grietas. En privado podemos ser descreídos, constatar la sempiterna ruindad y estupidez del sistema, la desconfianza en cualquier proyecto transformador siempre abortable por los demonios del poder, o conteniendo el demonio en sí mismo; pero como educadores, pedagogos, comunicadores, el primer compromiso es la generación de vida, la confianza en la capacidad de aprendernos, repensarnos, transformarnos. Compartimos nuevamente con Steiner este fragmento de esa maravillosa obra titulada *Lecciones de los Maestros*:

La enseñanza auténtica puede ser una empresa terriblemente peligrosa. El Maestro vivo toma en sus manos lo más íntimo de sus alumnos, la materia frágil e incendiaria de sus posibilidades. Accede

a lo que concebimos como el alma y las raíces del ser, un acceso del cual, la seducción erótica es la versión, menos, si bien metafórica. Enseñar sin un gran temor, sin una atribulada reverencia por los riesgos que comporta, es una frivolidad. Hacerlo sin considerar cuáles pueden ser las consecuencias individuales y sociales, es ceguera. Enseñar es despertar dudas en los alumnos, formar para la disconformidad. Es educar al discípulo para la marcha. (2004, pp. 101-102)

De modo que educar, no puede ser más enseñar el camino, ni siquiera, un camino. Educar es inducir, provocar, el deseo de caminar. Una función docente resignificada, rupturista, se inscribiría hoy en la nómina de la apuesta por un saber complejo, transdisciplinar; un discurso pedagógico irreverente, a la intemperie...un saber contra poder; un saber incalculado e incalculable. *Un saber y un poder entre, no un saber y un poder sobre...*

Es desde esa vocación y provocación contra-poder que se erigen las reflexiones que dan lugar al texto de las promotoras de esta iniciativa, las profesoras María Lourdes (Kory) González-Luis y Magaldy Téllez, titulado “Simón Rodríguez, una pulsión liberadora que nos sigue interpelando” con el que cerramos esta compilación. Subyace la necesidad de visitar nuestra historia con otros ojos, releer la tradición con otras miradas capaces de explicar o contravenir un presente inexplicable. Urge una otra hermenéutica, nuevas claves interpretativas que alumbren el oscuro devenir, que ayuden a reescribir un presente incierto y desviado que ha olvidado cruelmente los principios fundantes de una humanidad compartida; aquellos que ocuparon la siembra del maestro de América, *libertad, igualdad, bien común, vida digna*.

Un proyecto de formación/transformación, un discurso y una acción emancipatorios, que contemplaría el necesario

enfrentamiento al neoliberalismo triunfante, que afirmando el inobviable *prassos*, reclamaría con urgencia el expulsado o denostado *poieos*. Reclamaría una nueva razón desposeída de las lógicas mercantiles, contraria a los dispositivos de imposición neoliberal, una razón no hegemónica... tal vez, por ello, una razón débil, o lo que es lo mismo, la razón de los débiles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Kohan, Walter (2014): *El maestro inventor. Simón Rodríguez*. Caracas: Ediciones Decanato de Educación Avanzada, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.
- » Rancière, Jacques. (2003): *El maestro ignorante*. Traducción de Nuria Estrach. Barcelona, Laertes.
- » Steiner, George (2004): *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela.

ENTRE PINTAR LAS PALABRAS Y EL AFORISMO. EL ESTILO DE SIMÓN RODRÍGUEZ

Rosa Elena PÉREZ MENDOZA

*El escritor tiene que disponer sus páginas
para obtener el mismo resultado;
luego, al arte de escribir necesita el arte de pintar”.*

Simón Rodríguez. *Luces y virtudes sociales*

Simón Rodríguez, Samuel Robinson, maestro y filósofo trotamundos, preceptor de El Libertador y memorable filósofo y pedagogo de Nuestra América ha sido un hombre estudiado en muchos aspectos tanto de su biografía como de su obra, no obstante, queda mucho por examinar de este fundamental autor en el campo referente a su escritura —entre otros ámbitos— respecto a la cual nos ocuparemos en este estudio, centrándonos en la conjunción de lo que él denominó “pintar las palabras” y el aforismo como género literario empleado en sus escritos, los cuales conforman los elementos esenciales de su estilo de escritura. A continuación, presentaremos algunas aproximaciones sobre el tema¹.

1 Este estudio formará parte de un análisis comparativo entre Rodríguez y Martí como escritores desde lo que este último denominó “la mano enguantada”.

ESCRITURAS FUNDACIONALES Y EL “PINTAR LAS PALABRAS” DE RODRÍGUEZ

Como una voz radical e irreverente, Simón Rodríguez erige un discurso atípico en la primera mitad del siglo XIX latinoamericano en el cual la contestataria y visionaria lucidez de sus ideas, junto a la singular forma de organizarlas en el papel, difieren de forma tajante del conjunto de textos que conforman lo que algunos denominan las “escrituras fundadoras de las naciones latinoamericanas” (Rotker, 2005) —redactadas por un grupo de escritores/ilustrados al cual el uruguayo Ángel Rama designara como los letrados—, que se trazaban como máximo propósito moldear el comportamiento de ingentes poblaciones que residían en las márgenes distantes de los estamentos más privilegiados de las sociedades del período postindependentista. (Cfr. Brito Figueroa, 1993).

En medio de un concierto lingüístico que buscaba la formación de ciudadanía a imagen y semejanza del orden establecido en las naciones europeas de ese entonces —en especial de España—, estos letrados (Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, entre otros²) configuraron un discurso que establecía normas, leyes y modelos para todos los habitantes de estas nuevas naciones, en especial para los que se hallaban en los bordes de las urbes de las nacientes Repúblicas (indios, mestizos y negros) y en los espacios más apartados de estas. El propósito, muchas veces no admitido, era conservar y afianzar la estratificación y exclusión política, económica y

2 Simón Bolívar estuvo en dos frentes, a saber, el de la guerra de independencia, como máximo líder, y el del ciudadano letrado; de su pluma surgieron documentos fundamentales que establecían el curso que debían seguir nuestras naciones, como *La carta de Jamaica*, *El discurso de Angostura* y *La Constitución de Bolivia*.

social que desde la Colonia se había delineado para, una vez desaparecido el poder político de la Corona española, lograr retener el mando y las prebendas en manos de los nuevos hidalgos o grandes señores y su séquito, compuesto por cultos individuos pertenecientes a un círculo que cada vez ganaba más autonomía e influencia en esas sociedades posteriores a la emancipación.

Leyes, edictos, reglamentos y, sobre todo, constituciones, antes de acometer los vastos códigos ordenadores, fueron la tarea central de la ciudad letrada en su nuevo servicio a los caudillos que se sustituirían en el período pos-revolucionario. (Rama, 1998:53).

Los escritos de Rodríguez estaban dirigidos a los repúblicos en ciernes que vivían en estas naciones recién independizadas —la mayoría— y que aún se encontraban en un proceso de conformación de sus particulares personalidades como pueblos, así como de sus realidades políticas, sociales y económicas, en definitiva, de sus dinámicas como nuevos Estados:

En la América del Sur las Repúblicas están
Establecidas pero *nó Fundadas*.

(Rodríguez., 2001, Tomo I, p.261).

Al mismo tiempo, Rodríguez apelaba a un interlocutor de generaciones futuras, según la declaración expuesta por él mismo en el siguiente texto, en el cual, además, manifiesta la frustración que en general lo angustiaba y acorralaba:

Hay ideas que no son del tiempo presente, aunque sean modernas; ni de moda aunque sean nuevas. Por querer enseñar más de lo que todos aprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado, y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme (...) En Bogotá hice algo, y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más, y me entendieron menos (...) Estuve en Chile, y prediqué, pero en desierto. (Rodríguez, 2016, p.673).

Rodríguez, en su sacudida ideológica, verbal y tipográfica, plantea una novedosa exposición que hace caso omiso a las formas convencionales del lenguaje al exponer asuntos relativos a la filosofía de la educación, a la pedagogía, a la enseñanza, a la filosofía política y a las ideas desde un sistema recodificado el cual nosotros, como lectores, debemos descifrar, al tiempo que nos invita a establecer, de forma tácita, un pacto de interpretación en el cual somos conminados a ajustarnos a un código con diversos grados de resignificación para poder acceder a la comprensión integral del sentido de sus textos, cual si se tratara de un raro acertijo.

Así, el ilustre caraqueño realiza su advertencia respecto a la manera poco convencional de operar su página impresa, para crear nuevos modos de plasmar en esa realidad bidimensional, valiéndose de recursos propios del dibujo, en algunos casos, del arte tipográfico, en otros, de destacar ciertos términos cual si fueran palabras clave³ o de conversiones en el uso de signos de puntuación que establecen un orden distinto, una lógica otra que impacta y trastoca el modo habitual con que se organizaba el hilo discursivo durante la colonia, así como en el período de fundación de las nuevas Repúblicas, el cual seguía un patrón estrictamente apegado a la norma castiza en distintos tratados,

3 Adelantándose de algún modo, con mucho, a las tecnologías de la comunicación y la información.

estudios y preceptos⁴ que circularon entre la escasa población lectora de entonces. De seguidas, podemos constatar la vibrante riqueza gráfica presente en los textos de este escritor iconoclasta:

MAESTRO

Significó en su origen... Señor... dueño de algo.

Después se tomó por.... Experto - por Hábil en algo - porque, el que es experto en un arte o en una ciencia, se considera como dueño de sus principios.

Después, creyendo que el que posee un arte o una ciencia es capaz de enseñar uno u otra, se llamó Maestro al Profesor. Pero...

Profesor, es el que hace ver, por su dedicación, que se aplica exclusivamente a estudiar un arte o ciencia.

CATEDRÁTICO, es el que comunica lo que sabe o profesa, sentado en alto.

	Maestro es el que	{	enseña a aprender			
			y			
			ayuda a comprender.			
Entre	{	saber para sí	}	hay la diferencia	{	al rico que DA
		y				
	{	saber tramitar	}			

(...)

El título de Maestro no debe darse sino al que SABE enseñar
 esto es, al que enseña a aprender,
 no.....al que manda aprender,
 o indica lo que se ha de aprender,
 ni.....al que aconseja que se aprenda.

(Rodríguez, 2001. Tomo I, pp. 246-247)

4 Piénsese en la *Gramática de la lengua castellana* de Bello, por ejemplo.

Por lo tanto, no es una apuesta simple la que hace Rodríguez al escribir mediante un código reformulado, pues no solo exige a quien lo lee, como ya hemos dicho, una mudanza o modificación de distintas significaciones convenidas socialmente en la escritura, que van inaugurando la posibilidad de un lenguaje otro sino que, incluso, permite otros modos de ser leído, otros efectos significativos que van siendo constituidos por el lector a partir de esas variantes que logran desplazar el orden estatuido en el acto lector habitual configurado en la primera mitad del siglo XIX —y que, por ende, a su vez, trastoca el acostumbrado rol complaciente e interesado del letrado—, asignándole un papel más complejo, pues de él, en estos textos, se solicita una actitud de mayor colaboración e implicación, una posición más activa e irreverente, se postula un lector con un alto nivel de compromiso —así como con una elevada competencia lingüística— en la construcción significativa del texto. En este sentido, Walter Kohan afirma respecto a la escritura de Rodríguez:

De modo que la forma en que una escritura se expresa no sólo afirma diferentes modos de pensamiento, sino que también propicia diferentes formas de lectura. Es preciso leer en la forma de lo escrito para sentir su tonalidad y su estilo. (Kohan, 2012, p.202).

Por tanto, hay vuelo en un discurso que juega con el espacio de la página para sugerir un descolocamiento que altera e intercambia los signos de puntuación, que llama al hallazgo de un ser común que está en construcción para el momento en que se construye/edifica/erige la organización interna de las nuevas Repúblicas. Rodríguez hace un llamado a un protagonismo que se fundamenta no en la civilización a imagen y semejanza de la Europa, que había sido derrotada ya en los españoles, pero que aún estaba viva simbólicamente en estructuras lingüísticas ajenas a nuestras realidades incipientes y que había

que renombrar, una Europa que se mantenía vigente en las creencias y temores que se estaban cultivando en la lengua que corría a través de distintas publicaciones y de la cual debíamos intentar deslastrarnos para no volver a la subordinación, haciendo un esfuerzo desde lecturas y escrituras otras que, tal vez, tenían tanto cesuras como otros despliegues gráficos que podrían llevarnos, experimentando, a derroteros más auténticos y consonos con la liberación de nuestras mentalidades corroídas por el frío lenguaje establecido en las Escuelas de Primeras Letras donde se intentaba dar continuidad a la esclavitud ética y simbólica y al vacío significativo en el cual se había caído: “Es así que el siglo XIX es el del vacío útil de los lemas, de la ‘prostitución de la palabra’”. (Rotker, 2005, p.103).

Por consiguiente, a la par que el insigne filósofo y maestro va articulando un sistema simbólico e ideológico que requiere un lector nuevo, va cumpliendo el propósito principalísimo de fundar las incipientes repúblicas de la América políticamente liberada, al desvincularlas de la denominada “máquina burocrática” (Kohan, 2012:202) que estaba constituida, entre otros elementos, por la prosa corriente y monocorde generada por el grupo de letrados del siglo XIX con la finalidad de domesticar —ya lo señalábamos— a las poblaciones empobrecidas y hambrientas de paz e identidad de la América. Susana Rotker caracteriza este procedimiento deconstructivo de Rodríguez como una escandalosa transgresión en aquel tiempo: “...otra de las violaciones que comete: escribir sin la complicidad contextual simbólica del resto de los letrados”. (Rotker, 2005:112).

Así que, una manera diferente de composición y de lectura del texto compuesto dentro del sistema escritural establecido, que requiere creatividad y audacia en cuanto a que el lector, inclusive, debe completar espacios vacíos para consumir el diálogo en el plano de la página y propiciar la coexistencia de

múltiples resonancias en medio de un texto que arriesga y llama a la aventura, resulta incómoda por su descomunal y atrevido cuestionamiento, por su profunda incorrección política respecto al espíritu de las élites de los tiempos que corrían; por esta razón estos escritos dieron como resultado que las propuestas de Rodríguez fueran postergadas y que sus ideas produjeran una honda incompreensión en su momento e, incluso, ahora, aunque en menor medida.

No es una apuesta simple, decíamos, como tampoco dócil, esta de desentrañar y desmontar mediante la resignificación de la disposición gráfica y sígnica de los elementos de la escritura —que se caracterizan por su fijeza y regularidad— al tiempo que se postula una gramática otra amparada en todo un nuevo pensamiento con sus respectivas consecuencias sociopolíticas. Esto es lo que Rodríguez realiza consistentemente con su escritura y asume con dignidad y sin tapujos.

Igualmente, la estrategia de escritura —en la que no se contempla una lectura corriente que cumpla con el desciframiento horizontal convencional— hace que sus lectores interrumpan dicha horizontalidad mediante quiebres en la disposición espacial, que llegan a producir desconcierto, así como a través del uso de elementos tipográficos que hacen un llamado de atención al lector. Podría decirse, según esto, que su apuesta no se ajusta a los patrones formales del acotado universo lector tradicional y conservador, sino que ambiciona un conjunto social mayor históricamente hablando: ¿el de los lectores que no pertenecen a su tiempo, pues no formaban parte del limitado universo cultural y social de ese entonces, tal vez? Es probable, si atendemos a lo que Rodríguez busca al hablar de “pintar las palabras”: “...de inspirar a uno, y EXCITAR en otros, el DESEO de SABER”. (Rodríguez, 2016). Por lo cual en ese “pintar las palabras” hay un deseo retórico de persuadir

al lector excepcional del presente, al tiempo que aspira un lector más experimentado y consciente del futuro.

Este afán de Rodríguez resultó muchas veces en la incompreensión por parte de sus contemporáneos, lo que encauza la proyección de su obra y pensamiento hacia generaciones venideras. En la escritura de Rodríguez la forma, el estilo es un continuo ensayar, esto es, un experimentar constante para decir lo que se quiere decir, para llegar a ese lector imaginado y persuadirlo, convocarlo a la osadía de un cambio; así, en Rodríguez, la forma es un experimentar con la escritura para decirlo igual y, a la vez, de otro modo:

La novedad de estas observaciones
como la originalidad de pretender
que *no* debe haber....

POPULACHO en las **REPUBLICAS**
hacen pasar al autor de este tratado por LOCO

Déjesele transmitir sus LOCURAS
á los **Padres** que están *por nacer*.

Ellos las leerán y juzgarán lo que quieran
sin preguntar quien las escribió

Los Padres actuales, que tengan ya su plan, instruyan á sus hijos en él, y escriban-
 paraque no se les olvide ponerlo en práctica

hagan mas
 burlense de los desatinos del LOCO
 paraque sus descendientes los desprecien
 Ellos harán lo que les parezca....
 Para ellos será, tal vez, CUERDO el loco
 O
 ni de LOCOS ni de CUERDOS harán caso
 y harán
(como nosotros estamos haciendo)
 lo que les dé su mui sobrada gana.

(Rodríguez, 2001 Tomo II, p.161).

El estilo rodrigueano, por consiguiente, plantea un ejercicio desafiante en el cual se desea construir en colectivo, tomando en cuenta los sentidos del otro u otra desde el debate, la disidencia y la provocación.

Esa disidencia se expresa en toda su producción discursiva, en la que es manifiesto su afán no sólo por la elaboración de un discurso pedagógico alternativo sino por la construcción misma de una república de ciudadanos, fundada en principios arraigados en nuestra original, alterna cultura americana, en una ética ciudadana que supone la ruptura con el jerárquico y monástico orden colonial.

Hay en Rodríguez sin duda, en lo que conocemos de su vida, en su pensamiento y discurso, un radical sentido de rebelión, de disidencia y revuelta (...). Una revuelta contra esa Ley-simbólica, paterna de una lengua y una autoridad impuestas. (Bohórquez, 2012, p.417).

Ese desplazamiento que más arriba mencionáramos respecto al acto lector de aquella época, se extiende o está

dado igualmente desde el giro que se opera en el lugar de enunciación donde se ubica el escritor, lo cual resulta extraño y un tanto chocante para un lector acostumbrado a una prosa convencional, monótona y disciplinaria propia de ese siglo XIX regulador y obstinadamente doctrinario que ejercía su poder con el fin de mantener el excluyente y discriminador estado de cosas de estas sociedades nacientes de América.

Rodríguez, con su uso lúdico y contestatario del texto, con sus ideas expresadas sin cortapisas, coloca el énfasis en aquello que resulta central para la reforma profunda del *status quo*, por ello, traslada el eje de su discurso de modo radical, sin importar lo enojoso que pueda ser aquello que expresa ni hacer reparo alguno en el rebajamiento al cual se somete como enunciador de estos escritos. Susana Rotker así lo apunta en el siguiente fragmento:

Simón Rodríguez, por su educación y su raza, bien podía haber formado filas con la 'gente decente', ayudando a perfilar el contorno de las nuevas naciones desde el punto de vista de 'nosotros los letrados'. Pero prefiere cruzar a la acera de enfrente y desde allí, desde la posición del Otro, del que está afuera, hablarle a ese 'nosotros' de la élite. (Rotker, 2005, p.110).

Dicho desplazamiento, ese punto de inflexión desde el cual decide componer el filósofo y maestro Rodríguez, supone un quiebre, una fractura, una escisión en el plano concreto de la lógica discursiva cuando se plasma desde las pautas de una escritura tradicional; por consiguiente, la forma que asumen sus ideas, la disposición de las grafías en la página pasa a efectuar un despliegue no únicamente regido por la condición lineal inherente a la escritura —que, en Occidente, plantea un movimiento del ojo que va de izquierda a derecha

y de arriba hacia abajo según el orden de los renglones dispuestos en el papel—, sino desde el astillamiento, desde el desconyuntamiento, desde la alteración de dicha linealidad, vinculando, de esta manera, su creación con otras expresiones artísticas que llevan a pintar el texto, “pintar las palabras” —en combinación con el uso del aforismo—, empleando de forma más orgánica la representación sígnica, tal como el maestro y filósofo caraqueño lo hace, anticipándose a Mallarmé y a Apollinaire, al realizar sus conocidos experimentos verbales y caligramas:

Se ha escrito la Introduccion á esta Obra EN LA ORTOGRAFÍA CORRIENTE, y se va á
 escribir el cuerpo de ella EN OTRA. . . . Por la comparacion verán. .,

LOS JÓVENES. . . (NÓ LOS VIEJOS)

cuan poco tienen qué alterar *para pintar correctamente su lengua,*

SIN TEMOR DE COMETER YERROS

CON TAL QUE SEPAN PRONUNCIAR.

Lo mismo verán que puede hacerse con el Gobierno: . . . por poco que lo modifiquen,

*vivirán los hombres JUNTOS
 sin temor de una MALA SUERTE SOCIAL
 con tal que se conduzcan
 según las leyes de la BUENA SOCIEDAD*

Observarán también... los jóvenes... que el arte de escribir se divide en 2 partes

1.ª Pintar las palabras con signos que representen la boca (de esta se ha tratado ya)

2.ª Pintar los pensamientos bajo la forma en que se conciben... (en la estructura de estas páginas se ve el ejemplo.)

En el modo de pintar consiste la expresión, y por la expresión se distinguen los estilos.

No se han de ensartar las ideas en un renglón, como las perlas de un collar— porque todas no son unas.

El que lee debe ver en el papel { los signos de las cosas y
Las divisiones del pensamiento

Sin esto no lee bien.

Ahorrar papel es ahorrar expresión; y el lector, en lugar de despertar la atención por la variedad de *tonos* y de *tiempos*,... la adormece por la *monotonía* y por el *isocronismo*.⁽⁶⁾

(Rodríguez, 2001, Tomo II, p.83.).

Rodríguez resquebraja la escritura árida, esquemática (y esquematizante), propia de la Europa dominante, para instaurarla, con su estilo, en las franjas de una América original e íntegra, diversa e incluyente, desmarcada de la segregación nacida del despojo cultural e histórico proveniente de la expoliación, saqueo y exterminio de la conquista y la colonización española, posibilitando, así, la emergencia de América como un nuevo magma que fluye desde la radiante herida escrita.

EL AFORISMO, OTRO ELEMENTO CONSTITUTIVO DEL ESTILO DE RODRÍGUEZ

Todo este juego gráfico de Rodríguez se organiza, en buena parte de su obra, atendiendo al género del aforismo, el cual

constituye un marco estupendo para disponer, con esplendor y eficiencia, sus ideas condensadas, directas y precisas como expresiones que gozan de una coherencia sorprendente y que traslucen el carácter categórico y sin titubeos no sólo de la prosa de Rodríguez, sino, nos atrevemos a afirmarlo, de su aguda personalidad. Al respecto se ha comentado que:

...fortaleza, comprensión y rebeldía aparecen frecuentemente en la obra del Maestro (Rodríguez), como armoniosos ritornelos. La austeridad de vida y la estricta vigilancia de lo poco que ganaba aparece reflejado en cuanto escribe: sólo los términos precisos, en voz de asceta, sin ramajes, adornos ni preciosismos... (Rumazo González, 1980, p. 13).

El uso de este género para vaciar su pensamiento le ofrece la posibilidad de desarrollar un discurso acotado, incisivo, con una concisión que se combina con el “pintar las palabras”, que le da vuelo y contundencia a unos textos que no buscaban ser intermediarios de las diversas sociedades en las que vivió⁵ con el objeto de promover el sistema de valores y las dinámicas que se encontraban en la base de ellas —es decir, el *statu quo*—, porque no solo no lo convencían dichas sociedades, sino porque las cuestionaba raigalmente. Su propósito fue criticar con crudeza para formular coordenadas culturales, políticas, filosóficas nuevas que instituyeran un espacio diverso e inclusivo de auténtica igualdad socio-política. Para transmitir este ideario, se vale de escritos siempre enérgicos, mordaces, sentenciosos.

La escritura de Rodríguez en muchos pasajes consiste, entonces, en un esfuerzo del pensamiento, con su

5 Cambiantes según las múltiples estancias que realizó en diversas naciones de distintos continentes, y en las que Rodríguez fue constante en su actitud de no requerir interlocutores para la expresión de su pensamiento iconoclasta y renovador.

correspondiente concreción en el estilo, para decir lo esencial sin rodeos ni subterfugios, develando verdades que continuamente trataban de encubrirse en aquella sociedad, pero que en su pluma quedaban al descubierto de modo abrumador. El manejo pictórico de sus palabras se convirtió en un audaz artilugio, en combinación con la pauta de la brevedad propia del aforismo, pues así sus ideas y pensamientos demarcaban un campo de actuación concentrado en lo nuclear del asunto en materia filosófica, pedagógica y política. Todo ello para activar ideas y despertar conciencias dormidas, confundidas, aletargadas en la larga noche colonial. La efectividad de su discurso estriba en su brevedad y en la conjunción de un estilo que mezcla “el pintar las palabras” (sentir, excitar emociones y sentimientos, persuadir) con lo aforístico (pensar, convencer, entender), lo cual le confirió una sagacidad comunicativa de primer orden. Veamos un ejemplo:

"El Culto no altera los sentimientos"
 "La Salvación no depende de opiniones" . . . } (dicen)

Si es así, { ¿porqué hay diferentes comuniones?
 { ¿porqué cada comunión se cree la sola buena ó la mejor?

No solo la Inglaterra, sino todas las naciones, tienen derecho para exigir de los Gobiernos Americanos, un respeto distinguido á la persona del extranjero. . . . vivo ó muerto. . . . (y es de admirar, que en cada Constitución no haya un artículo expreso que imponga este deber).

Está en los intereses de la América el tener un trato amigable con todas las Naciones: —este no lo conseguirá. . . .

aborreciendo y desairando al extranjero,
porque no es Católico romano
 desenterrando su cadáver y maldiciendo su nombre,
porque no lo era.

(Rodríguez, 2001. Tomo I, p.281)

Nótese el estilo de Rodríguez al pintar las palabras usando símbolos como las llaves, estilos tipográficos diversos, blancos dispuestos de modo deliberado, empleo intencionado de mayúsculas y un uso abundante de los puntos suspensivos (hoy podría parecernos excesivo por su cantidad) que, conjugado con lo aforístico del texto, busca alcanzar un impacto visual para, luego, lograr efectividad comunicativa y retórica persuasiva en el lector.

El uso del aforismo en Rodríguez busca, asimismo, pulir el lenguaje, haciendo de él un diamante filoso y terminante, obligándose él, a sí mismo, a la precisión semántica y al afinamiento continuo de los vocablos usados. Su oficio como cajista (tipógrafo) fue determinante en su estilo, al punto que llegó a influir en su expresión caracterizada, en buena medida, por su representación iconográfica, tal como señala García Bacca en el siguiente fragmento:

Simón Rodríguez trabajó de tipógrafo (de cajista) en Baltimore durante tres años (1798-1801). Tipógrafo, juntó y realzó su pericia artesanal con sus dotes pedagógicas y estéticas. Empleó los diversos tipos de letra para hacer resaltar —que es modo adecuado de *énfasis* en imprenta— ciertas palabras y frases según la importancia conceptual, lógica, sentimental dentro de la *Página*, que es el escenario propio de la imprenta.

La página, tales páginas, ascienden así desde el nivel del impreso corriente a la originalidad de una partitura musical: notas de diversa duración, ocupando algunos compases enteros, en vacío o silencio de otras, a oír solas o acompañadas, con indicaciones de ritmo, énfasis. La *Página*, algunas páginas, cual constelaciones astronómicas. Con estrellas de primera, segunda magnitud y luminosidad...: soles, planetas, satélites. Aquí en la *Página*, los tipos de letras y su disposición presentan constelaciones de conceptos,

su orden, su distribución de valores. (Rodríguez, 1990, p. IX.)
(Cursivas originales del texto).

Por otra parte, es fundamental apuntar que los textos de Rodríguez no están exentos del uso de recursos retóricos como la antítesis, la paradoja, el oxímoron, así como la ironía, la reticencia e, incluso, el sarcasmo. El brillante filósofo procura persuadir al lector para convencerlo y, de esta manera, tocarlo para alcanzar, de ser posible, su trastocamiento, convocándolo a cambiar su postura con el fin de remover prejuicios instalados en las profundidades de unos lectores que fueron y han sido hasta hoy producto del proceso de conquista y colonización de la América, y que, por más que han luchado y se han empeñado en independizarse, no han terminado de alcanzar una emancipación cabal; por ende, sigue siendo, esta, una materia pendiente, de algún modo o de otro, aún en nuestros días. En este sentido, podría decirse que sus afirmaciones van conformándose en piezas angulares y ajustadas que van enlazándose unas a otras hasta llegar a constituir simientes colmadas de una sensata esencia discursiva que extiende su sabiduría desde aquella América convulsa y empobrecida hasta llegar a nosotros los pobladores de la compleja actualidad nuestra americana.

El estilo de Rodríguez es el de un gran provocador e ingenioso seductor, el de un generador de sismos ideológicos que resuenan más allá de su tiempo para llegar como ecos, como vibraciones que descascaran las añejas concepciones, que cohíbe a los más contemporáneos ciudadanos de ser más originales y los aúpa en la labor de cuestionar sus realidades no solo en el ámbito educativo, sino en el cívico y político, así como en la página al reconfigurar el campo de lo legible reinventándolo creativamente y dándole a la palabra escrita una importancia

figurativa y plástica como no se había hecho antes en nuestras latitudes. En consecuencia, estos aforismos, este despliegue de rotundas ideas derriban los convencionalismos propios de la enajenación cultural producida por el despojo español y portugués e invitan a la construcción de nuevas sociedades inclusivas y auténticamente libres.

El uso de preguntas, de aserciones, de interpelaciones directas, la habilidad para cuestionar y, al mismo tiempo, dar soluciones ingeniosas y liberadoras, hacen de sus textos⁶ una incitación al diálogo que trasciende lo epocal y convoca a la discusión en torno a la compleja problemática actual de Nuestra América⁷. Si pensamos en que la escritura viene a “*salvar las palabras*” de la usura del tiempo y de la vacuidad de la comunicación circunstancial, es decir, de la fugacidad del instante propia de la oralidad, podremos notar que Rodríguez, pese a pertenecer a un contexto sociohistórico en el cual lo oral tenía un mayor peso que el que tiene en la actualidad, es un individuo que pertenece a una época bisagra o de transición entre la oralidad y la escritura; sin embargo, su postura se

6 Presentadas cronológicamente, las obras que llegó a publicar Rodríguez son: en Caracas, 1794, “Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento”; en Arequipa, 1828, “Pródromo de Sociedades Americanas en 1828”; en Arequipa, 1830, “El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social”; en Concepción, 1834, “Luces y Virtudes Sociales”; en Concepción, 1835, “Informe sobre Concepción después del terremoto de febrero de 1835”; en Valparaíso, 1840, “Partidos: once artículos publicados en *El Mercurio* de Valparaíso”; en Lima, 1843, “Crítica de las Providencias del Gobierno”; en Bogotá, 1849, en *El Neogranadino*, “Extracto sucinto de mi obra sobre la Educación Republicana”; en Quito, 1954, “Consejos de amigos dados al Colegio de Latacunga”. Cabe también anotar la traducción al castellano de *Atala*, de Chateaubriand, en París, en 1801 y de *Veintisiete cartas conocidas*, las cuales han sido compiladas y publicadas por algunos autores, entre los cuales vale la pena destacar a Jesús Andrés Lasheras en el libro *Simón Rodríguez. Cartas*, Caracas, Ediciones de la UNSR, 2013. De todas estas obras en las que mejor se presenta y fundamenta el estilo escritural de Rodríguez es en *Luces y Virtudes Sociales*.

7 En sentido de José Martí, siguiendo su ensayo-crónica: “Nuestra América”.

inclina por la trascendencia de una escritura ya no manual, sino impresa, resaltando y defendiendo, paralelamente, la libertad de imprenta o de opinión. Este cambio, que los letrados del siglo XIX vieron como una posibilidad de mantener la estructura social de la colonia en clases sociales y estamentos que marcaban la desigualdad económica y política, Rodríguez lo toma como una posibilidad de transformar dicha injusta situación, con el propósito de incorporar a un grueso número de integrantes de la población de las Repúblicas nacientes, a una mayor participación cívica y política, y que se convirtieran de este modo en ciudadanos conscientes y críticos, gestores de su propia liberación sociocultural, económica y política, mediante la educación popular. Leamos a continuación otra muestra de este estilo aforístico y de pintar las palabras en combinación:

Este Soberano, ni aprendió á mandar, ni manda. . . . y el que manda á su nombre lo gobierna. . . . lo domina. . . . lo esclaviza. . . . y lo inmola á sus caprichos cuando es menester.

Redúcese, pues, la idea de la Soberanía de un pueblo ignorante y pobre, á la que cada uno tiene de sí-mismo, por miserable que sea su condicion.

Puedo-quiero-debo ó me conviene.

Y... ¿Si cada uno $\left\{ \begin{array}{l} \text{puede} \\ \text{quiere} \\ \text{y debe} \end{array} \right\}$ a su modo

ó cree que le conviene?

Llegado este caso ¿quien hará que las voluntades se pongan de acuerdo?

¿Será aquel sentimiento del *deber*, que coarta las facultades del *poder*?

Este sentimiento nace del conocimiento que cada uno tiene de sus verdaderos intereses; y para adquirir este conocimiento debe haber Escuela en las Repúblicas. . . . y Escuela para todos, porque todos son ciudadanos.

(Rodríguez, 2001. Tomo I, p.284).

El estilo de Rodríguez conforma una suerte de aguijonazos fugaces y letales para quienes defienden el anquilosado sistema

de la colonia, un algo que pica, espolea y penetra como espina, que insiste en despertar para generar en el lector un sentir y un pensar lo dicho para actuar en consecuencia.

Este estilo, de pintor de palabras y aforístico, es un continuo ejercicio de un pensamiento crítico para develar las falsas conciencias quitando las máscaras de los sujetos dominantes en la sociedad de las nacientes Repúblicas americanas, al tiempo que busca formar ciudadanos críticos y conscientes de su rol histórico social y político en la fundación de dichas Repúblicas. Es, así, un discurso que denuncia, capaz de decir las verdades que ninguno se ha atrevido a decir, y al mismo tiempo proponer un corpus filosófico, político y pedagógico cuya expresión es la educación popular, de la cual es considerado su auténtico pionero. (Cfr. Puiggros, 2016. Y también Durán, 2016).

EPÍLOGO, ENSAYAR LECTURA Y ESCRITURA EN UN ESTILO

El “pintar las palabras” en relación conjunta y dinámica con lo aforístico constituyen en esencia el estilo escritural de Rodríguez planteado como un ejercicio de lectura en el que se activan ideas, dando un protagonismo audaz al lector de sus textos. El maestro funde lectura y escritura en una sola pintura de las palabras que supone un proyecto de filosofía y pedagogía política para construir Repúblicas.

Sobre esto conviene considerar el discurso de Rodríguez y sus herramientas de composición.

FORMA que se da al DISCURSO

Pintando { las Ideas elementales — en *Paradigma*
 { los Pensamientos — en *Sinópsis*

La LENGUA y la MANO

son los dotes mas preciosos del hombre
(observa Buffon)

Entiéndase aquí con respecto á la
INTENCIÓN DE INSTRUIR

No se trata de la Importancia de la Palabra
 porque
 no hay quien no la conozca

La Importancia de su PINTURA
 la conocen pocos bien
 muchos....ni piensan en ella

no obstante

Se puede PINTAR sin HABLAR
 pero nó HABLAR sin PINTAR

Los JESTOS son un BOSQUEJO

de lo que la *mano* } por falta { de *medios*
 no puede dibujar } { ó de tiempo

JESTICULAR es pintar EN EL AIRE

En el discurso *hablado* } debe haber { conexión de Ideas
 como } y
 en el *escrito* } { conexión de pensamientos

La conexión de Ideas se *presenta* en PARADIGMA
 La de pensamientos en SINÓPSIS

(Rodríguez, 2001, Tomo II. p.p. 151-152)

Y más adelante lo que sigue:

El de la disputa es
 Sacar diferentes entidades de una Entidad simple
 ó figurarse de varios modos lo que es
 de una *esencia invariable*

(...)

Al orador toca presentar sus Pensameintos bajo el
 punto de vista en que otros los han de considerar
 Por la facilidad con que el auditorio conciba, y
 Por la exactitud con que.. retenga
 juzgará el ORADOR del mérito de su trabajo

El *Escritor* tiene qué *disponer sus Páginas* para obtener el mismo resultado
 luego *el arte de Escribir* necesita
 del *arte de Pintar*.

(Rodríguez, 2001, Tomo II. pp.156-157).

Rodríguez, tal como hemos visto, es un pensador originalísimo que crea un método escritural, su propio código específico y lo aplica en toda la composición de su obra con el propósito, además, de aplicarlo a su propia práctica política y pedagógica. Así, recurre al metalenguaje en el sentido de ir dando claves sobre su propia forma de ir organizando sus ideas en un mensaje cifrado con leyes particulares que van paralelas, a veces, y en otros momentos quebrantan el discurso estatuido en la sociedad de su tiempo. Escribir como resultado de la experiencia vivida, sentida e, incluso, padecida, es la bandera que asume en su madurez, por lo tanto, su preocupación es

poder trascender, con su obra, construyendo desde ella en la fundación de las nuevas Repúblicas americanas.

Escribe mediante el “pintar las palabras” y el uso claro e intencionado del aforismo para inquietar, tocar y, de algún modo, transformar la escuela y la sociedad de su tiempo para reconvertir favorablemente las sociedades americanas por venir. Por eso, muchas veces pide permiso a las generaciones de su tiempo para dirigirse a las generaciones futuras con la esperanza de ser mejor comprendido.

La obra escrita de Rodríguez está sin duda atravesada por lo pedagógico, lo filosófico y lo político, que puede sintetizarse en una de sus contribuciones fundamentales: la educación popular para, como él decía, que no existiera populacho, sino pueblo consciente de su propia liberación social y política.

Rodríguez es un gran ensayista. Este género lo cultivó con gran originalidad, cuya expresión no solo es su estilo de componerlo, sino el cúmulo de ideas novedosas (expresadas por él en paradigmas y sinopsis) de gran calado teórico, filosófico, pedagógico y político. Al respecto se ha dicho que:

En ese anchísimo paraje polícromo el escritor no se somete ni a caminos ni a límites; puede avanzar, saltar, detenerse, mirar a cualquier distancia, comparar, discutir, abrir brecha para nuevas luces, derruir, cuestionar e interrogar, situando en plenitud el ejercicio de la libertad. (Rumazo González, 1980, p. 17)

Finalmente, puede decirse que el estilo escritural de Rodríguez combina el “pintar las palabras” con el aforismo en el ejercicio pleno y libre del ensayo literario, convirtiéndose a nuestro modo de ver en un escritor y pensador de referencia fundamental del siglo XIX en Nuestra América y en el mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Bohórquez, Douglas. (2012). "Simón Rodríguez. Ensayar vida, escritura y república". En: Valera-Villegas, Gregorio y Gladys Madriz (eds). *Filosofías del buen vivir, del malvivir y otros ensayos*. Caracas, Fundarte y Ediciones Del Solar.
- » Brito Figueroa, Federico. (1993). *Historia económica y social de Venezuela*. Caracas, EBUC.
- » Durán, Maximiliano. (2016). *Simón Rodríguez: una filosofía de la radical novedad*. Caracas, Ediciones Del Solar.
- » Kohan, Walter. (2012). "Viajar para vivir, ensayar. Simón Rodríguez". En: Valera-Villegas, Gregorio y Gladys Madriz (eds). *Filosofías del buen vivir, del malvivir y otros ensayos*. Caracas, Fundarte y Ediciones Del Solar.
- » Puiggros, Adriana. (2016). *La educación popular en América Latina. Orígenes, polémicas y perspectivas*, Buenos Aires, Colihue.
- » Rama, Ángel. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca.
- » Rotker, Susana. (2005). *Bravo pueblo. Poder, utopía y violencia*. Caracas, Fondo editorial La nave va.
- » Rodríguez, Simón. (2001). *Obras Completas*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- » Rodríguez, Simón. (2016). *Obras Completas*. Caracas, Ediciones Rectorado UNESR.
- » Rodríguez, Simón. (1990). *Sociedades americanas*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho.
- » Rumazo González, Alfonso. (1980). *Ideario de Simón Rodríguez*. Caracas, Ediciones Centauro.

EL «EN-CUENTO» DE THOMAS Y SIMÓN RODRÍGUEZ:

EL MAESTRO QUE APRENDIÓ ERRANDO PARA
INVENTAR UNA ESCUELA DE LA HOSPITALIDAD

Andrés GONZÁLEZ NOVOA

María Daniela MARTÍN HURTADO

Paula MORALES DOMONELL

Pedro PERERA MÉNDEZ

*Educación es enseñar al hombre a tratar con las cosas e infundirle ideas
sociales... saber vivir en República...*

Sólo la educación impone obligaciones a la voluntad.

*(...) Instruir no es educar; ni instrucción puede ser equivalente de la
educación, aunque instruyendo se eduque. Lo uno significa conocimiento;
lo otro, orientación, criterio, conciencia. Se educa al instruir, pero solo en
pequeña parte, con acumular conocimientos extraños al arte de vivir, nada
se ha hecho para formar la conducta social... lo que no es general, sin
excepción, no es verdaderamente público,
y lo que no es público no es social.*

Simón Rodríguez

EL BINOMIO DEL SUR: REPÚBLICA E IGUALDAD

Simón Rodríguez no sobresalió en el panorama intelectual y político que caracterizó el periodo de transición entre el antiguo régimen colonial y los Estados-Naciones nacientes sólo por su denuncia crítica a las premisas del orden colonial, sino por su voluntad de crear un proyecto social republicano donde la educación popular —educación para todos y todas— representaba uno de los pilares fundamentales para alcanzar una sociedad más justa, igualitaria, próspera. Muchos afirman que su originalidad no le permitió copiar e importar modelos organizacionales nacientes en el espacio europeo. Había que “inventar o errar”, una nueva República que atendiera a las singulares características de esa América pos independencia, sin embargo, podemos coincidir que más que tratarse de un ‘simple’ carácter innovador, su compromiso ético con la verdad y la realidad de lo latinoamericano, así como su confianza en la propia riqueza de ideas, lo hacían defender un modelo de creación propia para, por y desde América.

Observador por excelencia, Rodríguez logró captar la dificultad de hacer coincidir, en ese estado político-social consecuente y natural a la guerra y las declaraciones de independencia, el tipo de sociedad existente con el tipo de proyecto político que próceres independentistas e intelectuales habían propuesto para el pueblo americano. Sobre todo, bajo el entendimiento de la ausencia de una auténtica intención ilustrada en esta causa política en Latinoamérica.

Bolívar en su discurso de Angostura ya destacaba que, con la independencia, y en diferencia a otros procesos de descolonización que habían ocurrido ya en la historia de la

humanidad, Latinoamérica no tenía cómo restablecer ni culturas, ni formas de toma de decisiones, ni creencias de estructuración de sociedades, y declaraba:

no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y mantenemos en el país que nos vió nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. (Simón Bolívar, Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819)

Por lo que, desprender ese mito de una expectativa de ilustración para el pueblo americano como *causa* —no más consecuencia— de los procesos de independencia política, se convierte en un elemento clave para entender el contexto desde donde surge no sólo la obra de Simón Rodríguez, sino la propia naturaleza social y humana de aquel espacio-tiempo. Sobre todo, porque Rodríguez no vislumbraba la base civilizatoria como un elemento meramente ilustrado, sino en la consolidación de un proceso de formación intelectual, moral y social desde y para la experiencia.

Simón Rodríguez como maestro y como pensador de la República de Venezuela, se plantea desde la idea de “inventamos o erramos” una imagen de una nación que es imposible de construir, si no se construye a los ciudadanos primero. Tal como nos dice Rosales J. «para él la política es una fuente abierta e inagotable para reconocer la disposición del orden social y para actuar sobre él». (Rodríguez, 2016, p. 179). No se plantea un espacio de nación como un Estado ideal, conformado desde la realidad, sino que hay una visión utópica del cómo y el qué se le debe exigir al ciudadano para pertenecer o participar en esa

República y, por lo tanto, construirla. Esa exigencia, ese “poder participar” dentro de la República se tiene que educar.

El soñador de la educación social, ideada desde los principios políticos y morales de justicia y equidad planteaba un modelo de social contraste con las expectativas de su época, atreviéndose a superar los posibles o imposibles que muchos otros autores y pensadores visualizaban sobre ese lugar histórico desde el cual formula su proyecto republicano. Etapa convulsa, rupturista, llena de lagunas, que recoge paralelamente los movimientos de la independencia política-territorial de la corona española, la supervivencia del colonialismo cultural y la emergencia de nuevas formas de dominación —ahora poscoloniales— introducidas por el nuevo modelo del capitalismo.

Es así como Rodríguez se esgrime como utópico en la construcción de la República, pero es realista al hablar de la necesidad de educación. Hace una visión de la escuela, otra, y genera una proyección o programación educativa de qué es lo que necesita, se pretende o enriquece a un ciudadano republicano de la nueva América, marcando una clara diferenciación a las líneas hegemónicas de instrucción, de consideración de derechos y obligaciones y de aspiraciones constructivistas/absolutistas a nivel social y político que se tenían hasta el momento.

Las formas de im-pertenencia, de desposesión, de violencia eran muchas; atribuidas en función de estructuras clasistas y excluyentes, que acarreaban una ausencia de memoria cultural debido a la destrucción e imposición del olvido de formas de civilización en miras del establecimiento de otras, que impulsaron, defendieron y generalizaron argumentos de prosperidad, educación y humanidad. Se justificaron barbaries, al tiempo que se creaban desequilibrios entre recursos compartidos y extraídos y se limitaban los saberes a esa porción

que asumía sólo los derechos, esperando el cumplimiento (como aquel que espera no ser resistido y cuestionado) de esos otros y otras que sólo poseían deberes y servidumbres. Es así como todo atisbo de conciencia política fue exterminada, y la consideración de una cultura errónea, débil y salvaje se implantó cómo la justificación de traer el Viejo y experimentado Mundo, al Nuevo y conquistarlo, o de forma más precisa, ordenarlo.

Rodríguez reconocía esta deuda cultural, y veía como el criollo se organizaba como sujeto poseedor de derechos europeos y americanos, con asiento en la discusión sobre patrimonios y títulos, y como una fuente de poder que se autofacultaba para negar o imposibilitar al Pueblo Americano —escrito con letras mayúsculas— de ejercer y gozar el poder, y por lo tanto de poder *entender* la ciencia del Gobierno, condenándolo en cierta medida a que se le considerase de forma categórica como no-virtuoso, incapaz e ignorante. Europa —España—, era la gran fuente de desgracia y opresión y, sin embargo, las consideraciones que crearon la división del mundo americano entre lo blanco y lo no blanco se mantuvieron tras los periodos de independencia, así como todas las formas de títulos, de estructuras institucionales, modelos productivos y elevaciones socio-culturales; tan profundo en el tejido social que seguimos viendo sus siluetas.

Simón Rodríguez (2016, p. 434) rezaba «¡YO quiero que [el género humano] aprenda a gobernarse!», y lo hacía desde la comprensión y la convicción sobre lo difícil que sería alcanzar formas representativas, democráticas y soberanas de Gobierno con o desde, como comentamos antes, un pueblo sin arraigo, sin experiencia, sin saber (supuestamente); contenido por mucho más que criollos privilegiados, heroicos y férreos, sino también por pobres ignorantes, despojados, inmundos y dependientes de órdenes y criterios a cumplir. Las bases político-culturales

fundamentales se establecieron (como no podía ser de otra manera), en ese escenario de fracturas y deudas, de dolores y pérdidas, de improvisaciones ilustradas de esos con muchas luces, a la espera de que el germen y la motivación de una sociedad con la libertad en caliente, pudiera, a pasos acelerados, coger el ritmo sin miedo al riesgo de tropezar en la tierra, que, aunque muy fértil, era más suelta.

Ya muchos próceres e intelectuales independentistas reconocían la degradación moral, intelectual y política que España y América compartían, la fragmentación étnica, la hibridación y los impulsos autoritarios y corruptos marcaban aún más un escenario de crisis orgánica, que desembocó en una estructuración del modelo de legitimidad y autoridad. Rodríguez entendía que la virtud en el hombre o en la ciudad no era un asunto que surgía por sí solo, sino que debía construirse, instruir, educarse, hacerse, sin embargo, confiaba en la incidencia y la condición que la costumbre ejercía en la persona y en la sociedad, creyendo por lo tanto en otra América posible, cuya instauración no podía retrasarse de ninguna manera, y siendo su forma, necesariamente, la de una República.

La República equivale a la instauración del principio de igualdad radical como centro de actuación, planificación, y proyección. Una igualdad que no es meta, sino principio. Inicio. Que se ejerce de forma irreverente y sin servilismos en no otro espacio que el de la esfera pública. Uno de los grandes pilares en este sentido, es la concepción y la absoluta confianza que tenía Rodríguez en la consolidación de lo público como espacio donde se lograra difuminar el actuar militarizado y consolidar una sociedad civil y política cohesionada, que tenga como fundamentos, la costumbre americana y el saberse originales.

De ambos fundamentos extraemos argumentos de absoluta contemporaneidad. La necesidad de revitalizar lo público, y

recordar las razones de la originalidad latinoamericana.

Hay varias razones para esta bandera sobre la originalidad. La primera es que ninguno de los Estados modernos ha hecho lo que se debe hacer en América: educar a todo el pueblo de verdad, en el saber y el hacer, para una vida común por venir, inaugural, inaudita. Lo que América necesita no existe en otro lugar. No hay sistema educacional a copiar. De allí su carácter de crítico radical, intransigente.

Hay más razones. Es necesario inventar porque imitar puede significar reproducir la estructura de sometimiento y exterminación que viene imperando hace siglos en América. Por ejemplo, la lógica aprendida en las escuelas monárquicas: habilidades sofisticadas de razonamiento como el silogismo aristotélico para concluir que hay que hacer trabajar a palos al indio por no ser hombre. Ese uso de la lógica es inaceptable en América (y en cualquier otro lugar). Es preciso pensar sobre otras bases, pensar sintiendo, pensar pintando una realidad de libertad para todos los que habitan estos suelos. No está la verdad allí afuera esperando ser descubierta. La verdad es parte de una ética y de una política que hagan de esta parte del mundo un lugar de verdadera libertad para todos los que lo habitan, un lugar como no hay otro en la tierra.

La invención es criterio de verdad, sustento epistemológico y político de la vida. No todas las invenciones son verdaderas, pero si no inventamos no podemos acceder a la verdad: la verdad no puede ser imitada, reproducida, copiada, modelada de otra realidad. Tenemos que encontrar la verdad por nosotros mismos, o no la encontraremos.

La idea es crear pedagogías que permitan a la escuela ser el escenario de comunicación con el otro y fomentar, así, relaciones entre personas con diferencias culturales, generacionales y sociohistóricas. En este orden de ideas, el

pensamiento pedagógico de Simón Rodríguez es de referencia significativa a la hora de sustentar una propuesta pedagógica que intente evidenciar que es necesario rescatar la función social y transformadora de la escuela y repensar el sentido de la docencia.

A partir de ahí, la interdependencia social, el uso de lo público en todas sus formas: institucionales-objetivas, subjetivas, de principios, de espacios y de recursos, junto al papel de la educación se concretan en el inicio del proceso de formación de ciudadanos activos, críticos y creativos, única base segura para la sustentación de las nuevas repúblicas.

El sentido crítico de Simón Rodríguez en ese “hacer escuela” para “hacer ciudadanos”, y en toda su obra filosófica-pedagógica se afina en una revisión y un análisis que le hacen realizar en 1794 el Informe sobre la Instrucción pública, donde hace reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas, las cuales califica de reparos:

- » Primer reparo: *La escuela no tiene la estimación que merece*. Escasez con que se sostiene, a pesar de que sus objetivos son los más loables.
- » Segundo reparo: *Pocos conocen su utilidad*. Se refiere a la educación técnica, los artesanos y labradores no pueden asistir a las escuelas de los blancos, pero son ocupados en labores que bien pueden ser atendidas y enseñadas en la escuela.
- » Tercer reparo: *Todos se consideran capaces de desempeñarla*. Se acostumbra enviar al niño a aprender sus primeras letras hasta con un vecino sin importar lo delicado que es darle al hombre las primeras ideas de una cosa.

- » Cuarto reparo: *Le toca el peor tiempo y el más breve*. Es preciso que el maestro al tiempo de ilustrar el entendimiento con sus conocimientos útiles, trate de conocer del niño sus preferencias sobre paseos, diversiones, sino quiere hacerse tirano ante los ojos de él y de sus padres.
- » Quinto reparo: *Cualquier cosa es suficiente*. Conformarse con cualquier cosa es suficiente para la escuela.
- » Sexto reparo: *Se burlan de su formalidad y de sus reglas*, y su preceptor (maestro, instructor) es poco atendido.
- » En este sentido se denota ese carácter prioritario que tiene para Rodríguez la educación, como sistema, como proyecto, como camino, y aunque terminó reconociendo el fracaso de su reforma educativa y las limitaciones del propio proceso, no hay que olvidar que fue un anticipador, un iluminador, un adelantado al que le tocaron tiempos convulsos. Fue un pensador sin fronteras, sin patria más allá de la que abraza a los desarraigados del mundo. Pensó e hizo desde lo local, reinterpretando los saberes ancestrales e incorporando los saberes de vanguardia recogidos por el mundo. Fue un pensador cosmopolita que hizo del viaje una forma de pensamiento y de su vida un viaje. Fue un precursor de otro modelo social, otro, basado en la igualdad, la equidad, la justicia y el reconocimiento de lo humano al que le debemos la tarea de repasar y recuperar.

Es así como las consideraciones actuales de las identidades en Latinoamérica tienen que generar una conversación sobre la dicotomía entre la fuerte construcción de sentimientos nacionalistas, y la conjunción y valoración de la diversidad de la región. A nivel de identidades culturales mucho se ha desarrollado, sobre todo por el arte, pero también desde

el discurso político y académico, pero ¿y la identidad política? ¿y la cultura democrática? ¿y la ciudadanía?

Si entendemos que lo propio y lo común se construye en las relaciones con los otros, en la valorización de los diferentes y de lo diferente, en los vínculos intersubjetivos, en el ejercicio de la libertad en y frente a la toma de decisiones que involucren intereses colectivos, en las luchas frente a plurales formas de ejercicio de la exclusión social, de dominación política y de negación cultural, el paso hacia una actitud política-cultural aumentaría. Sin embargo, las necesidades y las urgencias son tantas que la memoria se hace corta y se posponen otras causas importantes. El paisaje de la desigualdad estructural e institucionalizada remarca la necesidad de evitar estas tendencias de entender al “otro”, a “lo otro”, al “otro pueblo” como el enemigo o el riesgo. Recupera González-Luis, M.L. La negación cultural del otro «no se interrumpe: se transmuta... el estigma no se interrumpe ni con las revoluciones de independencia, ni con las empresas modernizadoras, ni con el Estado de Derecho.», y aunque el fragmento haga más referencia al otro como lo mestizo, lo indio, lo negro —o más específico, lo no blanco— es esta negación de lo otro —o su desacreditación— el elemento que se ha utilizado como factor desestabilizador y generador de emocionalidades y pasiones políticas que crean rupturas en los Estado-nación.

Aquí entra el sentido que se le ha dado a lo educativo en general y al sistema educativo en particular, donde se generó un entendimiento de la educación como vehículo para el progreso, responsabilidad exclusiva del Estado. Se aplicaron políticas unificadoras a través de la legitimación de conocimiento específico, la elección de promover códigos lingüísticos y culturas dominantes —a través de la codificación y positivización del poder coercitivo y centralizado— que, en vez de integrar,

homogeneizaron. González-Luis, M.L., (2004) en su *Memoria Investigación de Cátedra*, reafirma este sentido, tomando en cuenta el proyecto de escolarización de los gobiernos del último tercio del diecinueve latinoamericano, y cómo, desde entonces, ha sido inseparable de los modos en que la óptica del poder estatal, arropado con la ideología nacionalista, ha construido rasgos homogéneos de identidad nacional desde los cuales absorber, segregar, excluir las diferencias culturales, con las consecuentes formas de negación del otro y de lo otro: lo indígena, lo negro, o lo rural.

Es por esto que se convierte en un imperativo ético el generar claves educativas y democráticas que promuevan una nueva interpretación de América Latina, que como lo trabajan Simón Rodríguez, Mariátegui y Freire, se valore la pluriculturalidad y se den pasos hacia la libertad entendida como el ejercicio *consciente* de la autonomía para la búsqueda de representación, para el accionar individual y constructor de identidad ciudadana y para la consolidación del espíritu común.

EL BUEN MAESTRO. LA VOCACIÓN DE UNA VIDA CON Y PARA LOS DESARRAPADOS

Si bien Rodríguez se presenta como un crítico de la escuela tradicional también sitúa la creación de una nueva escuela como parte indispensable de la transformación social, del paso de una ciudadanía sin identidad propia, oprimida, homogeneizada por la embestida del proyecto poscolonial, hacia una sociedad con identidad propia, que valore la riqueza cultural y de saberes que durante el devenir histórico se fueron construyendo. Para ello es menester hacer repúblicas y educar republicanos. No basta con

la independencia política, es indispensable la revolución social del conocimiento. Su anhelo y el motor que le lleva a hacer de su vida un compromiso ineludible con la justicia social, de los excluidos, con la emancipación social verdadera, es la de educar para la República. Así, se presenta como un íntimo defensor de la libertad y del bien común, ambas indisociables.

La escuela no es el único lugar donde se aprende, pero sí lleva implícita el germen de la contradicción que permite la superación y el cambio de lo dado, lo naturalizado. Ella es espacio de lucha y de esperanza, cuyo sentido no viene dado. Aquí radica la importancia y la tarea de que cada maestro y maestra haga escuela. La de dar forma a la escuela; reflexionar sobre su sentido.

Es así como para el maestro Rodríguez el sentido principal de la tarea docente es el dedicar la vida al acto ético y político de la educación, lo que vendría a significar la acción que busca generar las condiciones para que se pueda crear y recrear la vida de todos aquellos que estén dispuesto a participar en el acto educativo, proponiendo e inventando otra forma de vivir alejada al sometimiento colonial, objetiva y subjetivamente.

Para esto, concebir la igualdad como punto de partida de ese «hacer escuela» es requisito y esencia, no planteándola como punto de llegada del acto educativo, sino como un elemento configurador y un sentido de la mismo. Todos y todas somos iguales y la escuela debe atender a todos y todas sin discriminación alguna. El acto de educar no tiene roles cerrados, esto es, un único enseñante y un único aprendiz. Maestro y alumno intercambian los papeles dentro de la experiencia que construye la conversación hospitalaria. La sensibilidad y el pensamiento que se desprenden de tal encuentro en el maestro es la de concebir la diferencia, esto es, otras formas de pensar y afrontar los problemas que construyen la realidad,

fuera del pensamiento racional, como riqueza para la búsqueda de la autonomía y emancipación constante. La diferencia, la singularidad dentro de la igualdad hace de la inclusión un deber primordial para el hacer escuela que, además, no se proyecta como una realidad acabada, sino como un proyecto inacabado.

El contexto de fragmentación cultural y política de la América pos independencia requería de esta escuela comprometida en hacerse así misma desde la ética y desde la apertura equitativa, igualitaria y libre de todos y todas los que formarían República, y en la actualidad no hace sino confirmarse y reafirmarse la necesidad de compromiso con esta línea de creación educativa, que además, Rodríguez nos insta a crear partiendo de la memoria, logrando una proyección al pasado, y generando desde ese estado, una especial mirada hacia el futuro. Memoria e invención, donde el maestro —también poeta— inventa, recrea el significado y da sentido de las palabras desde y a través de la memoria, recordando. (Kohan, 2013, p. 73)

Rodríguez reconocía, sin embargo, que para superar el sometimiento que la escuela impostada reproduce hay que asegurar el pan para todos, que no haya hambre; que exista administración de la justicia, imperio de paz y diálogo. No se pretende una educación que instruya mediante la donación de conocimientos cerrados, aislados y vaciados de toda índole histórica y cultural y despegado de la realidad social, sino una que enseñe a pensar, a tener sensibilidad intelectual, a relacionar y a tejer ideas partiendo de la realidad inmediata, de las necesidades, miedos, incertidumbres, esperanzas, anhelos que la conforman.

Pensar no es simplemente dominar habilidades, técnicas, herramientas de pensamiento. Pensar es ser sensible a una tierra y a su gente. Un pensador no puede usar el pensamiento

para justificar la opresión y el sometimiento y la escuela no puede ser indiferente a ese uso del pensar. (Kohan, 2013, p. 78). Y para esto, la obra de Rodríguez nos reafirma una y otra vez que enseñar es una cuestión de atención y sensibilidad, y que no hay mejor maestro que la experiencia.

Hay que formar a los futuros ciudadanos del mundo para el trabajo, para la vida, pero no entendido desde una visión pragmática o utilitarista de la escuela, tampoco desde la función técnica del conocimiento indispensable para abastecer la demanda de fuerza de trabajo instruida, sino desde el hacer escuela de la vida, que es movimiento y transformación. Ahora, para que ello tenga lugar hay que habitar el mundo como lo hace la infancia, desde el asombro, la pregunta interminable, el impulso de sentir, de ver, de tocar, de escuchar, de degustar... una vida filosóficamente vivida. Se trata de educar a niños preguntones. Por ello, lo importante es incitar la curiosidad, el amor y la voluntad de saber más. Y es por eso que incide en la importancia de la escuela de primeras letras.

Para Rodríguez dentro de la escuela de primeras letras o de la escuela elemental se realiza la principal y más valiosa labor educativa, la que marcará el futuro de la ciudadanía, la que marcará el devenir de cada niño y niña. Por eso su especial reconocimiento y admiración hacia los maestros y maestras y no tanto hacia los profesores y catedráticos.

yo he pensado y trabajado mucho en la enseñanza.

Y me he convencido de que, la primera escuela es la
Que debe, ante todas cosas, ocupar la atención de un gobierno
liberal (2016, p. 227)

Piénsese en las funciones del Maestro, en las Primeras
Letras, i se
verá que sigue VIRTUALMENTE enseñando a

APRENDER
en las otras EDADES.

el buen éxito, en todas las carreras depende...casi siempre...
de los Primeros Pasos que se dan en ellas;
estos pasos se ENSEÑAN a dar en la primera ESCUELA;
allí empieza la vida de las relaciones con las cosas y con
las personas;
luego la primera escuela... es la ESCUELA por
autonomasia:
las demás, son
aplicaciones de sus Principios
para hacerlos trascendentes.

¿Quién diría que una Escuela que TODOS ven con
DESPRECIO fuera
la más digna de ATENCIÓN. (Rodríguez, 2016, p. 13)

Como bien expone Kohan (2013), para Rodríguez un buen maestro es sabio, ilustrado, filósofo y comunicativo. Más que transmitir y hacer tararear a sus pupilos conocimientos cerrados y aislados de toda realidad, como bien expresa su denuncia hacia la escuela lancasteriana, el maestro enseña a aprender y ayuda a comprender, guiándoles en el proceso de (auto)conformación y emancipación. Por lo tanto, todo saber transforma la vida: la persona que aprende y el mundo que habita(mos) no vuelve a ser el mismo. Por ello el saber para y en la vida que defiende Rodríguez, es un saber en continuo movimiento, sensible al contexto y a los cambios, porque se aprehende en ese proceso de significación y codificación que se desarrolla en la experiencia vital. El verdadero saber no es inherente, está lleno de vida.

No se puede enseñar sin que la atención y la sensibilidad formen parte de la praxis educativa. El buen maestro es hospitalario pues acogiendo con su mirada la mirada de

los otros invita a conocer y a crear la vida. De igual forma, la relación entre sujeto y objeto cognoscente juega en Rodríguez un rol fundamental. Y es que el buen maestro no es el que más sabe, sino el que hace del ejercicio de enseñar y aprender una forma de vida, el que transmite inconscientemente una forma de relacionarse, de entusiasmarse, de amar, de apasionarse por y con el saber.

Por lo tanto, será la relación que tenga con los libros, con los otros, con los vulnerables, con la naturaleza, con el arte, con la vida, la que deje una huella imborrable, la que plante una semilla y que posiblemente no podrá ver florecer en los niños y niñas. Más que enseñar a aprender debe transmitir y alimentar el deseo por aprender. La vocación del buen maestro nace de un amor infinito por el otro y por lo otro, de un sentido de responsabilidad que traspasa toda línea del ámbito meramente profesional, pues maestro se es dentro y fuera de la escuela.

Es así como Simón Rodríguez hace de la vida una escuela de filosofía, una filosofía hecha escuela a través del vivir de la experiencia. Enseña aprendiendo, y hace de su vida el gesto pedagógico, político desde la crítica intransigente a los valores sociales imperantes, a lo dado. Así, su vida es inseparable de sus enseñanzas. «La vida no puede separarse de los que aprenden de lo que aprenden, pero tampoco puede separarse su vida de lo que ellos enseñan» (Kohan, 2013, p. 114).

Aun así, pueden surgir preguntas sobre la naturaleza utópica de todo su pensamiento, sobre todo al reconocer la dificultad –real– que un grupo de poder en una sociedad, prescindiera de las estructuras de poder que en ese momento tienen, y permita cambiarlas por otras. Sobre todo, con una experiencia de construcción de jerarquías y acciones militares que vinieron a configurar el nuevo contexto político-social, y por lo tanto, educativo.

Rodríguez plantea la educación del ciudadano republicano en base a la construcción de personas que desde el pensamiento crítico han de elaborar unas nuevas líneas de proyección del Estado. Y sin embargo, ese proyecto parece no tener en cuenta el tiempo necesario para la conformación de esas mismas estructuras ciudadanas.

Sin embargo, Rodríguez fue una persona que con su praxis y discurso transgredió toda normatividad al servicio del status quo, enfrentándose al poder y asumiendo con integridad las consecuencias de sus actos revolucionarios, en busca de una educación para y con todos. Así pues, la escuela que quiere para las repúblicas nacientes deben tener maestros que eduquen con arte, alegría y gusto a todos sin excepción.

Por ello se opuso a la escuela y la educación colonialista junto a sus costumbres, que continuaron perviviendo en los estados ya liberados política y territorialmente de los colonos, para plantear una nueva forma de hacer escuela, de ser maestro, de ser ciudadano... Pero además de todo ello, supo adelantarse a las críticas poscoloniales, pues con mucha astucia supo identificar el peligro de importar un modelo de sociedad proveniente de la ilustración europea y de EE. UU. Por ello jamás se cansó de expresar en hechos y palabras que había que inventar una verdad para y desde Latinoamérica. Se negó a aceptar un destino prefijado e importado para los pueblos recientemente independizados, enunciando incansablemente que toda verdad debe ser inventada: creamos o erramos.

Rodríguez cuando piensa en una escuela popular, una educación social, no se refiere únicamente a la capacitación para la transformación de su condición social como oprimidos, sino mucho más importante, a que transformen la sociedad que ha generado su condición de despojados del mundo.

Sitúa a la educación y a la escuela como propulsores de

una ciudadanía en constante emancipación. La educación debe agitar y concientizar las mentes, los cuerpos y las almas. Es educar es enseñar, formar, instruir, despertar la alegría, el amor, el deseo de aprender para transformar(nos). La educación verdadera debe ser para y con todas y todos y por ello debe estar abierta y ser hospitalaria con la riqueza de saberes otros, sentires otros. La república es el tipo de sociedad que desea alcanzar y para ello es necesaria una ciudadanía cuyo espíritu esté emancipado.

En definitiva, Simón Rodríguez, nuestro maestro inventor, se erige en piedra angular de la constitución pedagógica de América Latina; y lo hace proponiendo un discurso y una praxis educativa contra la escuela disciplinar, sugiriendo un saber contrahegemónico, desde una epistème del sur, en la búsqueda de un saber emancipado y emancipador. Si podemos contemplar hoy día el descubrimiento de América como el comienzo de una empresa civilizatoria, y admirar sus obras más allá del trabajo infatigable de una destrucción que no ha cesado, es sólo en virtud de esta tradición de crítica y resistencia, a lo largo de un proceso social, artístico y literario ininterrumpido hasta el día de hoy; recreación poética del pasado, recuperación de las memorias del olvido, de la memoria alterativa que construye memoria alternativa.

CUENTO SOBRE LOS YERROS EJEMPLARES DE UN APRENDIZ INQUIETO QUE INVENTÓ UNA ESCUELA DE LA HOSPITALIDAD

En nuestro siglo todos se han dividido en unidades, cada uno se aísla en su guarida, cada uno se distancia del otro, se esconde y esconde lo que posee y termina alejándose de la gente y alejando a la gente de sí. Acumula riquezas en soledad y piensa: cuán fuerte soy ahora, cuán seguro; pero ese insensato no sabe que, cuanto más acumula, más se hunde en su debilidad suicida. Pues se ha acostumbrado a confiar sólo en sí mismo, se ha separado del conjunto, como unidad que es, ha enseñado a su alma a no creer ni en la ayuda de los hombres ni en la gente ni en la humanidad, y solo tiembla pensando en que puede perder su dinero y los derechos que ha adquirido con él. Ahora en todas partes la mente humana, de una forma ridícula, empieza a no comprender que la verdadera seguridad para el individuo no reside en su esfuerzo personal aislado, sino en la integridad común de la humanidad. (Dostoyevski, 2019, pp. 1020-1021)

Como si fuese un personaje de Dostoyevski que inventa la verdad con la que brillar e iluminar la caverna histórica y geográfica en la que se encuentra la humanidad sin filosofía, el cuento del maestro peregrino representa social, cultural y políticamente un rechazo, casi nietzscheano, al pasado y una necesidad de experimentar el fracaso de crear y recrear, cada día, algo nuevo, diferente a pesar de que, así se expresa en el universo de la dramaturgia, las estructuras narrativas ya están dadas desde la caverna occidental y lo que procede es escoger la adecuada para los nuevos propósitos. De esta manera, Simón hereda el concepto aristotélico de *koinos* que refleja el parlamento de Iván F. Karamázov —racionalista y ateo— en una

traducción ética y educativa, al modo de la filosofía socrática, confiando en que lo republicano americano, no tan distante de la modernidad europea, signifique poner en común palabras y pensamientos, inventar, mediante el pensamiento y la acción, costumbres semejantes y reglas para una vida que deben procurarse todos los huéspedes de América.

Interrogarnos sobre el hálito del alma desvitalizada, sobre qué hacer cuando el hontanar del genio original se ha vaciado o cómo restaurar la integridad y la belleza original nos conduce a cuestiones sobre la suficiencia de las máscaras o la solidez de las ficciones que nos traen los reflejos de las edades de oro como máquinas deseantes de futuros perfectos. Ignoramos si fueron las preguntas que acecharon en el insomnio al protagonista de los yerros ejemplares que sufrió un castigo sin crimen: Presenciar la muerte de su obra antes de bajar el telón.

Escribir en el siglo XXI sobre Simón Rodríguez precisa sintetizar, al modo en el que el caraqueño esquematiza las *Sociedades Americanas en 1828*. Visitar sus discursos sobre la ignorancia y traerla a un escenario neoliberal la transforma en inutilidad para prodigar saberes tecno-científicos que expulsen a los Thomas de Rodríguez, de la escuela de los algoritmos propios de la hiperrealidad de Baudrillard (2008).

Ciertamente no es fácil entender, en un mundo como el nuestro dominado por el homo oeconomicus, la utilidad de lo inútil y, sobre todo, la inutilidad de lo útil (¿cuántos bienes de consumo innecesarios se nos venden como útiles e indispensables?). (...) La mirada fija en el objetivo a alcanzar no permite ya entender la alegría de los pequeños gestos cotidianos ni descubrir la belleza que palpita en nuestras vidas: en una puesta de sol, un cielo estrellado, la ternura de un beso, la eclosión de una flor, el vuelo de una mariposa, la sonrisa de un niño. Porque, a menudo, la grandeza se percibe mejor en las cosas más simples. (Ordine, 2013, pp. 21-22)

Estudiar, leer, escuchar el pensamiento educativo de Simón Rodríguez nos invita a pintar un esquema con flechas que emergen del naturalismo pedagógico incardinado por Rousseau, Pestalozzi y Fröebel para, transitando por el peregrino maestro, encontrar difusos puntos de fuga hacia Freire y Boaventura de Sousa Santos. En este cuadro se mezclan los colores de la infancia para proyectar en esfumato una pedagogía crítica en ciernes, todavía cruda, todavía en proceso de ser.

Érase una vez, así empiezan los cuentos, un niño llamado Thomas que hoy, habita cualquiera de los cinturones de herrumbre, sobrevive y sufre en las periferias de las megalópolis. Simón Rodríguez presencia la recuperación de su sombrero por ese infante que imagina una escalera sobre los hombros de sus compañeros preguntándose por qué ese pequeño inventor no tiene escuela que lo hospede. Basándonos en *La morfología del cuento* de Propp (1981), estamos en el detonante que obliga al personaje a moverse, ya sea porque algo le arrebatan o porque descubre que algo le falta para que su vida tenga un sentido socrático.

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia el suelo se pliega de manera tal que una parte sube en ángulo recto con el plano del suelo, y luego la parte siguiente se coloca paralela a este plano, para dar paso a una nueva perpendicular, conducta que se repite en espiral o en línea quebrada hasta alturas sumamente variables. Agachándose y poniendo la mano izquierda en una de las partes verticales, y la derecha en la horizontal correspondiente, se está en posesión momentánea de un peldaño o escalón. Cada uno de estos peldaños, formados como se ve por dos elementos, se sitúa un tanto más arriba y adelante que el anterior, principio que da sentido a la escalera, ya que cualquiera otra combinación producirá formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladar de una planta baja a un primer piso. (Cortázar, 2000, p. 25)

La experiencia de Thomas en Jamaica y, la influencia roussoniana que incide en hacer que crean que son las infancias quienes dirigen el acto educativo, lleva a Rodríguez a pensar en el papel social de la escuela, a preguntarse por su sentido original. Una escuela de verdad no le puede cerrar las puertas a un niño iletrado que, observando, es capaz de aunar la idea de la escalera con la ausencia de la misma y proponer crear una estructura humana análoga para recuperar el sombrero de Rodríguez (Kohan, 2013). La escena le muestra al maestro aprendiz el poder de la creatividad, del pensamiento, de la invención. Porque Thomas no obedece callado lo que otros mandan hacer, irreverente piensa, crea, revoluciona el mundo a su alrededor y, volviendo a Rousseau y a Rancière, comprende que de eso se trata, de propiciar las condiciones adecuadas para que pequeños como Thomas puedan crear y recrear su vida y la de los demás no como sociedad colonial. Una suerte de pródromo de lo que será la pedagogía de la liberación de Freire (Puiggrós, 2005).

Rodríguez primero y Freire después se preguntan por qué la escuela no enseña a pensar como lo hace Thomas y por qué Thomas no está en la escuela.

Tal vez la condición peregrina de Rodríguez comience en 1769 como expósito, expuesto a buscarse y ganarse un lugar en el mundo de tal manera que ya en 1791, por recomendación de Guillermo Peldrón, obtiene el título de maestro. En los cuatro años que permanecerá en Caracas llevará la Escuela de Primeras Letras con un grupo de 114 niños, 40 que no pagan y 9 expósitos. Y otros cuatro años después se vuelve maestro del huérfano Simón Bolívar otros cuatro años, tres de los mismos en Europa. Será en este periodo cuando Rodríguez dirija su *Establecimiento actual de la escuela y nuevo establecimiento de ella* (1974) al Ayuntamiento de Caracas criticando la Escuela de

Primeras Letras y proponiendo su Reforma.

En este documento no encontraremos aún al Rodríguez que cuestiona el papel social de la escuela, más bien a un joven legislador-administrador que dividiendo el texto en dos partes, se concentra por un lado en denunciar una escuela denostada — cualquier cosa sirve como escuela, hasta una peluquería— que no deja entrar a quienes más lo necesitan con una enseñanza incompleta, que no percibe la infancia como un tiempo de juego, con instalaciones precarias y unas condiciones del magisterio penosas. Y por otro, incidiendo en cuestiones técnicas, detalla todo el aparataje organizativo que precisa una escuela elemental para funcionar dignamente.

Hay quien sea de parecer que los artesanos, los labradores y la gente común, tienen bastante con saber firmar; y que aunque esto ignoren, no es defecto notable: que los que han de emprender la carrera de las letras, no necesitan de la Aritmética, y les es suficiente saber formar los caracteres de cualquier modo para hacerse entender, porque no han de buscar la vida por la pluma: que todo lo que aprenden los niños en las escuelas, lo olvidan luego: que pierden la buena forma de letra que tomaron: que mejor aprenden estas cosas cuando tienen más edad y juicio, etc., de modo que en su concepto, era menester dar al desprecio todo lo que hay escrito sobre el asunto, considerando a sus autores preocupados de falsas ideas; suprimir las Escuelas por inútiles y dejar los niños en la ociosidad (Rodríguez, 2016, p.22)

La escuela en 1794 es elitista y conservadora, tal vez mejor organizada, pero sin un compromiso firme con el pueblo como expresa en el mismo texto: «Sólo los niños blancos podrán ser admitidos y esto lo harán constar presentando certificación de su Bautismo al acto de la matrícula». (Rodríguez, 2016, p.32)

Al no aprobarse su proyecto, renuncia a su cargo y, en 1799, abandona Caracas para no regresar. En Kingston se cambia de nombre, a partir de ahora y durante más de veinte años será Samuel Robinson. Busca con la nueva identidad un estar diferente en el mundo, un pensar de otra manera, una nueva escuela de vida. «Es una forma de apuesta vital, de marcar una posibilidad para la escuela y para la vida, a partir de una escucha atenta al otro, al silenciado, al desposeído, al extranjero, al ignorado». (Kohan, 2013, p. 48).

Como Kapuscinsky dialogando con Heródoto viaja por América, leyendo en inglés, italiano, alemán, portugués, ruso, francés, madurando en su machadiano andar un pensar sobre el papel social de la escuela. Y en este transitar humboldtiano, con la intención que expresa de aprender lo más propio de cada lugar ejerce de tipógrafo en Baltimore, en Bayona da clases de idiomas, en París comparte docencia con Fray Servando mientras aprende, lee y enseña por Italia, Alemania, Prusia, Polonia, Rusia y pergeña el primer borrador de su Instrucción Pública. ¿Se está forjando un maestro peregrino? Amunátegui recoge el propósito del caraqueño: «Yo no quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol y a todas las cosas que marchan sin cesar» (2011, p.236).

En su afán de entender el mundo viejo y el nuevo lee e investiga: matemáticas; física; química; geología; hidráulica; ingeniería; botánica; agricultura; carpintería, conforman un vademécum experimental que comienza a barruntar los primeros borradores de la escuela popular. Bolívar presume que lo sabe casi todo de casi todo.

Reunidos en París comparten un viaje por Europa donde presenciarán la coronación de Napoleón. Encerrarse en una habitación para no respirar el hedor del autoritarismo refuerza la visión bolivariana de la emancipación y propicia la separación

temporal de maestro y discípulo. Uno parte para hacer la revolución militar y el otro recorre el viejo continente para imaginar la revolución social.

Samuel Robinson fenece en su retorno a América. Resucita Simón Rodríguez observando el continente como lugar idóneo para conferenciar y ensayar una escuela, en el sentido comeniano, para todos, de todos, en todo. Comienza la empresa en Bogotá, allí funda la Casa de Industria Pública, una escuela de oficios para los pobres, los desclasados, los ilegítimos, para los Thomas colombianos. Es una escuela de la irreverencia (Kohan, 2013, p.53), sin condiciones de admisión, abierta como un zaguán a aquellos que no están preparados para ella. La propuesta es calificada como obra de un loco y fracasa en el sentido que expresa León Rozitchner (2012), siendo ejemplarizante. Seis meses de odisea americana lo devolverán a la Ítaca bolivariana, en Lima se está pergeñando sobre las ruinas de los yerros, la educación popular.

No volverá a ver a su discípulo. Y volverá a fracasar, también en Perú, también en Bolivia, sus proyectos tropiezan con el clero y con la aristocracia, el propio Sucre, al que no debió contentar comer en orinales nuevos, lo acusa de tener «la cabeza de un francés aturdido» (Guevara, 1977, p.245) y de «albergar muchachos, mujeres perdidas, holgazanes» (Guevara, 1977, p.246), similar resistencia a la expuesta por la nobleza española en 1857 cuando nace la Ley Moyano, se repite el mantra sobre lo inútil que resulta la educación para los pobres. Son muchos siglos de malas hierbas, complejo cultivar un proyecto educativo que sueña con instruir a los pobres de ambos sexos para el trabajo y para la vida con el objeto de que sean la ciudadanía republicana que protagonice la recuperación de la tierra que les pertenece. Así que cuando Simón Rodríguez proyecta una escuela que restituya a los desposeídos la cultura,

la lengua, el pensamiento, la clase oligárquica expulsa a los tres mil Thomas matriculados para volver a leer la Biblia en las aulas.

* Es de advertir que EDUCACION, nunca se había visto en *mala compañía*, hasta el año 28, que se presentó, en las calles de Arequipa, con *Popular*. El año 29, se apareció, en las Gacetas, con su Compañero, , por un efecto de la *Popularidad* de algunos Soberanos, a solicitud de ciertos Escritores filántropos—con el fin de instruir a las masas... descarriadas por la revolución. . . en sus derechos i deberes, ... nó Sociales sino *Morales*; i la *Moral* es, que retrocedan al estado antiguo, de subordinación a sus legítimos Príncipes i Señores. No creyéndose seguros en la *Moral*, pasáron a la Religión, i ya los derechos i deberes no son *Morales* sino Religiosos:—la Relijión, pues, da el derecho de oprimir al prójimo, i al prójimo le impone el deber de aguantar.— Por este principio, los Ministros del altar son, por una parte, , sustentáculos de la Vanidad, i por otra, instrumentos serviles de Especulación:—su ministerio es andar por los Campos, por las Manufacturas i por los Almacenes, predicando, a todo fiel Cristiano, sumisión a los Hacendados, a los Fabricantes i a los Mercaderes—llamando *Resignación*, la ciega obediencia de los brutos, , i Virtud, la estúpida conformidad con la voluntad del Patrón,—todo respaldado con los altos designios de la providencia, (modo cortés de insultar a la Divinidad) (Nota del autor). (Rodríguez, 2016, p.443)

Tratado como un demente va tras los pasos de su discípulo con la intuición de que su educación popular necesita de la protección del libertador. Tras las huellas de quién está escribiendo la crónica de una muerte anunciada retoma la escritura. Una escritura que, tras su tiempo en la gráfica de Baltimore se pinta con letras diferentes, realces; negritas; corchetes; líneas dobles; elipsis; puntos suspensivos y espacios en blanco con la intención, didáctica, de propiciar una lectura fácil a quienes no saben, todavía,

leer y, con la alegoría desafiar a los lectores avezados.

«No escribimos como pensamos, la escritura se ha vuelto parte de una máquina burocrática que nos aleja cada vez más de mostrar a través de ella lo que pensamos y somos» (Rodríguez, 2003, p.139). Contra una escritura monótona identifica los tonos con el tamaño y variedad de caracteres, las pausas se subrayan con la separación y el aislamiento de las frases o, confinando una frase en medio de la página, tras un espacio en blanco. Los puntos advierten una elipsis, los guiones relacionan y las llaves conectan... como su escritura, la forma y el contenido.

Cada página está concebida de manera singular y no a capricho, sino habiendo meditado la distribución tipográfica de espacios, tipo de letra, renglones cortados, mayúsculas, llaves, equivalencias, y aun de los signos de puntuación para la mejor comprensión de la idea que quiere transmitir. (Grases, 1954. p. 118)

Su grafología es una forma de artesanía, esboza su pensar y su sentir para que, frente al papel, lo veamos en el aula, al maestro, invitándonos a aprender leyendo como si lo escucháramos. En este sentido, en su prosa didáctica nos recuerda aquello que Aristóteles requería para que lo aprendido hendiera huella en la memoria, la comunión entre la pasión y la razón.

El lenguaje es castizo, el estilo claro (dotes harto raras en nuestros tiempos) y el método de escribir, presenta la singular innovación de pintar, á los ojos, los pensamientos, por medio del tamaño y forma de las letras, de la colocación, artificiosa de las palabras, y del aislamiento de las frases. (Rodríguez, 2006, p. 113, editor de *El Mercurio Peruano*)

Lo que comienza en 1874 con sus *Reflexiones sobre los defectos que vician las escuelas de primeras letras en Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento* rebrota en tierras colombianas con la *Defensa de Bolívar* (1930), atraviesa las cumbres chilenas sus reflexiones filosóficas en *Luces y Virtudes sociales* (1940), retornando a Lima imprime la primera parte de *Sociedades Americanas en 1828* (1942), un periódico bogotano publica *Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana* (1849) y, entre charcos de tinta, uno y mil ensayos educativos que sucumben a las hondas raíces de las tradiciones y también a las fuerzas de la naturaleza. Fracasa pero en sus yerros y en sus inventos prueban el sabor de la escuela, por primera vez, los cholitos, indios, negros y zambos.

Su legado educativo es una suerte de americanización del naturalismo pedagógico de tal natura que rompe con el magistrocentrismo arbóreo que encarna la inmutable certeza de los conocimientos que imprime en el alumnado y protagoniza un giro copernicano hacia un puericentrismo que anticipa aquel educar aprendiendo de los que aprendiendo educan freiriano. Encarna a un maestro errante, en palabras de Walter O. Kohan (2013), para una escuela que anda sobre los versos de Machado:

OBEDECER CIEGAMENTE, es el principio que gobierna.

Por eso hay tantos Esclavos —i por eso es Amo el primero que quiere serlo.

Enseñen los niños a ser PREGUNTONES!

paraque, pidiendo el Por QUE, de lo que se les mande hacer, se acostumbren a obedecer... a la RAZÓN!

nó a la AUTORIDAD, como los LIMITADOS

ni a la COSTUMBRE, como los ESTUPIDOS.

(Rodríguez, 2016, p. 624)

Sus yerros riman con los desafíos que acepta como buen cínico frente a la tiranía de lo establecido, de lo sedentario, de lo arbóreo, propone, en terminología de Sousa Santos (2006), implementar en lo educativo políticas del reconocimiento para la descolonización de los saberes de manera que la escuela, como un zaguán, refleje la arquitectura nómada que propicia la hospitalidad, la inconformidad, el encuentro con la otredad, el eterno retorno nietzscheano transmutado en un siempre inaugurar, cada día, una nueva escuela. Una posada donde la memoria de la desinención conversa con la invención de la desmemoria.

A estas alturas de la trama, en pleno nudo gordiano del cuento, el protagonista, según Propp, a pesar del desenlace, debe superar una miríada de desafíos que le han de servir para aprender, aunque resulte insuficiente para restablecer el equilibrio de lo perdido. Las tradiciones orales originarias ubicadas en la franja sagital africana (Hâmpaté Ba, 1972) admiten que los graves desequilibrios civilizatorios precisan procesos de estabilización transgeneracionales que, a su vez, requieren de la educación como cordón de plata. Ignorando si Rodríguez imagina la suerte que correrán sus proyectos confía, tal vez, escribiendo, en el soñar del poeta que recrea significados y sentidos rememorando infancias para parir inesperadas palabras propias porque, imagina, el poeta hace escuela pensando nuevas etimologías. ¿Es posible que esté a punto de esbozar las epistemologías del Sur que acuñará siglos más tarde De Sousa Santos (2010)? Rodríguez, frente a la ciencia, la racionalidad, el resultado y la conformidad llega a pensar que no existe verdad sin invención lo que, mirado con la distancia del tiempo, suena a eco de los presupuestos que albergan las tesis sobre la descolonización del conocimiento y la ecología de los saberes.

Una escuela popular, general o social que marida el conocimiento y la experiencia que «se adquiere a costa de la sensibilidad» (Rodríguez, 2016, p.449). Una educación para la vida que propicie una ciudadanía activa, tornando la *nosse*, *posse* y *velle* pestalozziana en saber, pensamiento y acción. Una escuela revolucionaria para invertir las prioridades y los valores sociales educando a todos porque, en contra de las visiones evolutivas naturalistas, piensa que todos están capacitados para aprender desde el primer momento. El ejemplo de Thomas como maestro le inspira la importancia de penetrar el contexto en el aula y le pinta el boceto de un magisterio incorpóreo ideológicamente, adoctrinario y mesológico que diferencie entre instruir o transmitir saberes y educar o enseñar a vivir.

Rousseau desaprobaba la instrucción *jeneral*, porque temía sus efectos: no le faltaba razón:—*Instruir* no es *Educar* (se ha dicho): los conocimientos son *armas*, de que, por lo regular, se sirve, contra la sociedad, el que no la conoce: y bien puede el mejor hombre del mundo perjudicar... y hasta ofender... por ignorancia: los malvados lo hacen siempre, a favor de las malas instituciones. (Rodríguez, 2016, p. 351)

Inevitable pensar en aquel más vale cabezas bien hechas que bien llenas de Montaigne (2009) cuando leemos las consideraciones sobre los maestros bocinas «que soplan saberes que ni siquiera ellos saben usar» (Kohan, 2013, p. 86). Si volvemos a las epistemologías del sur y, en concreto a las epistemologías de la resistencia como nutriente de una ecología de saberes, descubrimos como una cosecha rizomática posmoderna al maestro Rodríguez en sus fracasos ejemplarizantes como aquel que, según Truffaut, enseña con lo que muestra y no con lo que cuenta. Equidistante a esta consideración intuimos las distinciones de Esteve (1983) entre

formación y educación y, entre profesor y maestro en plena actualidad, uno transmite saberes y el otro comparte una vida hecha con saber, uno entiende el *aude sapere* como atrévete a saber y el otro lo comprende como atrévete a saborear. Imagina al magisterio en el justo medio aristotélico, en una órbita funambulista donde se balancea aquel que estudia para ponerse al alcance de todos. Una hipotenusa inclinada desde el enseñar a aprender a uno de los pilares de *La Educación encierra un Tesoro* de Jacques Delors (1986), aprender a aprender. Generar el deseo, el apetito, excitar la curiosidad para, como decía Federico Luppi en *Lugares Comunes* (2002), «despertar el dolor de la lucidez».

Su pintar la escritura se habría de traducir, sin evidencias radiofónicas, en una suerte de oralidad didáctica, una escuela hecha de palabras inventoras del mundo. Una morfología del cuento para llamar, captar y fijar la atención del alumnado. Una estructura narrativa seductora con la que el maestro, como Sherezade, cuestionando, interrumpiendo, dudando, enfatizando, hilando relatos que inquietan y preocupan, provoca la congoja y la emoción del alumnado, un compartir pasiones en el aula trocada en una invitación a aprender a vivir como se necesita vivir. Igual, con largas curvas y túneles, estamos anticipando el concepto de interés múltiple de Herbart o, sencillamente, reforzando el valor que otorgará la escuela nueva a la excitación de la voluntad de descubrir en un alumnado que, en clave deboriana, mute de público a protagonista de un cuento por escribir.

Diferencia al modo de Ortega y Gasset (2014) entre el entender y el comprender al maridar en el gólem del magisterio a un sabio filósofo narrador que enseña a aprender y colabora en el misterioso viaje de comprender lo que se aprende. Nos evoca la estrategia roussoniana de hacer creer que manda

quien aprende traduciendo al maestro en un sujeto elíptico, pero, en un sentido comunitario, no como una búsqueda al estilo del héroe homérico, en Rodríguez se percibe un tránsito hacia el protagonista de Hesíodo que se hospeda en un saber de otros, para otros y con la otredad pues, el destino es la convivencia entre las diferencias. La escuela de Dewey aquí es un dibujo de crayones con los Thomas de Rodríguez.

Releyendo a Virilio (1997) y su advertencia entre el vínculo de la velocidad y el poder, rescatando el concepto filosófico del tiempo directo de la hiperrealidad de los algoritmos de Baudrillard (2008) o la celeridad de las máquinas deseantes de Deleuze (2005) viene al cuento del narrador, una escuela de la paciencia que en un verso de Mirta Colangelo, desacelera el mundo.

¿Qué es el tiempo? —preguntó Hans Castorp, y se dobló la punta de la nariz con el dedo tan fuertemente, que se le quedó blanca, sin sangre—. ¿Me lo quieres decir? El espacio lo percibimos con nuestros sentidos, por medio de la vista y el tacto. ¡Bien! Pero ¿a través de qué órgano percibimos el tiempo? ¿Me lo puedes decir? ¿Lo ves? ¡Ahí te he pillado! Entonces, ¿cómo vamos a medir una cosa de la que, en el fondo, no podemos definir nada, ni una sola de sus propiedades? Decimos: el tiempo pasa. ¡Bueno, pues que pase! Pero en lo que se refiere a medirlo... ¡Espera! Para poder medirlo sería preciso que transcurriese de una manera uniforme, ¿dónde está escrito que lo haga? A nosotros no nos da esa sensación, desde luego, tan sólo aceptamos que lo hace para garantizar un orden, y nuestras medidas no son más que puras convenciones, si me permites... (Mann, 2009, p. 98)

Unas sutiles pinceladas de *kairos* para domeñar al impetuoso y draconiano *kronos* de la escuela neoliberal; vertiginosa; eficiente; productiva; rentable y exclusiva. La

escuela por la que fracasa Rodríguez se hospeda en la metáfora de aquel cuento de Peter H. Reynolds (2005), una escuela del “casi” donde un maestro camaleónico no se cansa de repetir, bajo el arco de su entrada, a los nadie de Galeano (2008), venga que es para ustedes, aquí perdemos el tiempo para ganarlo. Eso último se lo debe a Rousseau y a Rancière, la función simbólica de la escuela que regala una temporalidad compartida a quienes tienen y no tiempo que perder, robando al mercado laboral infancias que se descubren jugando.

La escuela que inventa es un zaguán donde conviven los dos tiempos de Wallerstein (2010), el de las megalópolis hoy, el de los colonos ayer y, el de las periferias hoy, el de los colonizados ayer, el tiempo vértigo exponencial y el tiempo en espiral del siempre lo mismo. En la pizarra se dibuja un progreso donde riman la alegoría y la didáctica para que en el huerto republicano crezcan juntos los frutales y las malas hierbas.

Risas. En el aula se escucha una sinfonía de carcajadas. Rememorando la conversación de Guillermo de Baskerville en la novela de Umberto Eco, confrontando a Aristóteles frente a las advertencias del bibliotecario sobre los peligros de la sonrisa, su vinculación con la animalidad y su capacidad de deformar lo humano nos viene a la mente un rigor y una severidad propias de la disciplina que vertebró el sistema tradicional de educación. La disciplina no parece y, quizás este sea uno de los elementos de mayor endeblez, en la posada educativa del caraqueño. Al contrario, desafía el autoritarismo desde la risa y la alegría, añade con ellas las pinceladas de policromía necesarias para que la escuela se merezca un final de cuento.

Claro que para no abocar en las actuales vinculaciones entre innovación, tecnología y gamificación precisemos advertir, revisando los planteamientos rousseauianos y subrayando lo expresado por Juan Luis Vives que, el *ludens* o el juego

sociodramático no es cosa de broma, desde Quintiliano se entiende como una estrategia por la cual, entre iguales, las infancias aprenden a perder, a ganar, a pedir perdón, a dar las gracias, a caer y a levantarse, a respetarse, a defenderse a, convivir, sin moralina mediante que estropee la fábula.

La risa en el imaginario de Rodríguez es una suerte de descolonización del rostro como metáfora caravaggiana, a tanta oscuridad disciplinaria es preciso ponerle unas pinceladas de luz, el claroscuro refleja un tanto mejor el mundo y sus matices. Lo grotesco y lo sublime, como pensaba Víctor Hugo (2009), nos muestran con mayor realismo el drama y el peligro que supone estar vivos. No nos debemos quedar con la anécdota del desnudo en la clase de anatomía. Es la risa escénica el alma de la comedia que representa un arte de hospitalidad para contrarrestar la herencia de las cholitas y los cholitos, de borrar con simpatía los años de suplicios, miserias y vicios aprendidos en conventos, cárceles y hospicios. Hospitalidad en el sentido derridiano (2000) para ofrecerles unas condiciones de dignidad modernas en el modo incondicional de la gramática del zaguán.

Los nadies del poema de Galeano (2008), los habitantes por excelencia de la escuela, los iguales (Rancière, 2007), «los Huasos, Chinos, Bárbaros, Gauchos, Cholos, Huachinangos, Negros, Prietos, Jentiles, Serranos, Calentanos, Indijenas, lente de Color i de Ruana, Morenos, Mulatos, Zambos, Blancos porfiados i Patas amarillas, i una CHUSMA de Cruzados Tercerones, Cuarterones, Quinterones» (Rodríguez, 2016, p. 320) son alojados sin prebendas con dignidad —higiene, vestimenta, alimentación y acomodación—, formados contextualmente para ganarse el pan; lo urgente, sin olvidar lo importante; la cultura. Revitalizando aquella reflexión que toma prestada de un cuento de *Las mil y una noches*, Lorca, ante la pregunta de un periodista si tuviese que pedir: medio pan y un

libro, lo primero para sobrevivir y lo segundo para darle sentido a la vida.

De hecho, Rodríguez no considera que la escritura y la lectura deban ser una de las enseñanzas iniciales de la primera escuela sino que sólo deberían venir después de calcular, hablar y raciocinar,” y posiciona al leer como “el último acto en el trabajo de la enseñanza” (Kohan, 2013, p. 113)

Hospitalidad sin cláusulas, como en los zaguanes que pueblan el sahel africano, como la posada en los *Cuentos de Canterbury* o el castillo en la novela de Calvino o en la iglesia de Santa María Novella en el *Decamerón* de Bocaccio, dando la palabra al invitado, en el sentido derridiano (2000) para que el extraño se sienta huésped y termine como ciudadano.

La hospitalidad se ofrece, o no se ofrece, al extranjero, a lo extranjero, a lo ajeno, a lo otro. Y lo otro, en la medida misma es que es lo otro, nos cuestiona, nos pregunta. Nos cuestiona en nuestros saberes, en nuestras certezas, en nuestras legalidades, nos pregunta sobre ellas y así introduce la posibilidad de cierta separación dentro de nosotros mismos, de nosotros para con nosotros. Introduce cierta cantidad de muerte, ausencia, de inquietud allí donde tal vez nunca nos habíamos preguntado, o donde hemos dejado ya de preguntarnos, allí donde tenemos la respuesta pronta, entera, satisfecha, la respuesta, allí donde afirmamos nuestra seguridad, nuestro amparo. Amparamos, pues, a lo otro, al otro, lo alojamos, hospitalariamente lo hospedamos, y eso otro, ese otro ahora por nosotros amparado nos pregunta, nos confronta con ese ahora nuestro desamparo. (Derrida y Dufourmantelle, 2000, pp. 7-8)

Una hospitalidad que educa al maestro errante como eco de aquella escena que nos relata Kohan (2013) con Thomas

en Jamaica, la escuela hospitalaria de Rodríguez, la imposible en tiempos de identidades fuertes reclama un pensamiento débil (Vattimo, 1990) que hospede las expresiones infantiles como parte del currículo no solo como acto de humildad sino como necesidad para cuestionarnos y desampararnos, único escenario posible para una convivencia en lo común que revierta aquel «todo lo que realmente pasa me pasa a mí» de Borges (1993) y, posibilite la alquimia pedagógica capaz de transmutar el binomio libertad-igualdad rousionanino en una ciudadanía inventada para una República de la equidad.

El debilitamiento del (de la noción de) ser, el darse explícito de su esencia temporal (también y sobre todo: contingencia, nacimiento-muerte, transmisión desteñida, acumulación de antigüedades) repercute profundamente en el modo de concebir el pensamiento y el Ser-ahí que es su «sujeto». El pensamiento débil querría articular estas repercusiones, y preparar así una nueva ontología. Esta nueva ontología se construye, no sólo desarrollando el discurso de la diferencia, sino también rememorando la dialéctica. La relación dialéctica-diferencia no tiene un sentido único: no es tan sólo un abandono de las ilusiones de la dialéctica por el pensamiento de la diferencia. Es probable que la *Verwindung*, la declinación de la diferencia como pensamiento débil, pueda pensarse sólo si se asume también la herencia de la dialéctica. (Vattimo, 1990, p. 23)

La palabra dada por el pensamiento débil nace para comprender y comprendernos. Ortega y Gasset (2014) incide en la etimología de este verbo y su asociación con el amor. La palabra dada teje los cordones de plata que nos vinculan y permiten responder en lo cotidiano y en lo político a esa pregunta sobre si podremos vivir juntos. La palabra dada es la memoria y también la imaginación; construye no solo el espacio, sino que instaure una narrativa que da sentido a esos tres fantasmas

dickensianos; pasado, presente y futuro (Ricoeur, 2004). Y esa narrativa somos nosotros. Sin palabras no somos.

El cuento, sin moraleja, nos deja el regusto de la vida buena, la resaca de un mar que nos trae en el sube y baja de la marea al náufrago que porta en sus andrajos el arte de habitar el mundo de muchas maneras. A pesar de las apariencias, ¿estamos, en el epitafio de este relato, ante un héroe filosófico, en el sentido foucaultiano, que no pasa a la historia por el resplandor de sus ideas sino por protagonizar una existencia filosófica? ¿O ante un maestro que no quiso sino aprender? ¿Un niño que no quiso crecer?

Quién sabe. Nos quedan pocas palabras en este cuento que nunca sabremos si termina o comienza, leemos escuchando, como eco socrático, el zumbido travieso de un tábano que persiste, picotazo a picotazo, en despertar a la alpaca americana del sueño colonizador 3.0, la neoliberalización de un lado y del otro.

Las últimas líneas despiden a un coleccionista de fracasos tomando tragos de cinismo para ahogar el recuerdo de los sueños rotos en una embriaguez que le quite peso a la derrota. El irreverente filósofo sin obra, en la penúltima noche llega al final del cuento, guardando en un bolsillo una analogía de la apología: vivir una vida que merezca, como en el poema *If* de Kipling, los sesenta segundos que respiran en un minuto. Hacer del colorín colorado una filosofía con alma de pedagogía o, jugando con sus palabras pintadas, hacer una filosofía de la escuela. Una escuela no escrita, una escuela que ya no es porque precisa de un siempre y de nuevo, érase una vez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Amunátegui, M.L. (2011). *Ensayos biográficos*. Nabu Press.
- » Baudrillard, J. (2008). *Pacto de la lucidez o la inteligencia del mal*. Amorrortu.
- » Borges, J.L. (1993). *El jardín de senderos que se bifurcan*. El periódico.
- » Cortázar, J. (2011). *Historia de cronopios y de famas*. Grupo Santillana Ediciones S.L.
- » De Sousa Santos, B. (2006). La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes en *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. CLAPSO.
- » Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (2000). *La Hospitalidad*. Ediciones de La Flor.
- » Dostoyevski, F. (2019) *Los hermanos Karamázov. Novela en cuatro partes y un epílogo*. Titivillus ePub r1.2
- » Esteve, J.M. (1983). El concepto de educación y su red nomológica en *Teoría de la Educación. El problema de la Educación*. Editorial Límites.
- » Freire, P. (1969). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.
- » Freire, P. (1990). *Naturaleza Política de la Educación: Cultura, Poder y Liberación*. Paidós Ibérica.
- » Galeano, E (2008) *El libro de los Abrazos: Imágenes y palabras*. Siglo XXI.
- » Grases, P. (1954). *Simón Rodríguez y la imprenta*. Imprenta Nacional.
- » González-Luis, M.L.C. (2004). *Memoria Investigación de Cátedra*. Universidad de La Laguna.

- » Hâmpaté Ba, A. (1972). *Aspects de la civilisation africaine*. Présence Africaine.
- » Kohan, W.O. (2013). *El maestro inventor. Simón Rodríguez*. Miño y Dávila Editores.
- » Hugo, V. (2009). *Cromwell*. Simancas Ediciones.
- » Mann, T. (2009). *La montaña mágica*. EDHASA.
- » Montaigne, M. (2009). *Los Ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Acantilado.
- » Ordine, N. (2017). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Acantilado.
- » Ortega y Gasset, J. (2014). *Las meditaciones del Quijote*. Alianza Editorial.
- » Propp, V. (1981). *Morfología del cuento*. Editorial Fundamentos.
- » Puiggrós, A. (2005). *De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Educación para la integración latinoamericana*. Colihue.
- » Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante*. Libros del Zorzal.
- » Reynolds, P. H. (2005). *Casi*. Serres.
- » Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración*. Siglo XXI.
- » Rodríguez, S. (2016) *Obras completas*. Ediciones Rectorado. Disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20190926042843/Simon_Rodriguez_Obras_Completas.pdf
- » Rozitchner, L. (2012). *Moral Burguesa y Revolución*. Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- » Vattimo, G. (1990). Dialéctica, diferencia y pensamiento débil en *El pensamiento débil* Vattimo, G. y Aldo Rovatti, P. (ed. lit.), Cátedra, págs. 18-42
- » Virilio, P. (1997) *El ciber mundo, la política de lo peor. Entrevista de Philippe Petit*. Ediciones Cátedra.
- » Wallerstein, I. (2010). *El moderno sistema mundial: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI.

SIMÓN RODRÍGUEZ, UN EXTRAÑO FILÓSOFO DE LA EDUCACIÓN

Gregorio VALERA-VILLEGAS

No sentimos que tenemos Cabeza, sino cuando nos duele. ... No vemos toda la extensión de nuestra miseria, sino cuando entramos en nosotros mismos.

La América esta llamada (si los que la gobiernan lo entienden) a ser el modelo de la buena sociedad, sin más trabajo que adaptar.

Todo esta hecho (en Europa especialmente). Tomen lo bueno —dejen lo malo— imiten con juicio— y por lo que les falte inventen.

Simón Rodríguez, *Obras completas*

Este trabajo es un ejercicio de aproximación a la *bildung* de un personaje, Simón Rodríguez. La *bildung* de un filósofo extraño según nuestra mirada. Un ejercicio otro, distinto, al menos, sobre un venezolano, latinoamericano por antonomasia, un pensador cosmopolita; del cual se ha dicho que fue filósofo (el Sócrates de Caracas), un político, un pedagogo. En él realizamos una suerte de hermenéutica filosófica del texto escrito, narrado, y de la acción contada por testigos oculares. La carta, la biografía, el ensayo filosófico y pedagógico nos sirvieron de pretextos para presentar a un Rodríguez, además de filósofo extraño, un ensayista. Finalmente, puede decirse,

que se intenta contribuir, en alguna medida, con el estudio de la vida, del pensamiento y de la obra del así llamado, Don Simón Rodríguez.

En este texto se trata de presentar una visión de Simón Rodríguez desde su proceso de formación, es decir, del intento por responder a la interrogante ¿cómo llegó a ser el que fue? Es, por tanto, un pequeño ejercicio de interpretación de un proceso vital, considerado único e irrepetible, de un ser humano extraordinario en el que se combinaba la genialidad, la iconoclasia y la extrañeza. Un personaje del siglo XIX que vivió, de algún modo, fuera de su tiempo, convertido en un extraño, valga decir, en un eterno extranjero por sus ideas, su praxis social, educativa y política, su personalidad toda.

SIMÓN RODRÍGUEZ, O DE CÓMO LLEGÓ A SER FILÓSOFO DE LA EDUCACIÓN

Decía Rodríguez: «No quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un solo lugar; sino al viento, al agua, al sol, a todas esas cosas que marchan sin cesar» (Rodríguez, 2009, p. 701). Pero, a quién llegó a parecerse: a un trotamundos, a un sempiterno iconoclasta, poeta, soñador, contestatario, en fin, irreverente. Rodríguez había nacido en Caracas, aquella Caracas, que, en palabras de Díaz Sánchez, «era la (...) de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX (...) posee una fisonomía bien definida, con una sociedad culta y emprendedora y, sobre todo, con una precoz conciencia de su posición entre las naciones del Nuevo Mundo» (Díaz Sánchez, 1997 p. 19). Lo que nos permite afirmar, que Rodríguez, en su formación inicial, es el fruto de una cultura, la caraqueña (valga

decir la venezolana), lo que contribuirá a darle originalidad a sus concepciones teórico-prácticas, mucho más allá de la inspiración, que según Uslar Pietri, le dieron las revoluciones norteamericana y francesa. (Uslar Pietri, 1981, p. 27). Su proceso de formación como persona, genio y figura, tuvo un carácter singular. Identificado, sin duda, con lo colectivo de la ciudad, y de la nación, en la que vivió sus años infantiles y juveniles.

Aquel niño, nacido durante la noche del 28 de octubre de 1771, fue convertido a la primera condición social de su vida, la de niño expósito.¹ Y ya para el año de 1791 Rodríguez llega a ser un docente, un maestro de las primeras letras. En mayo, de ese año, el Cabildo de Caracas le da un puesto como maestro en la “Escuela de Lectura y Escritura para niños”². Y tres años después, en 1794, escribe, lo que sería una muestra incipiente de su pensamiento pedagógico, un texto-informe-crítico denominado: “Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento”³.

Cuatro son las constantes en la *bildung* de Rodríguez: pensar, ensayar, actuar y viajar como experiencia/vivencia y aventura. Y por ello, en 1797, a la edad de veintiocho años, se involucra plenamente en la conspiración de Gual y España en contra de la corona española. Ello, le costará el exilio. Y así, dará inicio a su viaje de formación, como parte de su *bildung*. La *bildung* se refiere al cultivo de uno mismo, en donde la

1 De acuerdo con la interpretación de algunos documentos de la época y de ciertos testimonios puede llegar a afirmarse que el padre biológico de Rodríguez fue el cura Carreño.

2 En aquella escuela es donde se produce su primera relación con Simón Bolívar.

3 En el que pueden observarse influencias de la obra de Rousseau, del Emilio, o De la educación de 1762, para más detalles.

filosofía y la educación se relacionan estrechamente, de manera tal que la misma tiene que ver con un proceso de crecimiento, desarrollo y maduración individual. En tal proceso, a través de una transformación personal, vía experiencia y reflexión sobre uno mismo, se conjuga lo sentipensante o, de algún modo, la inteligencia sentiente, diríamos con Zubiri, en una armonización de la mente del individuo y el corazón, y en la profunda implicación de la identidad personal con la sociedad de referencia. Incorporando la posibilidad de participar en una crítica de la sociedad en la que se vive, y en última instancia desafiar a la sociedad, para actualizar sus ideales más altos, como lo hará Rodríguez en su momento. (Cfr. Bruford, 1975, pp. 66-70; a Alves Alexandre, 2019, pp. 14-17; y también a Vilanou, 2001, pp. 11-13).

Una *bildung*, junto al viajar como elemento importante, que para Rodríguez significa un viaje sin retorno al suelo nutricional. Viaje, eso sí, de trotamundos, de lector inquieto —o lo que es lo mismo, como parte del conjunto conformado por aquellas personas que «...a lo largo de sus vidas se han ido convirtiendo en lo que son, por intermedio de un saber de experiencia, un saber de sí, una incorporación y un *habitus* de una lectura otra, ya no como una herramienta, sino como proyecto personal de vida» (Valera-Villegas, 2012, p. 14)—. En efecto, Rodríguez se convierte, en el proceso de su *bildung*, en un lector inquieto, un lector acucioso de Homero, Diderot, Montesquieu, Rousseau, Spinoza, Hobbes, y Holbach.

Rodríguez viaja durante unos veintiséis años, conoce a Italia, Suiza, Alemania, Bélgica, Rusia, Inglaterra entre otros países. Durante ese largo periplo, lee con pasión, estudia y crea escuelas. Desarrolla ese pensar, estudiar y hacer que le acompañaría por el resto de su vida. En su recorrido vital se (con)forma como el filósofo, el pedagogo, el político, el

pensador, creador infatigable, el políglota⁴. Durante este viaje, Rodríguez se reencuentra en 1804 con Bolívar, quien había viajado a Europa debido a su viudez prematura. Este encuentro contribuye a fortalecer aquel viaje de aprendizaje para El Libertador. Eran conversaciones, diálogos y debates, lecturas y recorridos compartidos. De esta experiencia de formación es cuando, el uno, Bolívar, reconoce al otro, Rodríguez, como su maestro. Esta tesis es defendida por uno de los estudiosos más notables de la obra de Rodríguez, Jesús Andrés Lasheras. (Cfr. Lasheras, 1994, pp. 60-68). Este filósofo andarín, es también aquel que hizo del método del ensayo y el error, del ensayar permanente, parte fundamental de su pensamiento y acción. (Cfr. Kohan, 2014, pp. 34-40). Del ensayar, inventar, crear en suma, y también, por qué no, del errar, del equivocarse, especialmente cuando todas las circunstancias conspiraban contra sus proyectos. En su obra de 1828, titulada “Sociedades Americanas”, nos dice:

Dónde iremos a buscar modelos?...

—La América Española es original = ORIGINALES han de ser sus Instituciones y su Gobierno =Y ORIGINALES sus medios de fundar uno y otro.

O Inventamos o Erramos”. (Rodríguez, 2009, p. 88).

Nótese en la cita su estilo escritural de “pintar las palabras”. Este estilo, por ejemplo, le permitía presentar partes de sus textos rompiendo la horizontalidad de las líneas, al presentarlos en forma escalonada. Véanse muestras de ello en Rodríguez (2009), especialmente en su obra “Luces y virtudes sociales”.

4 Llegó a dominar el inglés, el francés, el italiano, el alemán y el portugués, entre otras lenguas.

SIMÓN RODRÍGUEZ, UN EXTRAÑO FILÓSOFO DE LA EDUCACIÓN

Simón Rodríguez, fue un extraño, es decir, un varón considerado por muchos de sus contemporáneos como inadaptado, anormal, lunático. Podemos decir, además, para fines de este estudio, que entendemos por extraño aquella persona considerada rara o poco común, excepcional, singular y sorprendente con que se presenta la biografía, la *bildung*, de un filósofo de la educación, de un pedagogo, de un político, de Don Simón Rodríguez. Y de algún modo también considerado por algunos como un extranjero, un tipo ajeno, negándosele o desconociéndosele intencionalmente, con sus implicaciones éticas y políticas respectivas. Para una visión más completa de este concepto de extraño, véase a Valera-Villegas (2005, pp. 298-316). Rodríguez fue un sujeto extraño en muchos aspectos, incluso en la incomprensión de su pensamiento y obra por muchos de sus contemporáneos. Tal es el caso de sus desavenencias con el Mariscal Antonio José de Sucre, este último no llegó nunca a comprenderle. Hasta el punto de verse obligado a renunciar, en 1826, a su cargo de Director General de Instrucción Pública y Beneficencia. Sucre, era para aquel entonces era presidente de Bolivia. Rodríguez había fundado una segunda escuela-taller como parte de su proyecto educativo para Bolivia. A partir de aquel momento, vivió como un simple filósofo, educador y pedagogo, entre Perú, Chile y Ecuador. (Cfr. Morales, 1992, pp. 26-30; y Murillo, 2009, pp. 177-182; y también a Rumazo González, 2004, pp. 60-68). Cabe citar aquí un extracto de una de las cartas que Sucre dirigirá a El Libertador, en las que le muestra su incomprensión y ojeriza por Rodríguez, firmada en Chuquisaca el 4 de septiembre de 1826, en ella le dice: «A no ser que Don Simón es tan honrado y que

no tiene un peso, padecería su reputación; más, todos lo tienen por hombre de bien a toda prueba; pero sí, sin orden ni método para sus establecimientos» (Rumazo González, 2004, p. 88).

Su ensayar y su errar signan su horizonte histórico. Sueños, proyectos e ilusiones se van al traste. Un nuevo proyecto en otro lugar, en el trayecto de su viaje vital, reanima sus fuerzas. Rodríguez, el extraño, es personaje que nos muestra un perfil propio, único y singular. Bohemio, romántico, iluso, fracasado, pero nunca derrotado. Un trotamundos, pionero, libertario, creyente de la necesidad de formación de repúblicas, de ciudadanos, como necesidad impostergable para la constitución firme de las nacientes repúblicas americanas. Un personaje que hizo del viaje y de la aventura su esencia como ser humano y como filósofo. Atributos estos, además de políglota —conoció y dominó el latín, y otras lenguas que llegó a enseñar en algunos países de Europa—, que contribuyen a perfilarlo como un filósofo cosmopolita, tal y como lo considerara El Libertador, como veremos más adelante. A este respecto cabe citar el extracto siguiente:

Todos los testimonios de que disponemos coinciden en afirmar que Rodríguez dedicó los años que pasó en Europa al estudio de la filosofía, la economía, la política, las ciencias y las artes, no sólo en los libros sino también en la realidad. La teoría empirista del conocimiento y el cosmopolitismo como elemento ideológico de la sociedad emergente hicieron de los viajes un instrumento indispensable para la formación del hombre culto del siglo XVIII. Había que ver, oír, palpar y hasta oler la realidad de hombres, culturas, climas y accidentes geográficos—y había que ser capaz de comprender y compartir la conducta de cualquier ser humano; y todo eso sólo era posible viajando. La teoría pedagógica que Simón Rodríguez desarrolla a partir de su llegada a Europa es sólo un elemento de un sistema

filosófico y político más amplio, y, no por casualidad, aparece como parte cuarta de ese sistema cuando Simón Rodríguez presenta el plan de publicación de su Obra en 1828, organizado según el orden lógico de implicación conceptual en el que cada una de sus proposiciones aparecerá respaldada por supuestos filosóficos básicos y por el entramado lógico que sustenta el sistema (Lasheras, 2001, p. 34).

Viajero, aventurero sí, y también lector, escritor, filósofo genial y original. Su singularidad y extrañeza se muestran de diferentes maneras. Al llegar a Kingston, Jamaica, cambia su nombre por el de Samuel Robinson por razones políticas, se afirma. Creemos que también, como símbolo de inicio de su viaje de formación, de (trans)formación a tono con su propia *bildung*. Es durante ese viaje que llega a convertirse en un sujeto original, un filósofo de la educación, un pedagogo, un político. Un consumado ensayista, incluso, hasta en la manera de componer los textos de su obra escrita, como veremos más adelante. No olvidemos que era tipógrafo, herramienta que le ayudará a configurar su estilo escritural, o aquel en el que las letras pintan las palabras, y por lo tanto, requería de un estilo particular para una mejor expresión de las ideas.⁵

No es sino hasta 1823, a su regreso a la América, cuando retoma el nombre de Simón Rodríguez, como presagio, tal vez, del inicio de una nueva fase de su *bildung*. Desembarca en Cartagena de Indias, y ya en 1824, en Bogotá, inicia el periplo de ensayos en América, al fundar la primera escuela-taller.

Es de hacer notar que este Rodríguez de carne y hueso, fue también, además de extraño, considerado como mujeriego, cínico, irónico, calificado de descarado, por su autenticidad

5 En el momento de su muerte, el día 28 de febrero de 1854, en Amotape, una aldea del norte del Perú, sólo tenía un cajón lleno de libros y manuscritos de sus nuevas obras.

incuestionable. Y por sus detractores era visto como un inconstante, seguramente por abandonar lo que consideraba, en su momento, un esfuerzo inútil, y buscar nuevos caminos, nuevos escenarios para sus ideas. Por cierto, que en su obra “Sociedades Americanas en 1828” aparece una nota en la contraportada que reza:

Tan EXÓTICO debe parecer el proyecto de esta obra
como EXTRAÑA la ortografía en que va escrito.

En unos Lectores excitará, tal vez, la RISA

En otros el DESPRECIO

ESTE será injusto:

porque,

ni en las observaciones hay FALSEDADES

ni en las proposiciones Disparates

De la RISA podrá el autor decir

(en francés mejor que en latín)

Rira bien qui Rira le dernier.

Así, a ese ser extraño que llegó a ser Rodríguez, se le pretendió condenar al olvido por aquellos sujetos de alcurnia y poder. Durante un siglo aproximadamente su obra permaneció en silencio, o acallada. Es a partir de la década de los cincuenta, del siglo pasado, cuando se comienza a dar a conocer. (Cfr. Rumazo González, 2004, pp. 90-98).

Para los venezolanos y los latinoamericanos de hoy en día, él debería ser más que el título de maestro de El Libertador, muchísimo más que el personaje del que se habla en la carta de Pativilca de este último. Por ello, a ese ser extraño, visto como elemento básico de la constitución de su *bildung*, debemos verle como el pensador, el pedagogo universal, el filósofo y primer educador popular de América. Aquel que se a pensar, a crear, a escribir con luz propia una obra desde las tierras de Nuestra

América. Pionero de la concepción de la educación popular como filósofo de la educación que llegó a ser. (Cfr. Puiggrós, 2016, pp. 86-90). Y es que en efecto Rodríguez fue considerado por El Libertador “el Sócrates de Caracas”, así como también “filósofo cosmopolita”. Escribe El Libertador:

He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga Ud. por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro. Es un filósofo consumado, y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas, aunque en pleito con su mujer, como el otro con Jantipe, para que no le falte nada socrático”. (Carta al General Francisco de P. Santander, Pallasca, 8 de diciembre de 1823. Rodríguez, 2001, p. 113). En otra carta escribe El Libertador: “Créame Vd., mi querido amigo, su hermano de Vd. es el mejor hombre del mundo; pero como es un filósofo cosmopolita, no tiene ni patria, ni hogares, ni familia, ni nada”. (Carta a Cayetano Carreño, fechada en Cuzco, 27 de junio de 1825. Rodríguez, 2001, p. 116). (Los subrayados son nuestros).

Además, puede decirse que de su condición de filósofo no debe haber ninguna duda, porque, entre otras razones, además de una obra escrita, está el estudio detenido de filósofos como: Platón, Aristóteles y otros clásicos de la antigüedad, además de Rousseau, Voltaire, Locke, Condillac, D’Alembert, Helvetius.

De igual modo, al sostener que fue filósofo en su aptitud y actitud, puede afirmarse que estamos en presencia de un filósofo que pudiera parangonarse con los llamados socráticos. Leamos a este respecto lo que afirma de él el médico e intelectual colombiano Manuel Uribe Ángel, quien personalmente le conociera:

Sin ser muy alto de cuerpo, tenía aspecto atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa un tanto

socarrona: ¡el volteriano esencial! Mira de frente; emplea incluso el desplante. No pide sino por hambre o miseria; ni se queja, más bien sonríe; ni se muestra nunca sentimental. En sus obras no hay referencia alguna a las mujeres. Parece hombre frío, aunque enérgicamente apasionado por sus ideas; su orgullo manteníale erguido aun en las mayores pobreza. No tolera que se le contradiga en sus opiniones; discute, refuta, apabulla con argumentos, pero como varón culto que es, respeta el criterio de los demás; tolera sin ceder, sonríe a veces con mordacidad. Ni enfático ni obseso, sábase muy seguro de sí (Rumazo González, 2004, pp. 55-56). (El subrayado es nuestro)

Rodríguez, ese extraño filósofo de la educación, en su *bildung* nos muestra su con-formación como filósofo cosmopolita adelantado a su tiempo y circunstancia, la que intenta salvar a como diera lugar por medio de su inquieto ensayar proyectos educativos y políticos, y acrisolar uno de sus más importantes legados el de la educación popular y la igualdad radical como principio ético-político. El estudiar, el viajar incesante⁶ y el permanente ensayar son sus nortes filosóficos, en su relación estrecha con lo teórico y su aplicación práctica, al compás del conocimiento de la filosofía, las ciencias y las técnicas. A este respecto se afirma que:

Sobre los autores que estudió tenemos abundantes testimonios directos e indirectos. En primer lugar, los que se infieren del contenido de sus obras. Aunque Rodríguez rara vez cita, es fácil deducir que están presentes en ellas las ideas de Bacon, Locke, Voltaire, Rousseau, Spinoza, La Mettrie, Helvetius, Hume, Condíllac, Montesquieu, D'Atambert, D'Holbach, y Destut de Tracy, los ilustrados españoles como Campomanes, Jovellanos y Cabarrus e, incluso, los autores

6 Viajó por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia, y en América por Venezuela, Jamaica, USA, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

ligados a las primeras luchas del obrerismo moderno como Sismondi (Lasheras, 2001, p. 37).

UN FILÓSOFO EXTRAÑO-IRREVERENTE. LA ESCRITURA DE RODRÍGUEZ

Rodríguez al salir de Caracas, para nunca más regresar, se convierte en un trotamundos, un eterno viajero en su marcha de ida sin retorno. Ese Samuel Robinson en el que se troca, le permite asumirse en su libertad y en su autorresponsabilidad, dueño de sí y de sus circunstancias. Viaja por Estados Unidos y Europa, con excepción de España a la que, al parecer, por razones políticas, nunca visitó. Ese viaje durará, como hemos dicho, unos veintiséis años, hasta 1823. En este año retorna a la América, a lo que hoy se denomina América Latina.

En Baltimore aprende el oficio de tipógrafo, que luego usará, como ya lo hemos señalado, para su original forma de componer sus textos, para “pintar las palabras” decía. Sobre la forma de componer sus escritos en otro trabajo dijimos:

Rodríguez solía hacer una composición muy singular de sus textos, en los cuales adoptaba recursos como: uso de las mayúsculas iniciales o totales para destacar la importancia de una palabra en lugar de subrayarla, uso del guión o de una doble coma, para destacar una pausa larga, no usaba el punto final cuando ordenaba las ideas por renglones (...) combinación de los signos de interrogación y de exclamación, las llaves para destacar ciertas ideas, entre otros (Valera-Villegas, 2002, p. 116).

A su regreso de Europa, por Cartagena de Indias, despliega

un conjunto de acciones, de grandes proyectos, de ensayos, durante cinco años, hasta 1828. En este año, el filósofo de la educación inicia la publicación de sus obras. Pensamiento, escritura y acción van a ser las constantes de esta fase final de su andadura. Sin embargo, esta no puede ser entendida plenamente sin la inmediatamente anterior, la de Europa. Allí despliega cuatro actividades fundamentales: viajar, estudiar (la filosofía, la ciencia y la literatura de la época) la enseñanza (para ganarse la vida) y la política (se nutre del liberalismo en ciernes, de las tesis del socialismo utópico). De este período se ha dicho que Rodríguez «empieza a volverse, en dinamia de su ascenso, un poderoso pensador, un sapiente, y un educador que quiere vía propia» (Rumazo González, 2004, p. 37). Es precisamente en este trayecto de su viaje cuando se encuentra con Bolívar, y como buenos románticos:

...asumen este viaje como una verdadera empresa de conocimiento, más que un andar desinteresado por las obligadas rutas del turismo. Es el viaje romántico a través del tiempo, cargados de presentimientos y de nostalgia por el pasado, valores que no han surgido de un mero capricho individual sino que han sido impuestos por el presente, un presente que anuncia el desplome inminente de la civilización. Remontarse hasta la cuna es poder contemplar la grandeza debida al poder de creación humana, pero es también la posibilidad de ver el paso inexorable del tiempo. Contemplar las ruinas, para los románticos, es sentirse embargado de un doble sentimiento: por un lado, una fascinación nostálgica por las construcciones debidas al genio de los hombres; por otro lado, la lúcida certeza, acompañada de una no menor fascinación ante la potencialidad destructora de la naturaleza y del tiempo (Murillo Arango, 1990, p. 176).

Este será un periplo de autoformación, guiado por sí mismo y por sus circunstancias. De él dirá, como parte medular de su

bildung:

Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas, concurrí a juntas secretas de carácter socialista; vi de cerca al padre Enfantin, a Olindo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaba de apóstoles de la secta. Estudié un poco de literatura; aprendí lenguas y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia. (Rodríguez, 2009, p. 89).

Está claro que para 1823, a su regreso a la América, Rodríguez había ya iniciado el ejercicio de su escritura, aun cuando no hubiera hasta la fecha publicado nada. A partir de ahora, dejando el nombre de Samuel Robinson —el trotamundos en el despliegue de su *bildung*, de su viaje de formación—, se dedicará a ensayar y a errar, proyectos pedagógicos, originales y vanguardistas, proyectos de industria, prácticas de indagación científico-técnica. Producto de estas prácticas están sus obras: “Observaciones sobre el terreno de Vincocaya con respecto a la empresa de desviar el curso natural de sus AGUAS y conducir las por el Río ZUMBAI al de AREQUIPA”. Arequipa, 1830. Y el “Informe presentado a la Intendencia de la Provincia de Concepción de Chile para reconocer la ciudad de Concepción y sus cercanías después del terremoto del 20 de febrero de 1835”. Concepción, 1835. (Cfr. Rodríguez, 2009, p. 140). De seguidas, y finalmente, encontramos su conversión-dedicación a la escritura ensayística, como expresión de su filosofía de la educación. En esta última actividad andará de ciudad en ciudad, por Sudamérica, con las obras manuscritas en busca de editor. En esta fase de su vida, lo escritural pasa a constituirlo con mucho. Y de esta manera, se hará, con más fuerza, un filósofo, un escritor, un ensayista pleno y originalísimo, con una escritura en la que hacía gala de su genio y su ironía. Así leemos en una

de sus cartas:

Adiós amigo! Deseo a Usted Como para mí salud para que no sienta que vive distracción para que no piense en lo que es y muerte repentina para que no tenga el dolor de despedirse de lo que ama, y de sí mismo para siempre. Esta carta, dirigida al Señor General don José Trinidad Morán, está fechada en Guayaquil, 26 de noviembre de 1853. (Rodríguez, Simón. *Cartas*, 2001, p. 173).

Rodríguez, el filósofo cosmopolita, con sus baúles viaja, cargado de libros, su estudio ambulante y sus manuscritos. Pensar, escribir y ensayar son las consignas vitales y sus angustias de aquella época. De esta manera, a tono con la segunda, afirmaba:

La meditación y la experiencia me han suministrado luces, Necesito un candelabro donde colocarlas: ese candelabro es la imprenta, Ando paseando mis manuscritos Como los italianos sus titirimundis. Soy viejo, y aunque robusto, temo dejar de un día para otro un baúl lleno de ideas para pasto de algún gacetero, Temo morirme sin dejar mi obra publicada: si así sucede, yo habré perdido un poco de gloria, que pronto se olvida en el sepulcro; pero los americanos habrán perdido algo más, pues no puede serles indiferente el ser señores de su suelo, o el cultivarlo para sus señores; el conservar un nombre que los recomiende, o el tener que tomar otro para existir. (Rodríguez, 2009, p. 90).

Este ejercicio de lo escritural, pleno y constitutivamente asumido, supondrá crear y publicar. Libros, folletos y artículos de prensa se darán a leer públicamente, algunos manuscritos se perderán en el camino y después de su muerte. Por cierto, uno de estos baúles fue devorado por las llamas en un incendio en Guayaquil, Ecuador, en 1896.

Rodríguez inició sus ejercicios preliminares de escritura, sus notas preliminares, sus *hypomnematas*, durante el trayecto de su *bildung* europea. Sobre ello refiere que: “Mis borradores sobre la Instrucción Pública tuvieron principio a fines del siglo pasado, en Europa, donde viví enseñando por espacio de muchos años”. (Rodríguez, 2009, p. 68). En Oruro, ciudad en la que permanece por espacio de dos años y en la que logra hacer de ella un lugar ideal para escribir, en 1828, escribe dos obras, el inicio de su obra básica y monumental *Sociedades Americanas en 1828* y “El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidas por un amigo de la causa social”. En la segunda, que es un opúsculo, no es Bolívar el objeto de su defensa, no lo necesita; sino que «...se defiende la causa de los pueblos, justificando las intenciones y la conducta de sus jefes...». Se ha sostenido en relación con esta obra «que es relevante la exaltación revolucionaria del héroe, íntimamente vinculada a la de la idea de colectividad, (singular procedimiento que asumiera el romanticismo de la época en la definición del cambio en el sentido de cultura)» (Murillo Arango, 1990). De Oruro viaja a Arequipa, allí realiza su primera publicación, el “Pródromo”⁷ de “Sociedades Americanas en 1828. Como serán y como podrían ser en los siglos venideros”.

Rodríguez, en su ejercicio escritural, puede ser considerado como un ensayista original e iconoclasta a su manera. Esta tesis es sostenida por Douglas Bohórquez Rincón (2008, pp. 301-312), quien afirma:

7 De él dirá Rodríguez, con su característico sarcasmo, que: «anduvo por las tiendas, envolviendo especias (...) Ahora, en Lima, lo buscan; se aprecia hoy lo que se despreció ayer». El Pródromo es una obra autónoma por su contenido y profundidad, independientemente del carácter que le dio su autor. En la portada aparece una nota que dice: «En esto han de pensar los americanos, no en pelear unos con otros». Un ejemplar de esta primera edición se encuentra en la Universidad de Yale.

...hay evidentemente en él (en Rodríguez), una puesta en escena teatral del lenguaje, lo que involucra una remodelación del sentido, de las significaciones preconcebidas. Propone nuestro autor un trabajo con el lenguaje que torna sugerente, pero destaca sobre todo su conciencia irónico-socrática. Es un ironista en la mejor tradición de la filosofía socrática, grecolatina (El paréntesis y su contenido son nuestros).

Él logra construir un estilo propio que lo identifica, y en el que integra: «lógica, oralidad, humor y juego y que mucho dice por lo tanto de la actitud subversiva, iconoclasta, de un permanente explorador de la palabra, de sus múltiples posibilidades de sentido». En su práctica escritural, constituida y constituyente de sí, en su pensar y crear; puede verse:

...la apelación a la metáfora, a los símiles, a la hipérbole, a la ironía, a la parodia, es decir, a un espectro figurativo del lenguaje que le permite re-pensar desde una perspectiva inédita nuestra condición plural, heterogénea, de “sociedades americanas” necesitadas de una filosofía insurgente, liberadora.

Lo escritural en Rodríguez es también, y de algún modo, un ejercicio de metaescritura en la que el autor-escritor se sale del texto para buscar un efecto que toque o busque ligar palabra y voz, sentimiento, presencia y pensamiento mediante el uso de una tipografía (suerte de caligrafía) de impacto visual en el lector, en un como-si las letras hablaran desde su configuración particular en la página compuesta. De allí que se haya afirmado de la presencia «de una ‘literariedad’ instrumental, en tanto sirve a una re-articulación de sentidos y que nos desafían como lectores acomodados a sistemas de pensamiento preestablecidos y a un orden lingüístico secuencial» (Bohórquez Rincón, 2008, pp. 310-311). Lo escritural en este pensador caraqueño es ensayo

filosófico, no hay duda, sus experimentos-experiencias-vivencias escriturales son, es verdad, “punzantes fragmentos-astillas”. Fragmentos-astillas que buscan conmover al lector. De esta escritura se ha dicho que: «Opera, anticipándose a la fórmula nietzscheana, por sentencias, condensando al *maximum*, presentando contrastes, paradojas, contraponiendo tesis». En efecto, continúa Rumazo González:

Con frecuencia (...) avanza en deducciones en serie, según el método socrático (...) y las más de las veces, volterianamente y con especialísima delectación, decora sus exposiciones con sutilísimos puntazos o burlas no poco corrosivos (Rumazo González, 2004, p. 91).

Esta conformación de lo escritural tiene mucho que ver con la práctica de una lectura inquieta, de largo tráfago vital lector. A ello, hay que añadirle una razón creativa en pleno despliegue, y la práctica de un pensamiento intuitivo pleno.

RODRÍGUEZ, FILÓSOFO DE LA EDUCACIÓN, BUSCA AL HOMBRE NUEVO

Entre Diógenes el cínico y el Sócrates de Caracas, el maestro y filósofo García Bacca hizo una semblanza de Rodríguez desde el primero de los nombrados. El filósofo español-venezolano, escribe de esta manera la presentación:

De Diógenes el Cínico se cuenta que durante el día, a plena luz, se paseaba por Atenas con una linterna encendida, “buscando, decía, un Hombre”. ¿Que no eran hombres tantos y tantísimos como había

en el ágora, la ciudad entera y Grecia? No era Hombre natural; era Hombre convencional. Diógenes no hallaba al hombre natural: al hombre que según la clásica sentencia y norma de los estoicos de aquellos tiempos, “viviera en consonancia y concordancia con la naturaleza.” De Simón Rodríguez se ha conservado el retrato hecho por un discípulo suyo: A. Guerrero en Latacunga, hacia 1850. Simón Rodríguez se dirige, al parecer, a casa por la noche, llevando una especie de linterna sujeta en la parte inferior del bastón, para alumbrar el camino. ¿En qué iría pensando Simón Rodríguez? ¿Tal vez en el Hombre Americano? No es fácil de hallarlo ni de noche ni de día, —ni en Latacunga ni en otras partes de América: Pero Simón Rodríguez sabía lo que buscaba. Y en el capítulo siguiente “El hombre más extraordinario del mundo”, S. Rodríguez explicará, qué entendía por Hombre Americano; y según tal criterio sabrá si lo que hallaba —de día o de noche— era o no lo que buscaba. Si no lo hallaba hecho, real, existente, al menos sabía Rodríguez lo que debía y podía ser. ¿Iría cual el Diógenes de Atenas, pensando y diciéndose lo que en 1828 escribirá: ‘o inventamos o erramos’? (García Bacca, 1990, p. XXI).

Rodríguez, en su ensayar y errar y su irse hacia nuevos horizontes, no tuvo éxito en ninguna empresa que iniciara, ni educativa, ni industrial (fábrica de velas, aserraderos, tiendas⁸). Como filósofo cosmopolita, su empeño era el ejercicio del pensar, crear y seguir su rumbo de trotamundos. De su *bildung* hace, de algún modo, un continuo ejercicio en sus fragmentos autobiográficos, tal es el siguiente: «Hay muy pocos

8 En Valparaíso, en el barrio La Rinconada, abre una escuela y una fábrica de velas en 1838. En la fachada colocó la siguiente inscripción: LUCES Y VIRTUDES AMERICANAS. Esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo. 25. Y en este mismo tono agrega: “Todos huyen de los pobres, los desprecian o los maltratan: ¡alguien ha de pedir la palabra por ellos! Pregúntese a nombre de los pobres, si tienen derecho a saber, si se les enseña y qué, quién los enseña y cómo, quién tiene obligación de enseñarles. Si será de temer a los pobres, instruidos en sus deberes sociales, crean que no deben trabajar para subsistir”.

hombres que nacieron para educar, y estos empiezan por sí mismos: el mundo es su colegio, su curiosidad les da libros y su discernimiento les sirve de maestro». En otro escrito suyo leemos:

La suerte de mis compatriotas me llevó al patriotismo [el conspirador, cuando Picornell]; el patriotismo, a Napoleón [o sea a Europa]; Napoleón, a Bolívar, a Venezuela [a pensar en la patria, partiendo del texto del Juramento en el Monte Sacro]; de allí volví a ver la América, y en la América hallo las Repúblicas, que son las que me atormentan. (Rodríguez, 2009, p. 178).

Valga decir, contribuir a su proceso de constitución auténtica mediante vías como la educación popular. Ella será uno de sus principales ensayos, y, como ideólogo, su pionero. En *Sociedades Americanas en 1828* dice:

Dénseme los muchachos pobres, o dénseme los que los hacendados declaran libres al nacer, o que no pueden enseñar; o que abandonan por rudos. Dénseme los que la Indusa bota porque ya están grandes, o porque no pueden mantenerlos, o porque son hijos ilegítimos. Y en este mismo tono agrega: Todos huyen de los pobres, los desprecian o los maltratan: ¡alguien ha de pedir la palabra por ellos! Pregúntese a nombre de los pobres, si tienen derecho a saber, si se les enseña y qué, quién los enseña y cómo, quién tiene obligación de enseñarles. Si será de temer a los pobres, instruidos en sus deberes sociales, crean que no deben trabajar para subsistir. (Rodríguez, 2009, p. 197).

Rodríguez, loco, extraño, filósofo, pedagogo social, educador popular, escritor, todo junto. Entre los razonamientos, juicios y sentencias, a veces socráticas, volterianas otras y nietzscheanas otras tantas; va haciendo un pensamiento y su

conformación escritural. A este respecto cabe citar:

Una característica esencial de la filosofía de Simón Rodríguez es su intención pedagógica. El maestro que fue de primeras letras en la Caracas colonial entre 1791 y 1795 lo marcará para siempre. El lector de Rodríguez siente que está en un aula escuchando al maestro que le enseña y le explica lo que le enseña; siente que el maestro se baja al nivel del alumno para aclararle el correcto significado de los términos que emplea, para advertirle, para hacerle notar la importancia de algo. *Sociedades Americanas en 1828* está llena de notas, advertencias y definiciones. Si esta forma de expresión hace que la escritura del filósofo caraqueño sea inconfundible, también lo es su ortografía. Muy de acuerdo con su doctrina pictórica, la ortografía fonética que emplea daría cuenta de los sonidos que la boca emite (Jorge, 2008, pp. 14-15).

En su obra *Sociedades Americanas en 1828* pide permiso para dirigirse a la posteridad en los siguientes términos:

Solo pido, a mis contemporáneos, una declaracion, que me recomiende a la posteridad, como al primero que propuso, en su tiempo, medios seguros de reformar las costumbres, para evitar revoluciones— empezando por la ECONOMIA social, con una EDUCACION POPULAR reduciendo la DISCIPLINA destinacion a ejercicios UTILES, i propia de la economía a 2 principios aspiracion FUNDADA a la propiedad i deduciendo de la disciplina el DOGMA lo que no es JENERAL no es PUBLICO lo que no es PUBLICO no es SOCIAL (Rodríguez, 2009, pp. 299).

Es la filosofía de Rodríguez en general, y de la educación en particular, una preocupación permanente por los problemas sociales, económicos, educativos y políticos de su tiempo. Su filosofía es de carácter teórico y práctica, de búsqueda constante

de aplicación, de solucionar problemas sociopolíticos a partir de la búsqueda y la reflexión filosófica. Es, asimismo, un esfuerzo por un pensar filosófico del amanecer, como posteriormente llamaron a la filosofía latinoamericana Arturo Andrés Roig y Horacio Cerruti, tomando como referencia a las metáforas de la calandria y el colibrí respectivamente, y no de la lechuza de Minerva, o del anochecer, de Hegel. A tenor con este asunto, cabe citar a Roig en torno a la perspectiva hegeliana de la filosofía, al decir que se trata de un:

...discurso conservador que no expresa lo que ha de realizarse sino lo realizado, y esto porque la estructura real es vista como un 'resultado', y sobre todo porque la filosofía se ha declarado impotente en cuanto poder rejuvenecedor, es decir, en cuanto saber de denuncia." (Y por tanto que la filosofía latinoamericana, y especialmente la filosofía de la liberación en contraposición a la filosofía hegeliana), no es un "pensar crepuscular" sino un "pensar matinal", su símbolo, no es el búho que levanta su vuelo al atardecer, sino la calandria que eleva sus cantos a la madrugada (Roig, 1973: 223-230). (Los paréntesis y su contenido son nuestros)

La filosofía de Rodríguez se produce con el conflicto acerca de lo propio y lo ajeno, una filosofía que hizo de su propio estatuto de posibilidad el contenido a desarrollar, que pudiera resumirse en la expresión: "o inventamos o erramos". Es, asimismo, una filosofía que propone un ejercicio del pensar descolonizador, convirtiéndose de esta manera en pionera del llamado giro decolonial. Giro que se refiere, grosso modo, a una distinta postura epistémica, por un lado, y por el otro, como aquel que lleva a plantear a la colonialidad como factor constitutivo de la modernidad occidental, en la relación colonialidad-modernidad, y a la descolonización como proyecto para constituir un más allá de dicha relación. (Cfr. Mignolo, 2007, pp. 44-48).

A MANERA DE CIERRE: ALGUNOS ELEMENTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN DEL FILÓSOFO EXTRAÑO

Para cerrar, señalaremos algunos elementos del pensamiento de este filósofo extraño:

- » Rodríguez, como filósofo, fue un adelantado a su tiempo, su pensamiento fue de radical novedad (Durán, 2016, pp. 48-52), lo que lo convirtió en extraño, valga decir, en un incomprendido por muchos de sus contemporáneos, y comprendido por unos pocos, entre ellos Simón Bolívar, su discípulo.
- » Rodríguez como filósofo es una expresión original del pensamiento ilustrado en América.
- » Su discurso, coherente y consistente presentado a través de su original estilo escritural, constituye una de las obras de filosofía de la educación más importantes del siglo XIX, la cual da y dará mucho que pensar y hacer debido a la plena vigencia que posee.
- » Al tener como uno de los objetos de su quehacer filosófico, pedagógico y político la fundación de las recién establecidas Repúblicas en Sudamérica, consideró que una de las vías, la más importante quizás, era la educación social para la formación de los nuevos repúblicos, valga decir, de los ciudadanos conscientes de sus deberes y de sus derechos sociales, culturales y políticos. Eso sí, para que esa educación social o escuela pudiera desplegarse:

...era preciso dotarla de una nueva estructura, de fondos públicos, de maestros preparados, de reglamentos escolares, de espacios

físicos adecuados y de cambios en los contenidos de tal suerte que se preparara para los conocimientos que nos resultaran útiles y que nos permitieran nuestra propia producción y desarrollo a la manera americana (García Sánchez, 2010, p. 145).

- » De Rodríguez como filósofo de la educación, puede destacarse, a la educación popular, de la cual fue pionero. A este respecto cabe señalar que: «Simón Rodríguez crea, en 1826, una escuela completamente novedosa en la ciudad de Chuquisaca. Por primera vez en América, los niños y las niñas de las distintas castas son incluidos en un mismo salón de clases en calidad de iguales. A lo largo de su obra, Rodríguez hace referencia a esa escuela inédita en el continente americano con el nombre de educación popular. Dicha escuela se caracterizó por el despliegue axiomático de un principio igualitario. A diferencia de otros proyectos escolares latinoamericanos, cuyo objetivo final era generar, en el mejor de los casos, ciertas condiciones de igualdad entre la población escolar, la escuela de Rodríguez parte de la igualdad como su condición de posibilidad». (Durán, 2018, pp. 11-14; y también *Cfr* Durán, 2016, pp. 58-64).
- » Rodríguez, como filósofo de la política, propone asumir como principio a la igualdad radical, que tuvo como una de sus manifestaciones a la denominada escuela para todos. Así como también: «... la formación para el trabajo y la adquisición de nuevos hábitos que posibilitaran las relaciones sociales propias de un sistema republicano» (García Sánchez, 2010, p. 134). Podemos agregar un comentario de Galeano en este mismo orden de ideas:

En las aulas no se escucha catecismo, ni latines de sacristía, ni reglas de gramática, sino un estrépito de sierras y martillos insoportables a los oídos de frailes y leguleyos educados en el asco

al trabajo manual... en la escuela de don Simón, niños y niñas se sientan juntos, todos pegoteados y, para colmo, estudian jugando (Galeano, 1990, p. 93).

- » Rodríguez, propone una idea sobre la lectura, más tarde presentada en la filosofía hermenéutica, de resucitar las palabras del texto, lo que pudiera traducirse como volver a hacer hablar un texto.
- » En tanto filósofo de la educación destaca el papel fundamental que otorga a la enseñanza en el acontecimiento escolar, y no tanto del aprendizaje como posteriormente se haría. Cabe citar a este respecto:

En *Atala*, obra seleccionada y traducida por él como texto de sus lecciones de español, podemos vislumbrar una de las primeras manifestaciones de la idea filosófica que fundamenta su proyecto político educativo: “Lejos de pensar que el hombre que piensa es un animal depravado, juzgo que el pensamiento hace al hombre” dice Chateaubriand en el prefacio; y el religioso anacoreta, uno de los personajes de la novela, al tratar de consolar a Atala en el momento en que ésta le confiesa haberse envenenado para no faltar a un juramento «hija, le dice, todas tus desgracias provienen de tu ignorancia. Tu educación salvaje, y la falta de una debida instrucción son las que te han perdido» (Lasheras, 2001, p. 33).

- » Rodríguez es un pionero de la filosofía latinoamericana de la liberación, o filosofía latinoamericana como filosofía sin más, al decir de Zea, por cuanto su pensamiento es un permanente desafío a un pensar/filosofar propio, valga decir original, porque en sus palabras:

La América no debe imitar servilmente, sino ser original... ¿Dónde iremos a buscar modelos? Somos independientes, pero no libres, dueños del suelo, pero no de nosotros mismos. Abramos la historia: y por lo que aún no está escrito, lea cada uno en su memoria (Rodríguez, 1990, p. 88).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Alves Alexandre. (2019). The German Tradition of Self-Cultivation (Bildung) and its Historical Meaning. *Educação & Realidade*, Porto Alegre, v. 44, n. 2, e83003, 2019. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1590/2175-623683003>
- » Bruford, Walter Horace. (1975). The German Tradition of Self-Cultivation: 'Bildung' from Humboldt to Thomas Mann. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Bohórquez Rincón, Douglas. (2008). Simón Rodríguez: pensamiento y literatura. En ValeraVillegas, Gregorio, Madriz, Gladys y Carpio, Arleny (Comps). *La filosofía como experiencia del pensar. Enseñanza de la filosofía y filosofía para/entre niños*. Caracas, Coedición del CIPOT-UCV y CDCHT-USR, pp. 301-312.
- » Díaz Sánchez, Ramón. (1997). *Bolívar el Caraqueño*, Caracas: Gobernación del Distrito Federal.
- » Durán, Maximiliano. (2018). Simón Rodríguez y la escucha al borde del vacío: lecturas en clave ontológica de la escuela. *ARTIGOS • Pro-Posições* 29 (2), May-Aug 2018. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/1980-6248-2016-0007>.
- » _____. (2016). *Simón Rodríguez: una filosofía de la radical novedad*. Caracas, Ediciones Del Solar.
- » Jorge, Carlos H. (2008). Sociedades Americanas en 1828 por Simón Rodríguez. Disponible en: <https://carloshjorge.blogspot.com/2008/07/sociedades-americanas-en-1828-por-s.html?m=1>
- » Galeano, Eduardo. (1990). *Memoria del fuego*. Madrid, Siglo XXI.
- » García Bacca, Juan David. (1990). "Simón Rodríguez: pensador para América". En: Rodríguez, Simón. *Sociedades americanas en 1828*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, p. XXI.

- » García Sánchez, Bárbara. (2010). "Pensamiento de Simón Rodríguez: la educación como proyecto de inclusión social" *Revista Colombiana de Educación*, núm. 59, julio-diciembre, 2010, pp. 134-147
- » Kohan Walter. (2014) *El maestro inventor. Simón Rodríguez*. Caracas, Ediciones de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.
- » Lasheras, Jesús Andrés. (1994). Simón Rodríguez maestro y político ilustrado. Caracas, Ediciones de la Universidad Simón Rodríguez.
- » _____. (2001). "Simón Rodríguez en sus cartas". En Rodríguez, Simón. *Cartas*, Caracas, Ediciones de la Universidad Simón Rodríguez.
- » Mignolo, Walter. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- » Morales, F. (1992). *Simón Rodríguez*. Caracas, Ediciones La Casa de Bello.
- » Murillo Arango, Gabriel Jaime. (1990). "Simón Rodríguez: "el ejemplar de individualismo más sulfúreo y demoníaco". *Revista Educación Y Pedagogía*, 1(3), pp. 175-188.
- » Puiggrós, Adriana. (2016). *La educación popular en América Latina. Orígenes, polémicas y perspectivas*. Buenos Aires, Colihue.
- » Rodríguez, Simón. (2009). *Obras completas*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- » Rodríguez, Simón. (1990). *Sociedades Americanas en 1828*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- » Rodríguez, Simón. (2001). *Cartas*, Caracas, Ediciones de la Universidad Simón Rodríguez.
- » Roig, A. A. (1973). "Bases ideológicas para el tratamiento de las ideologías", en *Hacia una Filosofía de la Liberación Latinoamericana*, Editorial Bonum, Buenos Aires, pp. 223-230.

- » Rumazo González, Alfonso. (2004). *Simón Rodríguez Maestro de América*. Biografía breve. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- » Rumazo González, Alfonso. (2009). "El pensamiento educador de *Simón Rodríguez*". En Rodríguez, Simón. *Obras Completas*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- » Uslar Pietri, Arturo. (1981). *La isla de Robinson*. Barcelona, Seix Barral.
- » Valera-Villegas, Gregorio. (2008). *Vida, formación y saber de sí. Fenomenología del sujeto lector*. Caracas, Ediciones del CELARG.
- » _____. (2005). "La narración/formación del extraño: lectura/escritura de una *bildung* fronteriza", *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, Vol.9, N°2, 2005, pp.298-316.
- » Valera-Villegas, Gregorio. (2012). *El lector inquieto. Formación, tiempo y cuerpo*. Editorial Académica Española, Saarbrücken.
- » _____. (2005). "La narración/formación del extraño: lectura/escritura de una *bildung* fronteriza", *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, Vol.9, N°2, 2005, pp.298-316.
- » _____. (2002). Entre el cronopio y el profano o la lectura como pretexto (Jorge Larrosa traductor de Simón Rodríguez). En Larrosa, Jorge. *Más allá de la comprensión: lenguaje, formación y pluralidad*. Caracas, Coedición del CDCHT-USR y de la Revista Ensayo y Error, pp.113-135.
- » Vilanou, Conrad. (2001). "De la Paideia a la Bildung: Hacia una pedagogía hermenéutica". *Revista Portuguesa de Educação*, vol 1.

PENSAMIENTO Y ACCIÓN DE SIMÓN RODRÍGUEZ EN TIEMPOS DE REVOLUCIÓN

Iluska Coromoto SALAZAR

En momentos de bloqueo económico e imposición de medidas coercitivas unilaterales,¹ iniciadas en el 2015 con graves efectos sobre la economía, alimentación, salud y educación de Venezuela, sumados a la amenaza del capitalismo global que se reconfigura para mantener su dominio imperial y continuar su desarrollo, se plantea la necesidad de recrear el proceso de transformación educativa, colocando como centro el legado histórico de Simón Rodríguez, reconociendo la importancia y vigencia de su pensamiento.

Se toma como base la propuesta de Educación Popular de Rodríguez y sus fundamentos epistémicos y políticos como referentes para la Revolución Bolivariana, por la especial resonancia que tienen hoy, aclarando que la propuesta de Educación Popular es transversal a todo el tejido teórico del pensamiento y acción de Simón Rodríguez, en conjunción con la edificación de una sociedad de hombres libres sometidos a

1 Se refiere a medidas económicas, comerciales u otras medidas adoptadas por un Estado, fuera del auspicio del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (ONU), para obligar a un cambio de política de otro Estado. Son actos de injerencia que vulneran la soberanía y la libre determinación de los pueblos, como mecanismo de presión para la toma de decisiones contrarias a sus intereses y principios. (Giménez, 2019, pág. 9)

sus leyes. Este vínculo entre Educación Popular y Modelo de Sociedad es la interrogante que le acompaña en su reflexión teórica, ¿Cómo serán y cómo podrán ser en los siglos venideros? Dos sociedades: desde fines del siglo 15, la de dominación colonial, y a principios del siglo 19, las nacientes repúblicas que demandan fundar una nueva Sociedad de hombres libres, y es la América el lugar para pensar y construir un gobierno verdaderamente republicano.

Una obra de gran importancia para el análisis propuesto es *Sociedades Americanas*, porque representa un continuo en su estudio de la Educación popular y el Modelo de sociedad, Fue publicada por primera vez en Arequipa, en 1828, donde imprime el Pródromo; la Introducción es publicada en Concepción de Chile, en 1834 en el Tratado de Luces y Virtudes Sociales; posteriormente reimprime el Pródromo y la Introducción, en 1840, en Valparaíso y en el año de 1842, en Lima, emprendería la edición de toda la obra. La publicación la tiene prevista por números de 10 pliegos y de manera continua para que puedan juntarse, y que cada quien integre los volúmenes de acuerdo con su criterio. Es evidente la importancia asignada a la misma porque ya no es posible esperar: es necesario mostrar la necesidad de promover la construcción de la República, distinguir los medios que deben emplearse, su originalidad, y la importancia de la Educación del Pueblo, ese nuevo sujeto histórico que nace con el proceso independentista. “si queremos hacer REPÚBLICAS! debemos emplear medios TAN NUEVOS como es NUEVA la idea de ver por el bien de TODOS”. (Rodríguez, 1990, p. 190). Finalmente, a solicitud del editor, en 1842 inició la impresión de su obra, por la última parte, que se centra fundamentalmente en la Educación Popular. Se resaltan estos aspectos porque dan cuenta de la importancia asignada por Rodríguez a su propuesta y de la necesaria difusión y socialización de la misma.

Los esfuerzos de Rodríguez por aplicar su propuesta de Educación Popular, y la oposición que encontró en los sectores de mentalidad colonial, son descritos en esta gran obra *Sociedades Americanas*, de la cual advierte que mantiene el título de la obra y conserva la fecha de 1828, porque en ese año comenzó a publicarla.

Su propuesta teórica al igual que su práctica la desarrolla en distintos momentos y lugares de América, manteniendo un hilo conductor, que es la preocupación central que le acompañará su transitar por América y lo que señala como su tormento: formar republicanos en el único lugar donde según su propuesta conviene pensar en un Gobierno verdaderamente republicano. Rodríguez lo hace sentir cuando grita al mundo que “La humanidad pide el ensayo - las luces del siglo lo facilitan” (1999a, p. 297). Para las concepciones coloniales, conservadoras, privilegiadas, juntar educación con pueblo es motivo de alarma. Pero, la EDUCACIÓN, nunca se había visto en mala compañía, hasta el año 28, que se presentó en las calles de Arequipa, con Popular. Así nos lo hace saber:

Es de advertir que EDUCACIÓN, nunca se había visto en *mala compañía*, hasta el año 28, que se presentó, en las calles de Arequipa, con *Popular*: El año 29, se apareció, en las Gacetas, con su Compañero, por un efecto de la *Popularidad* de algunos Soberanos, a solicitud de ciertos escritores filántropos—con el fin de instruir a las masas... descamadas por la revolución... en sus derechos y deberes, ... no Sociales sino *Morales*-, y la *Moral* es, que retrocedan al estado antiguo, de subordinación a sus legítimos Príncipes y Señores. (Ibídem, p. 323)

Asimismo, en *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social* (Arequipa, 1830), conocida también como *La Defensa de*

Bolívar, escribió Rodríguez sobre la necesidad de la Educación Popular para la construcción de repúblicas independientes y soberanas, resaltando lo que Bolívar y su persona han realizado para su concreción. Y para el año 1845 aproximadamente, vuelve sobre la propuesta de Educación Popular después de sus distintos esfuerzos para su concreción, afinándola en el manuscrito, escrito para Don Rafael Quevedo, Rector del colegio de San Vicente, *Consejos de Amigo, dados al Rector del Colegio de Latacunga*, ignorado durante más de un siglo, y publicado por primera vez en Quito, año 1954.

A lo largo de sus obras le asigna una alta valoración a la actividad del pensamiento, a la producción de ideas y a la necesidad de pensadores con ideas originarias, propias que hoy llamamos nuestroamericanas.

UNA SEMBLANZA

Simón Rodríguez (1769-1854), hombre de finales del siglo XVIII y mediados del XIX, de una personalidad peculiar y original expresada en su propuesta política-educativa, fue observador crítico de la educación en distintos países del mundo: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Rusia, donde avizora con meridiana claridad diferencias educativas sustanciales entre Norteamérica, Europa y el proyecto educativo que consideró se debería emprender en la América española. Un educador militante comprometido en la lucha contra todo tipo de dominación y explotación del hombre y de la mujer, sostenida durante toda su vida.

Desde sus 21 años, le asigna una gran importancia a la educación inclusiva y para todas y todos, así se aprecia cuando

hace reparos a la escuela pública de entonces, en el año 1794, con su texto: “Reflexiones sobre los defectos que vician la Escuela de Primera Letras de Caracas y medios de lograr una reforma por un nuevo establecimiento”, que constituirá la base inicial para su proyecto de Educación Popular —obviamente ignorada por las autoridades españolas— Entendió su vida como una incesante práctica transformadora que caracterizó su pensamiento aunado a un compromiso con los oprimidos, porque en ellos está la Patria, está la industria que se requiere y la milicia que se necesita. De los indios diría que eran los verdaderos dueños del país, a lo que sumaba que “¡más cuenta nos tiene, entender a un INDIO que a Ovidio!” (Rodríguez, 1999b, p. 35). En esa conexión permanente entre teoría y práctica, aprende el idioma quichua que suma a los idiomas que ya había aprendido: inglés, francés, alemán, ruso, entre otros.

Considera a la imprenta pluma de la filosofía, porque las luces se deben a la comunicación, y ésta a la escritura; la filosofía se debe a la transformación, no a la visión contemplativa, y va más allá de la academia. Las ideas nuevas deben circular, conservando los libros viejos como memoria del conocimiento, de manera irónica Rodríguez (1990) expresa que por guardar a mis hijas no debo pretender que no pasen hombres por las calles.

Rodríguez se dirige a los jóvenes cuando refiere al arte de escribir, para señalarles lo próximo que está lo que se escribe con lo que se pronuncia, siempre que se sepa pronunciar, porque escribir es pintar figurativamente lo que se dice. Por eso, el arte de escribir contiene dos partes, la primera es pintar las palabras con signos que representen la boca y la segunda pintar los pensamientos bajo la forma en que se conciben, y afirma que en la estructura de lo que escribe se ve lo señalado. Nos alertará Rodríguez (1999c) sobre lo impropio que sería

presentar las ideas de forma lineal y uniforme porque cada idea tiene un enfoque diferente, por eso no se deben ensartar las ideas en un renglón como las perlas de un collar porque todas no son una. Es un planteamiento que da cuenta de la complejidad del pensamiento y del lenguaje, tratarlo de manera uniforme conduce a la simplicidad y superficialidad del análisis del pensamiento y la comunicación. De este modo, por la forma que se pintan las palabras se distinguen distintos estilos de escritura. Conservando lo dicho por Rodríguez, se tratará de mantener, aproximadamente, el estilo, la ortografía y la estructura del texto cuando se cite al autor.

Valora la educación como espacio fundamental en la construcción de una nueva sociedad que exprese el ejercicio del poder de un pueblo, poseedor de las luces y virtudes para el arte de vivir. No obstante, su prolífica obra no ha sido registrada, analizada y divulgada con la fuerza necesaria, incluso, con escasa existencia en las bibliotecas, y en la Internet se presenta incompleta. Todo esto dificulta el debate e investigación sobre el pensamiento y acción del maestro.

Hasta su muerte, el 28 de febrero de 1854, mantuvo vivo un pensamiento y acción de gran visión estratégica y política, que trasciende en el tiempo y en la lucha de los pueblos. Dejó un legado histórico político-educativo, anticolonialista, anticapitalista y a la luz actual, antiimperialista que adquiere especial vigencia en las circunstancias de lucha de los pueblos de nuestra América y en particular, de Venezuela.

LA EDUCACIÓN POPULAR Y LA EMANCIPACIÓN DE LOS PUEBLOS

El proyecto de Educación Popular tiene un sustento epistémico emancipador, transformador, revolucionario, en vínculo con la construcción de repúblicas soberanas e independientes. Es una educación asociada a la formación de republicanos y republicanos. Y da cuenta de ese nuevo sujeto histórico que nace con la lucha anticolonial e independentista. Bien lo señala cuando refiere a los oprimidos: indios, negros, pardos cansados de la dominación colonial, ejercida en nombre de Dios y el Rey y necesitados de construir su propio destino. En sus palabras, Rodríguez afirma:

Los hombres de estos últimos tiempos -*escarmentados* de los trabajos que han pasado en tentativas inútiles -*desengañados* de la aparente conveniencia que presentan los Sistemas conocidos -*cansados* de oír i de leer elogios pomposos de cosas insignificantes, i a veces, de lo que no ha sucedido – *hartos* de verse maltratar a nombre de DIOS! del REI o de la PATRIA quieren vivir SIN REYES i SIN CONGRESOS, no quieren tener AMOS ni TUTORES quieren ser *dueños de sus personas, de sus bienes i de su voluntad*; sin que por eso entiendan vivir como ANIMALES FEROCES (que es lo que suponen los defensores del absolutismo manifiesto o paliado). Quieren gobernarse por la RAZÓN que es la autoridad de la naturaleza. (1999a, p. 322)

Para ello, se hace necesario la unidad de los oprimidos, lo que requiere del conocimiento que cada uno tiene de sus verdaderos intereses, y acota Rodríguez que para adquirir este conocimiento debe haber escuelas en las Repúblicas para toda la población. Comenta que en Europa hay escuela

para todos, pero en ninguna parte se habla de Educación Social. Consideramos que el llamado de Simón Rodríguez de educar para formar republicanos, para construir las repúblicas nacientes, enseñando a la gente a vivir, para lo social, para participar en el gobierno y en la sociedad posee una profunda resonancia histórica.

FORMAR PARA UN MEJOR VIVIR

Su proyecto de Educación Popular tendría como sujeto, como ya se dijo, a los oprimidos: los pobres, los abandonados, los indios, los negros, los pardos, los mestizos, y muchos de ellos no solamente habrían conocido la injusticia sino que también se rebelaron en contra de los opresores. Rodríguez sentencia que:

Entre los hombres abandonados a su suerte, en la masa del pueblo, ha habido muchos que han conocido la injusticia de los Potentados y de los Poderosos; y algunos han clamado contra ella: HOY!.... el número es....considerable! y... mucho mayor! que lo que piensan los que andan, de Salón en Salón, ostentando **Lujos y Riquezas**, y hablando, con el más alto desprecio, de los que les llenan la bolsa o los mantienen de Estudiantes (1999a, p. 323).

Han pasado más de dos siglos y se mantiene presente en nuestras sociedades la exclusión social y el racismo que aún mira con enfado y rechazo que el hijo de un zapatero se eduque como el hijo de un negociante.

La realización del proyecto de Educación Popular debería ser mediante el despliegue de un proyecto original. Y tales

aspiraciones implican —ayer como hoy— pensar desde nuestra América, sin copiar modelos de Europa o de los Estados Unidos. Esta Educación tendrá sentido si está en correspondencia con la época en que se vive, que en todo tiempo significa preparar para las grandes luchas de la humanidad.

Republicano, Educación Popular, Ejercicios útiles y Aspiración fundada a la propiedad, son *categorías* que constituyen el sustento epistémico, que va más allá de la instrucción, que debe llegar a todos los sectores porque, si no es general, no es verdaderamente pública y, por ende, no es social.

Una educación que no es neutral, que forma para la vida y que tiene una aspiración fundada a la propiedad social, distinta a la caridad que aún en nuestros tiempos se practica como una dádiva para niños y niñas pobres, huérfanos, en todas se habla de caridad y como escribiera Rodríguez no se hicieron para el bien general, sino por la salvación de sus fundadores.

Lo planteado es una educación promotora de cambios dentro de la estructura económica de la sociedad, es decir liberadora tanto de la persona como de las relaciones económicas de explotación. Una educación transformadora que tiene que ver con un modelo de sociedad, una nueva sociedad que se construye en medio de contradicciones tanto en el contexto interno como en el contexto geopolítico internacional. Un modelo que no puede venir copiado de Europa y de EEUU porque siguiendo las apreciaciones de Rodríguez, cada vez más vigentes, estamos en suelos y culturas distintas a las sociedades sustentadas en el mercantilismo y la explotación de los más débiles.

Compartimos con Rodríguez (1999a) la necesidad de tener un plan para el desarrollo de la Educación Popular y además, una visión integradora, compleja, sistémica e interrelacionada

que la resume en un Sistema, un Modo, una Manera y un Plan. El Sistema que significa poner junto, que reúne un conjunto de agentes obrando de acuerdo; aunque sus acciones difieran, para producir un efecto determinado; el Modo es todo movimiento que, sin alterar la esencia de la acción, puede ser constante, regular o variable como, en las cosas, las propiedades, las acciones, el tiempo, y el lugar donde se ejecutan; en cuanto a la Manera, es el empleo de los miembros o de los instrumentos en la ejecución de un trabajo cualquiera y el aspecto que presenta una obra, indicando por su hechura el modo que se procedió para hacerla. Y el Plan es el lugar que se ve de un golpe, sirviendo de asiento a un objeto, o a muchos.

Para entonces señalaba que se había logrado la independencia pero que faltaría un largo camino por recorrer y era precisamente la Educación Popular el faro de ese transitar. En palabras de Rodríguez (1999d, p. 237):

Entre la independencia y la Libertad hay un espacio inmenso que solo con arte se puede recorrer: el arte está por descubrir: muchos han trabajado en él, pero sin plan (...) La independencia es el resultado de un trabajo material – La Libertad no se consigue sino pensando: resistirse, combatir y vencer son los trámites de la primera- meditar, proponer y contemporizar, son los de la segunda.

Esta base epistémica de la Educación Popular tiene su resonancia en las transformaciones educativas que emprendemos hoy y que se piensa que es necesario resignificar y recrear. En este sentido la educación nueva debe alejarse de los conocimientos sin pertinencia con el contexto, separados de las condiciones materiales de vida y de trabajo, y sin correspondencia con el modelo de sociedad que pretendemos edificar.

Vale resaltar que en nuestro país a partir del año 1999, con la promulgación de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV), resultado de un proceso constituyente y en el marco de un nuevo proyecto político fundamentado en la democracia participativa y protagónica, se dio inicio a un proceso de cambios sustentados en la búsqueda de una transformación educativa sobre la base de un nuevo modelo político y económico. Al tiempo que dicha Constitución, en su artículo 102², considera a la educación como un derecho humano y un deber social del Estado venezolano, así como democrática, gratuita y obligatoria.

De este modo, el emprendimiento de la transformación educativa apuesta por conectarse con la construcción de una nueva institucionalidad para revertir la tendencia neoliberal, que caracterizó las décadas anteriores. Se retoma con una visión pensada y novedosa el Estado Docente, tal como se expresa en el Artículo 3 de la CRBV³. No obstante, la carga del pensamiento colonialista/capitalista/eurocéntrico/norteamericano aún permea la educación y, además, se cierne sobre ella la amenaza permanente del neoliberalismo, que busca extender la privatización de la educación, de los servicios académicos y de investigación asociados a ella. Situación que se agrava en momentos en que se acentúa la educación mediada por las Tecnologías de la Información y la Comunicación.

Ante lo señalado es necesario hacer énfasis en una visión

2 Artículo 102. La educación es un derecho humano y un deber social fundamental, es democrática, gratuita y obligatoria. El Estado la asumirá como función indeclinable y de máximo interés en todos sus niveles y modalidades, y como instrumento del conocimiento científico, humanístico y tecnológico al servicio de la sociedad. Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999)

3 Artículo 3. El Estado creará y sostendrá instituciones y servicios suficientemente dotados para asegurar el acceso, permanencia y culminación en el sistema educativo. Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999)

pertinente y vigente para los pueblos de nuestra América, para no actuar como simples espectadores o imitadores de modelos desarrollados por Europa o los Estados Unidos minimizando el ejercicio de la soberanía política y económica, extensiva a la soberanía educativa. Asimismo tiene vigencia y resonancia el llamado de Rodríguez (1999^a, 343) a no copiar modelos, *porque “la América Española es Orijinal = Originales han de ser sus instituciones i su Gobierno = i Originales los medios de fundar uno i otro”*.

FORMACIÓN, PRODUCCIÓN Y TERRITORIO

De lo expuesto con anterioridad derivamos lo que denominamos la Triada Rodrigueana para interrelacionar los procesos de formación, producción de bienes materiales y el territorio- preparar para el buen vivir- Este aporte no debe ser considerado exclusivo de los niveles primario y secundario sino de todos los niveles educativos sin obviar la contextualización y especificidades de cada uno. Éste sería el tronco fundamental de la educación para la nueva sociedad.

Una educación pertinente, en conexión con el contexto, el lugar y el país, siguiendo el primer Consejo dado al Rector de Latacunga por Rodríguez (1999b), según el cual le dictaminó que el colegio se distinguirá poniendo una cátedra de Castellano y otra de Quichua en lugar de Latín; una de física, otra de química y otra de historia natural en lugar de Teología, Derecho y Medicina, esto último se enseña en Quito. Una educación vinculada a la producción, para lo cual deberá establecer 2 fábricas: una de loza y otra de vidrio y crear una Maestranza: de albañilería, de carpintería y de herrería. La propuesta de la

Maestranza es entendida como talleres que forman y producen, en los cuales ha de regir la idea de la sociabilidad. La Maestranza contribuirá con el colegio para cubrir sus gastos y pasados cinco años el colegio le cederá la propiedad, pero tendrá derecho por cinco años a la mitad de las utilidades, y por diez años, a la décima parte de las utilidades de la Maestranza.

Formar para un mejor vivir y esto significa que los alumnos y alumnas obtendrán con lo enseñado y lo aprendido (porque enseñar y aprender son correlativos) el Poder necesario para participar y ser ciudadanos, contrario a formar para la sumisión y el servilismo y para la permanencia del poder hegemónico y la continuidad de los modos de la explotación del ser humano y de la naturaleza. Una educación transformadora, hacedora del hombre y la mujer nuevos para una sociedad sin explotación.

Este aspecto de la visión de enseñanza y aprendizaje que propone Rodríguez es de gran relevancia en nuestro país por sus características sistémicas y complejas que, en general, superan las propuestas educativas que se han desarrollado hasta ahora, aún en tiempos de revolución, cuando se sigue presentando la mecanización de los procesos formativos, separando el “saber pensar” del “saber hacer”, afianzando la sumisión en detrimento de la participación y, sobre todo, alejando la formación de lo útil, de la creación, de la producción y del territorio, y además porque poco se visibiliza el contenido social del proceso. Una educación para la soberanía económica y política, porque siguiendo a Rodríguez “No habría Amos, porque no habría ESCLAVOS- ni TÍTERES, porque no habría quien los hiciese BAILAR, ni guerras, porque no habría a quien arriar al matadero” (1999b, p.63)

Pasados casi dos siglos de la propuesta de Educación Popular de Rodríguez, en la actualidad es innegable que estamos en un momento que coloca en primer lugar, la importancia de

defender el carácter público de la educación y la soberanía educativa. Los últimos sucesos a nivel mundial, vividos con la pandemia, han acelerado los requerimientos de la llamada cuarta revolución industrial, que demanda colocar la educación al servicio del capitalismo global. Particularmente, para nuestro país, es necesario fortalecer el legado de la Educación Popular- Articulando la formación, la producción y el territorio- asumir otros modos y medios para educar, no subordinados a los intereses imperiales, que actúan continuamente sobre nosotras y nosotros.

Lo que es extensivo a promover una educación que nos identifique como pueblo, territorio y país soberano e independiente, a partir de políticas propias y decisiones enmarcadas en el modelo de país que aspiramos concretar y en las ciudadanas y ciudadanos que aspiramos “SER”, vinculados con nuestro legado histórico, con la pluralidad de diversas identidades, que permita el reconocimiento de nuestro territorio.

PERSPICACIA INTELECTUAL

Ser juez con fundamento, poseer capacidad de análisis, no dejarse engañar ante noticias falsas, es una preocupación constante en el pensamiento y acción de Simón Rodríguez, para eso es necesario pensar con cabeza propia, y para eso es necesario leer. Este planteamiento es desarrollado de manera minuciosa y detallada en *“La Defensa de Bolívar”* para dar respuesta a las injurias, calumnias, rumores, informaciones sesgadas y tergiversadas que se levantaban en desmérito del Libertador. Por las semejanzas con la guerra mediática que se vive en la actualidad, se hace necesario hacer énfasis en el

necesario fomento del pensamiento crítico, que permita develar y analizar situaciones complejas en todos los ámbitos, y sobre todo cuando intereses dominantes pretenden alcanzar el Poder.

En este sentido, la *Defensa de Bolívar* (1830) es una clase magistral sobre cómo develar y dar respuesta a narrativas e informaciones falsas, con manejo de argumentos consistentes, analizando el lenguaje utilizado, su relación con el tiempo, lugar y circunstancias donde se desarrollan las acciones, la fuente de dónde viene el mensaje. Interesa, particularmente, resaltar los dos fundamentos que según Rodríguez (1999d) son necesarios para establecer el juicio: el primero, el derecho del acusado para ser defendido y el segundo, el derecho del lector para ser juez. Me detendré en este último, porque provee de luces para el desarrollo del pensamiento propio en el contexto actual caracterizado por la guerra mediática, la existencia compleja de las redes de comunicación, la llamada post verdad, los fake news⁴.

Rodríguez aporta aspectos centrales para desmontar acusaciones o informaciones falsas, que permitan ser juez con causa de lo que oímos y vemos. A partir del concepto de perspicacia (facultad que cada sentido tiene, con exclusión de los demás, para percibir las diferencias que distinguen un objeto material de otro, capacidad presente en todos los seres humanos), aclara que, para desmontar informaciones y noticias infundadas, sesgadas y hasta falsas, es necesario un nivel profundo de análisis que incluye la perspicacia espiritual y la perspicacia intelectual. Aclara Rodríguez:

4 Las “fake news” son noticias falsas que se difunden a través de las redes sociales y que generan desinformación y son potencialmente susceptibles de generar inestabilidad social, política y económica, entre otros aspectos.

Perspicacia espiritual, gusto ó Estética, es, *sentir bien* todas las diferencias que distinguen un objeto de otro, cuando el sujeto de la observación es *un estado de cosas ó una acción*. – Esta facultad no puede ejercerse sino asociando y combinando *situaciones ó movimientos*, y no es dada a todos los hombres (1999d, p. 207).

Continúa precisando de la siguiente manera lo que define como *perspicacia intelectual*:

Descubrir diferencias donde el común de los hombres no ve sino semejanzas o viceversa. No ver sino semejanzas, donde el común de los hombres supone diferencias (1999d, pp.207-208).

En los momentos actuales, como se señaló con anterioridad, estamos ante la necesidad de incorporar opciones educativas mediadas por las tecnologías de la información y la comunicación, o hacer un amplio uso de las mismas en las opciones existentes. Pero siguiendo el pensamiento y acción rodrigueano no debemos asumir este proceso como sujetos faltos de criterio, debemos distinguir entre consumo de información y conocimiento consciente. Como advirtió Rodríguez (1999a) cuando diferenciaba entre instrucción y educación, aunque instruyendo se eduque y advertía que la acumulación de conocimientos extraños al arte de vivir no preparaba para lo social.

El avance tecnológico, la complejidad de las redes, y el dominio que ejercen las grandes corporaciones han potenciado las capacidades de circulación de información, ideologías y narrativas permeadas por intereses imperiales, con especial control de la educación, con implicaciones en los modos de pensar y actuar de la población en general. Es por ello necesario contribuir con el afianzamiento de un pensamiento crítico

—desarrollo de la perspicacia intelectual y espiritual— que propicie la identidad, la ética y los valores sociales. No obstante, con frecuencia la academia ha estado orientada a producir conocimientos e investigación aplicando criterios y patrones foráneos y en algunos casos sujetos al financiamiento de las corporaciones imperiales. Pero, paradójicamente tenemos hoy posibilidades para desarrollar y difundir investigaciones propias mediante acuerdos entre pares de nuestros países, y para emprender acciones conjuntas que permitan producir e innovar.

SOCIEDADES AMERICANAS, CÓMO SERÁN Y CÓMO PODRÍAN SER

En sus reflexiones, Rodríguez nos remite a las contradicciones fundamentales que en el presente identifican las luchas de los pueblos de nuestra América. Por una parte, entre la dominación política-cultural y la necesaria descolonización, y por otra, entre los países oprimidos-dependientes y el imperialismo norteamericano.

Se resume en el énfasis que coloca al pensamiento socialista no utópico, porque éste requiere de un lugar para realizarlo y es la América, ese lugar expedito para conformar una nueva República, un Gobierno verdaderamente republicano y originario —desde nuestras raíces— sin la imitación de otros modelos. En palabras de Rodríguez (1999c, p. 131):

(...) Esperar que, si todos saben sus obligaciones, y conocen el interés que tienen en cumplir con ellas, **todos** vivirán de acuerdo, porque obrarán por principios... no es sueño ni delirio, sino filosofía...

ni el lugar donde ésta se haga será imaginario, como el que se figuró el Canciller Tomás Moro: su utopía será, en realidad la América.

Simón Rodríguez tuvo la experiencia de vivir durante el periodo de dominación colonial en suelo americano, para luego recorrer EEUU y Europa, y regresar a la América una vez lograda la independencia. Vivió los tiempos de la revolución norteamericana, de la revolución francesa, y de las revueltas y alzamientos de los pueblos americanos contra la dominación colonial. Como es sabido, la dominación colonial se impuso por medio del atropello, el genocidio, el exterminio de las culturas originarias, y mediante el racismo y la explotación de los indios, los negros, los mestizos. Un poder monopolizado por el español colonizador y una minoría criolla, que excluía de la educación al colonizado, y le imponía su religión, su arquitectura, sus imágenes, considerándose a sí misma (la corona Española) con legitimidad para sus acciones devastadoras, derivado esto de una absurda donación papal.

No era ese el modelo de sociedad aspirado para los países que conquistaron su independencia con las armas. Por eso, se planteó colonizar el país con sus propios habitantes, con la Educación Popular e ideas propias, con independencia y soberanía. En palabras de Rodríguez:

¡Ideas Coloniales a las Colonias!...es un Extraño antojo. —
¿Estamos tratando de quemar las que tenemos? —.y nos vienen a ofrecer otras? ¿Creyendo que porque están adobadas a la moda, no las hemos de reconocer?? —.Estamos tratando de sosegarnos, para entendernos en nuestros negocios domésticos?—.y vienen a proponernos cargamentos de Rubios... en lugar de los de negros que nos traían antes?—.para alborotarnos la conciencia, y hacernos pelear por dimes y diretes, sacados de la Biblia??....que COMERCIO!—válganos Dios (1999^a, p. 345)

Desde su pensamiento, el proyecto para América era original, conectado con nuestra identidad como pueblos con características propias desde la trama compartida de la colonialidad y la gesta independentista; ahora, desde nuestra trama actual de países dependientes periféricos y lucha antimperialista, invita a pensar con referentes distintos a los aceptados como modelo universal, hoy diríamos pensar desde el Sur, en contraposición con las pretensiones de quienes, en el pasado y en el presente, plantean organizar las nacientes repúblicas copiando los modelos de Europa o Norteamérica; por cuanto tanto el uno como el otro se sustentan en la explotación de los seres humanos. Así lo expresó Rodríguez: “La sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados -Unidos son dos enemigos de la libertad de pensar...en América... (1999c, p.133).

Nótese que para 1823, pretendiendo justificar sus posteriores acciones expansionistas y de apropiación de territorios que ya se habían independizado del imperio español, el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, expone ante el congreso, el 2 de diciembre de 1823, la denominada Doctrina Monroe, resumida en la oposición a una futura colonización europea en el Nuevo Mundo y la abstención de los Estados Unidos de intervenir en los asuntos políticos de Europa y la no intervención de Europa en los gobiernos del hemisferio americano. Monroe expuso:

Los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han adquirido y mantienen, no deben en lo adelante ser considerados como objetos de una colonización futura por ninguna potencia europea [...] consideraremos cualquier intento por su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad. Con las colonias o dependencias existentes de potencias europeas no hemos interferido ni interferiremos. Pero con los Gobiernos que han

declarado su independencia y la mantienen, y cuya independencia hemos reconocido, con gran consideración y sobre justos principios, no podríamos ver cualquier interposición para el propósito de oprimirlos o de controlar en cualquier otra manera sus destinos, por cualquier potencia europea, en ninguna otra luz que como una manifestación de una disposición no amistosa hacia los Estados Unidos. (Citado en Zuloaga, 2008, p. 4)

Lo expresado pretendió —aparentemente— dar respuesta a las amenazas de posibles intervenciones de Europa en América. No obstante, paradójicamente Nuestra América es posteriormente una víctima de las aspiraciones de dominación y expansión de los Estados Unidos.

Con esta misma direccionalidad, se agregó la demanda del Destino Manifiesto en 1845, idea que expresa la creencia de que los Estados Unidos de América, están destinados por la providencia a expandirse e intervenir en el Hemisferio Occidental, una expansión considerada obvia y certera:

Y esta demanda está basada en el derecho de nuestro destino manifiesto a poseer todo el continente que nos ha dado la providencia para desarrollar nuestro gran cometido de libertad, y autogobierno. (O'Sullivan, 1845)

JUSTICIA SOCIAL: ANTICAPITALISMO

Rodríguez observó y estudió el capitalismo naciente con toda su situación de miseria y explotación. Califica al capitalismo como una sed insaciable de riquezas, que crea necesidades de consumo ficticias, profundiza la desigualdad y beneficia los intereses extranjeros. En palabras de Rodríguez:

“La enfermedad del siglo es una sed insaciable de riqueza, que se declara por 3 especies de delirio traficomanía colonomanía i cultomanía”. (1999^a, p. 355).

Ahonda el análisis de ciertos aspectos que posteriormente serían abordados por la economía política y que tienen que ver con la fuerza del trabajo como fuente de valor, con la producción superflua, la miseria del obrero y la apropiación de la riqueza por parte del capitalista especulador y a su juicio, tanto el productor como el consumidor eran víctimas del capitalista especulador.

Adicionalmente se aprecia en sus ideas la preocupación por la alienación del obrero consecuencia de los métodos de la producción industrial capitalista y la disociación entre el productor y los medios de producción. Rodríguez advirtió:

...que la división de trabajo en la confección de las obras, embrutece a los obreros, y que, si por tener tijeras superfinas y baratas hemos de reducir al estado de máquinas a los que las hacen, más valdría cortarnos las uñas con los dientes. (1999e, p.237)

Rodríguez reconocería para entonces, tres categorías que posteriormente formarían parte de la visión marxista de la sociedad: la venta de la fuerza de trabajo, el proletariado; la propiedad privada de los medios de producción y lo que después se denominará como plusvalía. En sus palabras: “En la producción superflua está la desgracia del hombre: por ella pierde y se empobrece: la pobreza lo somete a condiciones duras, y, al fin, la miseria lo vende al capitalista” (1999f, p. 469)

Simón Rodríguez no se limitaría a presentar sus teorías con fines académicos o contemplativos, sino que buscó la manera de llevarlas a la práctica desde una perspectiva transformadora, viendo a la América española en los siglos venideros. Así se

planteó la necesidad de preservar la soberanía del territorio liberado de la dominación española. Al respecto presentó un proyecto de Ley para reservar al Estado, la propiedad de sus industrias:

10mo. Que solo al Gobierno toca dirigir los establecimientos Industriales, que se hagan en el territorio, porque solo él debe considerar las conveniencias económicas, civiles, morales i políticas de la Industria, i la condición de los Productores (Rodríguez (1999^a, p. 410).

En ese modelo de sociedad que prefiguraba Rodríguez, una vez que se había conquistado la independencia no tendría lugar el capitalismo. Modelo negado por la miseria y la explotación a la que conduciría al pueblo. Ni esclavos y vasallos, hombres libres sometidos a leyes y era la América el lugar para construir esa nueva sociedad verdaderamente republicana. Y propondrá reformarla desde dos principios: destinación a ejercicios útiles y aspiración fundada a la propiedad social, educación en conexión con la economía y la soberanía. Acertadamente, con una clara percepción de la complejidad social y política, prefigura lo que representaría el desarrollo del capitalismo dependiente periférico en nuestros países. En sus palabras:

Ya nuestros Sastres se ocupan en echar parches y remiendos, y nuestras Costureras en pedir limosna, porque nadie manda hacer vestidos ni camisas - cada día viene una remesa de ropa hecha, y hasta de gorras para los Indios. No faltarán (tal vez) especuladores que piensen en establecer, en Londres o en París, fábricas de Chicharrones, Tamales y maíz cocido, para desbancar el comercio de las negras. (Rodríguez, 1999a, p.347).

Para mediados del siglo 19, advertirá la amenaza que sobre nuestros países representan los Estados Unidos, con su acción expansionista y la apropiación de territorios que se habían independizado del imperio español. Le comentará en una carta a su amigo Anselmo Pineda: “los Estados Unidos se han comido a México como un pastelito”. Para ese entonces, se concretó la amenaza expansionista de EEUU con la anexión de más del cincuenta por ciento del territorio mexicano, lo cual, desde el punto de vista geopolítico, le permitió el control del Pacífico y del Atlántico y, a la vez, selló el inicio de su dominación sobre América Latina y el Caribe, base para su futura hegemonía mundial.

Dos siglos después de las reflexiones del maestro es indiscutible que Nuestra América es para los Estados Unidos un espacio geopolítico prioritario para el ejercicio de su dominio; por eso, el conocimiento y estudio de los diversos e intrincados modos de la dominación imperial debemos considerarlos hoy en los programas formativos para favorecer la comprensión y análisis de las contradicciones imperiales y de la geopolítica mundial, desde el lugar de enunciación de nuestros países, el antirracismo, la lucha de género, la pobreza, las desigualdades, los efectos de la explotación capitalista sobre el planeta, las guerras y otros temas que deberán formar parte de la formación de todas y todos.

Se debe advertir que el imperialismo se ha reconfigurado en nuestro tiempo, pero conserva sus rasgos marcadamente militaristas, de depredación, de destrucción de la naturaleza, control de los mercados financieros, saqueo de las riquezas de otros países, control de la comunicación y dominación cultural, teniendo como centro de poder innegable a los Estados Unidos con bases militares en 79 países, múltiples dimensiones de dominación, evidenciando su poderío y su control e influencia en África, Asia, América Latina y el Caribe.

LA MUDANZA

La mudanza constituye lo que se espera de una Revolución, es decir, las transformaciones profundas representadas en el cambio de cuerpo y de espíritu. Lo nuevo, lo que debe ser otra cosa y hacerse de otra manera: un cambio de país y de personas sin migrar de lugar. En sintonía con este planteamiento, Rodríguez propone para las nacientes repúblicas las tres revoluciones: política, económica y cultural —expresada en la mudanza— porque consideraba que la toma del poder político debía acompañarse de una revolución económica, que de acuerdo a su advertencia sobre los efectos perversos del capitalismo, se infiere el carácter anticapitalista de dicha revolución económica, pero además, debía producirse una mudanza que no era otra cosa que una revolución cultural. En sus palabras:

Si los americanos quieren que la revolución política que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, les traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica y empiécenla por los campos: de ellos pasará a los talleres, y diariamente notarán mejoras que nunca conseguirán empezando por las ciudades (Rodríguez, 1999e, p. 241).

La Educación Popular es la base para la *mudanza* que tiene en su horizonte contrastar la lógica de la dominación que instala en las sociedades hábitos y costumbres que son reproducidos a su vez para mantener la dominación. De aquí su importancia, formar para lo nuevo, cambiar hábitos y costumbres. Para terminar con la sumisión y opresión del pueblo. Ese nuevo sujeto histórico que surge en el proceso de independencia. Bolívar abonó con sus ideas sobre este aspecto, al señalar que:

Una mudanza del Sistema de gobierno, con un trastrueque tan profundo, representado por la desaparición de los hábitos de sumisión a la monarquía, con el respeto y aplicación de unas normas decididas por la organización... Debía orientarse la formación desde las primeras edades en una ideología totalmente transformadora. Era una obra urgente porque debía sustituirse el conjunto de ideas sociales, políticas y éticas. Es lo que he llamado pasar de la condición de súbdito a la de ciudadano, mudanza indispensable (Bolívar, 1998, p.119).

Una *mudanza* vinculada estrechamente con la Educación Popular, digamos que es la bisagra entre la Educación Popular y el modelo de sociedad en construcción. Un modelo de sociedad que niega la explotación:

No se niega que algunos habrían perdido en la *mudanza*. Los burros, los bueyes, las ovejas y las gallinas pertenecerían á sus dueños—De la JENTE NUEVA no se sacarían pongos para las cocinas, ni cholas para llevar la alfombra detrás de las Señoras—al entrar en las ciudades no se dejarían agarrar por el pescuezo (á falta de camisa) para ir, por orden de los asistentes, á limpiar las caballerizas de los oficiales, ni á barrer plazas, ni á matar perros aunque fuesen artesanos—los caballeros de las ciudades no encargarían indiecitos á los curas, y como no vendrían, los arrieros no los venderían en el camino. ... lo demás lo saben los hacendados (Rodríguez, 1999d, p. 361).

No obstante, las nuevas repúblicas no produjeron la *mudanza* en los sectores oprimidos, dejando inconcluso el proceso emancipador, así como quedó inconcluso el Proyecto de Educación Popular. La transformación profunda va más allá de la forma de gobierno y sistema económico, del modo de producción y organización del trabajo. Exige cambiar ideas,

cultura, educación y costumbres impuestas. Una *mudanza* del sistema de gobierno, con la desaparición de los hábitos de sumisión a la monarquía. Debe orientarse hacia la formación desde las primeras edades en una ideología totalmente transformadora: pasar de la condición de súbditos a la de ciudadanos, mudanza indispensable.

Los pueblos tienen que sentir los efectos de *la mudanza*: y cambiar la idea que tienen formada de su suerte. *La mudanza* no es una abstracción o una expresión cargada de romanticismo; es necesario que como pueblo palpemos y seamos parte de los cambios de las condiciones materiales de vida y de trabajo, en la organización del gobierno, en la producción, en la escuela, en la ética. Son los hechos concretos, la concreción del proyecto liberador y la eliminación de privilegios lo que visibiliza los resultados de las luchas, para que nos apropiemos así del proceso de transformación.

SIMÓN RODRÍGUEZ, RAÍZ DE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

La idea del bolivarianismo, la idea robinsoniana, la idea zamorana son las raíces del proceso que actualmente se desarrolla en Venezuela y en este proceso el Presidente Chávez propone el “invencionismo robinsoniano”:

Robinson, el Rodríguez, el Simón caraqueño cuando decía en Sociedades Americanas, cuando enunciaba su ideario, porque cuando hablamos de la ideología bolivariana, como ustedes lo saben, desde hace años lo venimos pregonando, nosotros hemos hablado del Árbol de las Tres Raíces: la idea bolivariana, la idea

robinsoniana y la idea zamorana...pero cuando me refiero al “invencionismo robinsoniano”, me refiero a aquello que decía Samuel Robinson, decía: “tienen ustedes que hacer dos revoluciones, la política y la económica...el “invencionismo del mercado” contra el dogma del mercado.” (Chávez, 2013, p. 65)

En efecto, Rodríguez nos señala el horizonte para constituir un modelo de sociedad verdaderamente republicana naciente en América, ensayar y construir un camino original. Se niega a la copia de la sociedad europea o norteamericana, porque no debemos adoptar modelos sino adaptar. Advierte que el camino que recorre Europa oculta la miseria y los vicios de la explotación y segregación. Prueba de ello son los esclavos en Rusia, Polonia y Turquía, así como la segregación de los judíos. En sus palabras: “los acontecimientos irán probando, a los que observan POCO la Sociedad, que es una VERDAD muy OBVIA. La América no ha de imitar SERVILMENTE sino ser... ORIJINAL!” (Rodríguez, 1999^a, p. 16).

El ensayo, la creación y la recreación son bases de la propuesta rodrigueana. Este es un código que alude a la cualidad transformadora y revolucionaria de la misma, y plantea una mirada reflexiva no eurocéntrica y contraria al rumbo capitalista que ya se vislumbraba en Europa y los Estados Unidos fundamentada sobre la lógica de la acumulación del capital y la explotación del trabajo. Rodríguez señala el doble carácter de la empresa acometida en su tiempo por el Libertador y sus compañeros de armas, lo que se logró y lo que falta por lograr:

... La América *Española* pedía dos revoluciones á un tiempo, la Pública y la Económica: las dificultades que presentaba la primera eran *grandes* – el Jeneral Bolívar las ha vencido, ha enseñado

ó excitado á otros á vencerlas: los obstáculos que oponen las preocupaciones á la segunda, son *enormes* - (1999d, p. 206)

El pensamiento de Simón Rodríguez tiene vigencia y continuidad en el tiempo y en la subjetividad e imaginarios de nuestros pueblos. Por su significación y resonancia forma parte del legado del pensamiento contra hegemónico-liberador-emancipador, expresión de lucha por la soberanía y autodeterminación de los pueblos.

O inventamos o erramos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » Bolívar, S. (1998). “Carta de Jamaica”. En S. Bolívar, *Escritos Fundamentales*. Caracas: Monte Ávila. Editores Latinoamericanos.
- » Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. (1999). Con la Enmienda N°1, sancionada por la Asamblea Nacional el 14/1/2009, aprobada por el Pueblo Soberano en Referéndum Constitucional el 15/2/2009. Gaceta Oficial N° 5908 extraordinario, de fecha 19 de febrero de 2009. Caracas: Imprenta Nacional.
- » Escuela de Formación Integral de la Asamblea Nacional “Dr. Carlos Escarrá Malavé”. (2013). *Hugo Chávez. La construcción del Socialismo del Siglo XXI: discursos del Comandante Supremo ante la Asamblea Nacional [1999-2012]*. Caracas: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional Willian Lara.
- » Giménez, L. (2019). *Bloqueo y despojo. Preguntas y respuestas sobre las medidas coercitivas unilaterales contra Venezuela*. Caracas: Sures. Estudio y defensa en Derechos Humanos. Obtenido de <https://observatorio.gob.ve/wp-content/uploads/2022/10/BLOQUEO-Y-DESPOJO-WEB.pdf>

- » O’Sullivan, J. (July-August de 1845). “Destino Manifiesto”. *United States Magazine and Democratic Review*(17). Obtenido de <http://jlg.s.com.mx/traduccion/de-ingles/destino-manifiesto-john-osullivan-1845/>
- » Rodríguez, S. (1990). *Sociedades Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- » Rodríguez, S. (1999a). *Sociedades Americanas*. 1828/1842. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. I, págs. 297-412). Caracas.
- » Rodríguez, S. (1999b). “Consejos de amigo dados al colejo de Latacunga”. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. II, págs. 1-64). Caracas, Venezuela: Presidencia de la República.
- » Rodríguez, S. (1999c). *Luces y Virtudes Sociales*. 1834/1840. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. II, págs. 68-187). Caracas: Presidencia de la República.
- » Rodríguez, S. (1999d). *La Defensa de Bolívar*. 1830. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. II, págs. 189-373). Caracas: Presidencia de la República.
- » Rodríguez, S. (1999e). Extracto de la Obra “Educación Republicana”. 1849. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. I, págs. 225-256). Caracas, Venezuela: Presidencia de la República.
- » Rodríguez, S. (1999f). *La desviación del río Vincocaya*. 1830. En S. Rodríguez, *Obras Completas de Simón Rodríguez* (Vol. I, págs. 413-470). Caracas, Venezuela: Presidencia de la República.
- » Salazar, I. C. (2015). *Simón Rodríguez: Educador militante por la emancipación de los pueblos*. Caracas: Fundación Fondo Editorial de la Asamblea Nacional “Willian Lara”.
- » Zuloaga, J (2008). *La libertad y la democracia como instrumentos de dominación*. Buenos Aires: CLACSO.

SIMÓN RODRÍGUEZ: UNA PULSIÓN LIBERADORA QUE NOS SIGUE INTERPELANDO

M^a Lourdes GONZÁLEZ-LUIS (Kory)

Magaldy TÉLLEZ

La vigencia del pensamiento de Simón Rodríguez, que hoy resplandece intacto como si acabara de formularse para las sociedades del presente, se debe tanto a su constitutivo fundamento democrático, elaborado en el crisol optimista del iluminismo y de la revolución emancipadora, como al fracaso de los estados nacidos de la Independencia para llevar a cabo las doctrinas de redención social que animaron al movimiento liberador.

Ángel Rama. Actualidad de Simón Rodríguez.
Ensayos de literatura venezolana.

A MODO DE PREFACIO

OTROS LUGARES DESDE DONDE MIRAR

Pensamos que, de nuevo, aunque de otras maneras, nos es imprescindible construir nuevas —otras formas de pensar, sentir y decir la educación que, frente a la embestida neoliberal actual, hagan posible dar sentidos a las prácticas educativas, buscando que en esta construcción resuene el tono

irreverente del Maestro. Podría cuestionarse que asumamos la contemporaneidad del pensamiento de Simón Rodríguez, fraguado entre los siglos XVIII y XIX, para llevar a cabo la tarea de dismantelar concepciones y prácticas educativas de nuestro presente. No obstante, a contracorriente, responderíamos recurriendo a una clave interpretativa que hemos puesto a funcionar en este escrito, y concierne a que las historias no son lineales, que en ellas se conjugan pasados, presentes y futuros, porque no son solo cronologías sino tramas de saberes, poderes y resistencias; por tanto, de conflictos, pasiones y deseos.

Tramas en las que se labran vidas como las de Simón Rodríguez, que no es cualquier vida sino una vida implicada en las historias de Nuestra América. Una vida singular, cuyo pensar y hacer educación es un proyecto filosófico político en el que hizo cuerpo una vida deseosa de libertad y de igualdad, inscrita en luchas emancipatorias. En la obra de Simón Rodríguez podemos descubrir lo que León Rozitchner, escribe al comenzar su libro sobre el Maestro: «Toda obra de reflexión, como toda obra de arte es trabajo del deseo, y proviene de ese punto incandescente que anima desde lo hondo del sujeto lo que en él se debate en cada acto de su vida» (2012, p. 21). Con dicha clave interpretativa asumimos el planteamiento de Walter Kohan para quien la singularidad y potencia de la vida y obra el maestro radica «en su llamado a hacer escuela y en el modo en que practica ese llamado»:

Hacer escuela dice de algo que no está dado, sino que es instaurado en la vida escolar, en la educación hecha vida. La idea que aprendemos de don Simón en la América Colonial del siglo XIX, vigente también en la América Latina en movimiento del siglo XXI es que de lo que se trata, cuando se vive en, de y para la educación, es de hacer escuela en las escuelas (2014, p. 26)

Un modo otro de hacer escuela que implicó el denso e intenso tejido de inagotables ejercicios de pensamiento, irreverencia, ensayo y libertad, radicalmente opuestos al servilismo, la opinión, la imitación, la sujeción, de sus tiempos. Ese denso e intenso tejido sigue siendo la razón fundamental para pensar y hacer escuela en nuestros tiempos, dejándonos interpelar por el maestro, quien nos sigue llamando a hacer escuela tejiendo esos ejercicios y la vida. A ello se vincula la figura del *maestro errante* que traza Kohan:

...no tanto por su andar viajero e itinerante sino por la intensidad y radicalidad de su vida educadora, por su estado de abierto a los habitantes de estas tierras. Lucha incansablemente por revolucionar las escuelas, para que ellas atiendan a los desechados por las escuelas existentes y para que en ellas aprendan a pensar no sólo en cómo transformar su condición en la sociedad sino, sobre todo, cómo transformar la propia sociedad que genera esa condición, en sus palabras, cómo hacer una República de veras. (*Ibíd*, pp. 62-63).

Ciertamente, Simón Rodríguez vivió su vida ensayando, inventando, desafiando; haciendo lo propio de quien se atrevió a pensar y hacer armado con su irreverencia y el coraje de decir la verdad, de quien asumió fracasos y reinició siempre sus caminos, conjugando su devenir maestro-filósofo con su vida, cuyo pensamiento, cuya escritura y praxis política y educativa sólo pueden ser comprendidas como hechuras que buscaban abrir surcos en la sociedad y en la educación de su época y que, por tanto, iban haciendo cuerpo a lo largo de su inacabada vida errante, haciendo caminos al andar.

Esas hechuras que nos dejara como herencia sin testamento, son herramientas indispensables para preguntarnos qué nos sigue dando a sentir-pensar, a decir y hacer el maestro Rodríguez, pues vivimos tiempos que reclaman volver a

encontrarnos con los sentidos que él maestro imprimiera a su proyecto educativo, a sabiendas de que estos tiempos nuestros no son solo nuestros, sino también de quienes han de venir, pues somos responsables ante ellos por lo que hagamos o dejemos de hacer para construir una vida digna de ser vivida por todos y todas. Tiempos, por tanto, que reclaman retomar los surcos abiertos por el Maestro, el caminante que tejó filosofía, política, educación y vida; el caminante de una vida educadora.

Para la construcción de este texto hemos seguido un itinerario referido a algunos aspectos de la vida errante, irreverente y creadora del maestro Rodríguez; una vida hecha de aprendizajes, enseñanzas, estudios, ensayos, tejidos al hilo de esa amalgama de filosofía, política y educación; de esa vida-viaje singular que duraría un poco más de treinta años. Porque es imaginando esos trayectos llenos de escollos como podemos atisbar y sentir algo de esa intensidad, de esa irreverencia y de esa perseverancia. Nos hemos centrado en algunas aristas de su pensamiento filosófico-político y como dimensión fundamental de éste, en su propuesta-apuesta de la *Educación Popular*, entendiendo que es en ella donde radica la potencia revolucionaria de su pensamiento y acción.

La obra de Simón Rodríguez permaneció demasiado tiempo ignorada, ninguneada o manipulada y disminuida. Incluso los estudios que se han hecho –muchos de ellos, magníficos- se han restringido a sus proposiciones pedagógicas y a lo anecdótico de su larga, transgresora y atormentada vida. En la mayor parte de los casos, los trabajos apologéticos sobre nuestro pensador, han recalado y presentado solo aquellos aspectos que resultaran inocuos o fueran tolerables y transigibles ante el modelo hegemónico instalado. Ello ha ocultado o maquillado el carácter profundamente vanguardista que realmente se desprende de su pensamiento, el reto

permanentemente cuestionador e incordiante de su discurso y su praxis. Intentaremos pues, con esta contribución, transitar por otros lugares y con otras miradas, la complejidad rupturista y vigente de una voz singular que sigue resonando hoy. Este pensador libertario, maestro republicano, reclamante de la emancipación mental, fabricante de velas para iluminar la América libre...trastoca el viejo aforismo cartesiano del *cogito ergo sum*; aquel *pienso, luego existo* se convierte con el maestro Rodríguez en el más tentador y certero... *pienso, luego estorbo*.

CON OJOS BRÚJULA: GEOGRAFÍAS E HISTORIAS DEL PENSAR-OBRRAR

En el cuadro de proyectos de modernidad truncada no puede dejarse a un lado la figura probablemente más fascinante de toda la 'ilustración' americana: Simón Rodríguez. Se estima que hacia finales de 1797 nuestro escritor y educador abandonó Venezuela porque no toleraba el ambiente opresivo que venía imponiendo la corona española. Su exilio le llevó primero a Jamaica y Philadelphia, luego a Londres, y a Roma y París más tarde. Rodríguez regresa a la América hispana en 1823, decidido a acompañar en las bregas militares y políticas por la emancipación a su discípulo Bolívar. A partir de esta fecha y hasta su muerte, desarrolló una infatigable, aunque atropellada labor como reformador de la educación en las nuevas repúblicas americanas. Don Simón ya traía consigo un Proyecto madurado: ayudar al logro de una Educación Popular que hiciera posible la autodeterminación republicana de las naciones latinoamericanas. Nada traía editado, pero sí algo escrito, aunque lo medular estaba asimilado en sus lecturas,

sus estudios y su experiencia pedagógica.

Como Bolívar, Blanco White o Humboldt, Rodríguez expresó una visión cautelosa sobre el porvenir de las repúblicas independientes. El pasado despotismo colonial, la fragmentación social y la ignorancia que habían dejado por todo legado arrojaban un balance de fragilidad social y política. «Se ha obtenido ya en América, no la Independencia, sino un armisticio... El derecho de conquista, de los tiempos bárbaros, es el que hacen valer las naciones cultas», escribía en su importante tratado político y educativo de 1828, *Sociedades Americanas*. Pero Rodríguez no solo sobresale en este panorama intelectual y político por sus agudas críticas al predominante estado de las cosas en América, sino por su creación de un proyecto político educativo como eje del proyecto de fundación de verdaderas sociedades republicanas. Al contrario del uso retórico y dogmático de la «civilización» como principio exterior, tan notable en el positivismo de Sarmiento o el clasicismo de Rodó, Rodríguez subrayó la unidad inseparable de la civilización, como «civilización social», con la ilustración, entendida como proceso de formación intelectual, moral y social, estrechamente vinculada a la fundación de repúblicas y, por tanto, a las transformaciones sociales, políticas y culturales requeridas. De ahí que los conceptos acuñados por Rodríguez para lo que en rigor constituye el primer programa republicano en el mundo hispánico fueron: ‘educación popular’ y ‘educación social’.

Cabe aquí invocar las fuentes europeas de la perspectiva ilustrada. Leibniz y su formulación de la pedagogía racional del esclavo como principio moral de su emancipación. Rousseau como divulgador del nuevo ideario educativo liberador. Kant, quien elevó el principio de una reforma moral del entendimiento al postulado central de un concepto programático de formación

desde el punto de vista de la razón moral y científica. Pestalozzi, cristizador de reformas ilustradas en la enseñanza escolar, de amplia repercusión en la Europa liberal. Sin embargo, la filosofía de Rodríguez reinterpretaba y daba nuevos sentidos a estos valores ilustrados del conocimiento y el progreso moral, de los idearios de autonomía racional de la persona y de los principios políticos y morales de libertad y justicia, para hacerlos acordes a la singularidad del panorama hispánico del XIX.

En el caso de la obra de rodrigueana puede advertirse un nuevo modo de comprensión de la realidad social y política, y de sus conflictos que, por su profundo desapego a todo lo que fuera principios abstractos, rebasa la visión abstracta del racionalismo ilustrado que asumiera la mayor parte de los intelectuales, apegados a los principios abstractos. Ello ha dado lugar a la caracterización de esta obra como anticipatoria lo que se ha denominado el «romanticismo latinoamericano». Sin embargo, pensamos que, si bien es cierto que el romanticismo se crea contra el carácter abstracto del racionalismo ilustrado, no puede afirmarse que haya sido una ruptura total con la ilustración, ya que los románticos continuaron de cierta manera con la cosmovisión iluminista de la idea de un sujeto motor de la historia como marcha progresiva de aproximación permanente hacia el logro de la felicidad.

Entonces, Simón Rodríguez: ¿Ilustrado?, ¿Romántico? y, agreguemos ¿Socialista utópico? Adentrarnos en este debate exigiría otro escrito, pero diremos que no hay en la obra rodrigueana vestigio de ser un receptáculo pasivo de las corrientes de pensamiento procedentes de Europa. Por el contrario, en ella pueden advertirse tramas enunciativas que reinterpretan y dan nuevos sentidos a estas tendencias, en función del contexto histórico particular de la América del Sur: sus circunstancias, sus contradicciones, sus dilemas,

sus apuestas y posibilidades. En este sentido, podríamos caracterizar dicha obra como lo hace Julio Ramos respecto de la literatura latinoamericana en términos de un espacio de «formas híbridas que desbordan las categorías genéricas y funcionales canonizadas por la institución en otros contextos» (1989, p. 12). Y, también en este sentido, podemos considerar que los análisis críticos y las propuestas de Simón Rodríguez implican una manera de concebir y dar sentido a la realidad y a las acciones humanas de su tiempo, dialogando con corrientes de pensamiento en un contexto específico, el de la América hispana y las circunstancias económicas, políticas y culturales de su época. Sobre todo, haciendo énfasis en la situación social, en los conflictos políticos y en el imperativo de un proyecto político educativo indisociable de la tarea de fundar verdaderas repúblicas.

De manera que la singularidad del pensamiento rodrigueano involucra esa «forma híbrida», desde la cual este pensamiento se despliega abarcando contundentes críticas al estado predominante de las cosas y su proyecto para fundar repúblicas, respecto de las cuales diría que estaban establecidas pero no fundadas y, como dimensión nuclear de este proyecto, el correspondiente a la Educación Popular, que no solo propuso sino que ensayó en Chuquisaca y que fuera objeto de los más agresivos ataques por parte de la oligarquía y el clero. Rodríguez traza un proyecto de emancipación mental concebida como fruto de la educación popular y social que haría posible erradicar los males de los cuales la espada no había podido liberarnos. Por ello, entendemos que sus escritos se sitúan entre el persistente pasado colonial y bárbaro, el neocolonialismo que iba instalándose con la imitación de modelos europeos y norteamericano, y la apuesta por dar inicio a repúblicas de verdad; es decir, repúblicas que tuvieran como

sustento el efectivo ejercicio de la igualdad, la libertad y la justicia para todos y cualquiera.

Desde nuestra perspectiva, este carácter híbrido de la peculiar obra de Simón Rodríguez en el marco en el marco del universo discursivo de una época, le permitió dar cuenta de sujetos sociales cuyas aspiraciones no fueron contempladas en el proyecto organizativo de las élites, lo que significaría dos modos distintos, e incluso contradictorios, de asumir la matriz ilustrada. Por una parte, el rechazo, en la mayor parte de los intelectuales, hacia las mayorías populares por indóciles y revoltosas y peligrosas; y, por otra, la posición de Rodríguez en defensa de estas mayorías oprimidos: los indios, los negros, los cholos, los guachinangos, los pongos, etc., cuya situación límite de pobreza, exclusión y desigualdad, ponían en cuestión el predominante estado de las cosas tras la independencia americana recién estrenada, amenazada al mismo tiempo por la reacción española y el nuevo colonialismo anglosajón.

De manera que lo que distingue la obra de Rodríguez es su capacidad de cartografiar el lugar histórico en el cual el cual se desplegó, y su capacidad de formular y ensayar posibilidades transformadoras, para la inclusión social y educativa de los nadie en términos de igualdad. Seguidamente, algunas muestras referidas a su mapa de la realidad americana, que dan expresión a un nuevo lugar de enunciación inaugurado por Rodríguez, quien observa agudamente las circunstancias y las analiza convencido de que se trata de circunstancias atravesadas por fuerzas incompatibles con un proyecto de vida republicana.

CON OJOS PROPIOS: EL ESTADO DE LAS COSAS EN AMÉRICA DEL SUR

cartografía que elabora Rodríguez sobre las sociedades que, después de las guerras de independencia, iban conformándose en América del Sur, se inscribe en su apertura de caminos para la fundación de lo que llamara Repúblicas verdaderas. En este sentido, puede decirse que su obra filosófica, política y educativa, articula estrechamente su interpretación crítica del predominante estado de las cosas y esta apertura de caminos en tiempos signados por fuertes conflictos entre las fuerzas que buscaban mantener intereses y privilegios de las oligarquías criollas y las que seguían horadando las improntas coloniales para levantar las bases de sociedades republicanas. En sus tiempos, el maestro advirtió (también los vivió en carne propia), los peligros de la intensificación de los conflictos políticos y militares, internos y externos, de las revueltas que se sucedían una tras otra y las guerras civiles que fueron tan profusas en las nacientes repúblicas durante buena parte del siglo XIX.

El reciente pasado realista y los intereses de las oligarquías criollas y de altos representantes del clero, atentaban contra la creación de repúblicas y, por tanto, contra la educación republicana (popular y social). A ello se vincula que, en *Sociedades Americanas en 1928*, edición de 1842, el maestro escribiera que volvió a la América y «en la América hallo las Repúblicas, que son las que me atormentan.». Tormento y atención por las nacientes Repúblicas recorren la obra rodrigueana, en la cual fue pensando el estado de las cosas que se daban como impedimentos para la construcción de Repúblicas verdaderas, y desplegando propuestas profusamente sustentadas tanto en su examen de las realidades

como en su perspectiva filosófica social y política. Eran tiempos de conflictos en los que se vivían reciamente las pugnas entre defensores de la monarquía y defensores de la república; en los que las clases que detentaban el poder económico y político mantenían a los sectores sociales mayoritarios en estado de penuria.

Frente a este escenario social y políticamente adverso a la fundación de repúblicas, Rodríguez observa agudamente las circunstancias, e impulsado por sus convicciones republicanas las analiza con el convencimiento de que se trata de formas sociales y políticas incompatibles con un proyecto de vida republicana, que reclaman las circunstancias. El maestro Rodríguez no construyó su proyecto en abstracto, sino armado de su equipaje teórico y de sus análisis en torno al predominante estado de las cosas en las nacientes Repúblicas; cosas de las que fuera un agudo y perspicaz crítico. Sus críticas se condensan en su conocida afirmación de que se tenían «Repúblicas establecidas, pero no fundadas». Al respecto, en *Sociedades Americanas en 1928*, podemos leer:

La época actual, en América, es el tiempo crítico de las revoluciones.. tiempo de *rivalidades*: porque, (como en todas cosas) la naturaleza quiere perpetuidad de acción, nó de personajes. En virtud de esta ley, si un individuo no puede remplazar á otro, por su orden y en su tiempo, trata de suplantarlo.

La guerra de la Independencia fué contra los soldados del Rey, armados por las preocupaciones —la de la Libertad debe ser contra las preocupaciones, para que no vuelvan á armar otros brazos. (2001a, pp. 272-273).

Así pintó el cuadro político general de la época postindependentista y en estos fragmentos podemos advertir

parte de las razones de sus radicales cuestionamientos y de sus propuestas, que tanto incomodaron a los que solo aspiraban a sustituir las castas blancas peninsulares gobernantes por las blancas criolla, así como y a pequeños cambios sociales; a quienes se consideraban llamados a regir políticamente la sociedad postcolonial por su posición económica y de casta, dominando al resto de los americanos. Los dardos de Rodríguez apuntaban hacia los grupos no sólo económicos y religiosos sino también políticos que se oponían abierta o simuladamente a medidas de gobiernos liberales. Ello, incluso, abrogándose el derecho de organizar la República de acuerdo con sus propios intereses, ya que el propósito de estos gobiernos de establecer un nuevo orden social y político era considerado como un ataque contra la institucionalidad heredada

En *Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana* (1849), seguía resonando la llamada hiciera en *Sociedades Americanas en 1928* (1828); la llamada referida a la «Causa Social», que reclamaba pensar en un «Gobierno verdaderamente republicano», confrontando a quienes pretendían dirigir repúblicas vacías¹, porque en ellas el «pueblo», fundamento del sistema republicano, no sólo no se admitía como soberano, sino que estaba sometido a la voluntad de unos pocos. Se trata, entre muchos otros, de planteamientos que iban a contracorriente de los nuevos detentores del poder en ese «*tiempo de las rivalidades*», que perduró por muchos años en la América hispana. Tiempo que no fue entendido por Rodríguez como resultado de los tan temidos como rechazados “pueblos revoltosos”, de acuerdo con el lenguaje del poder. Para él, se

1 “Repúblicas aéreas”, en palabras del Libertador Simón Bolívar, quien, en diciembre de 1812, utilizó esta expresión en el escrito conocido como el *Manifiesto de Cartagena*, al tratar de comprender el colapso del intento de independencia venezolana, para referirse a las repúblicas construidas sobre la base de lo ideal y no de lo posible, con «filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados».

trataba de diversas circunstancias; entre ellas, las exigencias de amplios sectores populares para satisfacer necesidades indispensables que les permitiera sobrevivir. Su clamor en favor de los pueblos aparece resumido cuando dice:

...hágase algo por unos pobres pueblos que después de haber costeadado con sus personas y bienes... o, como ovejas, con su carne y su lana. . . la Independencia, han venido a ser menos libres que antes (y no culpen por ello a sus caudillos: el cuerpo militar no ha hecho constituciones). Hágase algo, pues, por unos pobres pueblos, que no saben qué hacerse ni qué hacer con sus hijos. (Rodríguez, 2001b, pp. 226-227)

Por otra parte, Rodríguez cuestionó contundentemente el régimen testamentario-colonial, que las nacientes repúblicas habían heredado y que en diversos aspectos seguían atándolas al viejo sistema colonial, a través de un amplio abanico de aspectos tales como la transmisión de la herencia, de la tierra, de las leyes, de costumbres, de tradiciones, etc. Ello daba expresión a la idea de que el sistema de relaciones sociales no requería cambios más allá de lo organizativo y a manera de constitucionalismo formalista. De igual manera, en su detallada cartografía de aspectos que definían el predominante estado de las cosas en la América del Sur, destaca la imitación de modelos norteamericano y europeos, especialmente el francés: «...las medidas que se han tomado en Europa (i quieren tomarse en América) quitando al rei un poco de autoridad, i a la nobleza algunos privilegios para cortar abusos... son insuficientes, i dejan campo para volver al despotismo o a la anarquía.» (*Ibíd.*, p. 321)

En Francia e Inglaterra, las repúblicas habían sido modificadas de tal manera, que en un tiempo relativamente corto sucumbieron ante el poder de las monarquías. De

modo que, dadas las diferencias entre los pueblos europeos, norteamericano y suramericanos, era imposible que un mismo sistema republicano fuese aplicado indistintamente. Estos y otros planteamientos apuntan al cuestionamiento radical de medios que se proponían por parte de las elites intelectuales y políticas, y que Rodríguez caracterizó como «tentativas inútiles» para cambiar las cosas, en las que se perdía tiempo, pues respondían a la divisa de las Monarquías y no a la de las Repúblicas: «erudición i habilidades, profesiones i oficios, en tumulto. Herencias, privilegios i usurpaciones» (*Ibíd.*, p. 370).

Esta divisa se traducía en medios que no solo repetían los errores ya existentes, sino que añadían otros: el *comercio*, las *colonias europeas* y los *cultos*, respecto de los cuales desplegó sus contundentes críticas recurriendo como era usual a la ironía². Se decía que, si con el escaso comercio que se tenía y con los pocos colonos que habían llegado, se había logrado tanto, lo que se auguraba sería grandioso con el gran proyecto que se está proponiendo a los Reyes europeos, especialmente en Francia. Pero, el “fondo del proyecto” era: «Las Grandes Naciones (se dice) no pueden subsistir sin Colonias. La Conquista es un medio violento, que la humanidad reprueba... es verdad—no obstante , si es menester usar de alguna violencia, no se

2 Rodríguez comparte con los ilustrados su filo crítico de la religión y los prejuicios: «... la Religión, pues, da el derecho de oprimir al prójimo, y al prójimo le impone el deber de aguantar.-Por este principio, los Ministros del altar son, por una parte, sustentáculos de la Vanidad, i por otra,, instrumentos serviles de la Especulación: —su ministerio es andar por los Campos, por la Manufacturas y por los Almacenes, predicando, a todo fiel Cristiano, sumisión a los Hacendados, a los Fabricantes y a los Mercaderes— Llamando *Resignación*, la ciega obediencia de los brutos, y *Virtud*, la estúpida conformidad con la voluntad del Patrón, —todo respaldado con los altos designios de la PROVIDENCIA- (Modo cortés de insultar a la Divinidad) (2001b, p. 323). El maestro, por tanto, no creía que la erradicación de los prejuicios se lograra con la apertura de América a la infinidad de sectas religiosas que proliferaban en el viejo continente. Porque, si en Europa estas sectas tienen larga historia y arraigo de costumbre, en América serían un nuevo motivo de división y pleitos, tan nefastos para la fundación de república.

deberá omitir una que otra guerrita, por el bien de la humanidad misma.» (*Ibíd.*, p. 349)

CON OJOS NUESTROAMERICANOS:

LA VUELTA DE TUERCA A LA DICOTOMÍA ‘CIVILIZACIÓN-BARBARIE’

Fueron diversas las expresiones neocoloniales a las que apuntó el maestro Rodríguez; entre ellas: las limitaciones del formalismo constitucionalista, en que se había caído, así como el uso que se hacía de este formalismo por parte de las nuevas oligarquías para mantener y justificar sus privilegios. Asimismo, las propuestas de repoblar América del Sur con inmigrantes europeos, bajo el argumento de que ellos traerían una nueva “sangre” y generarían para los nativos sus costumbres de orden y de trabajo. Ante expresiones como estas, fue contundente en su cuestionamiento del concepto ilustrado de ‘civilización’, tan profusamente usado como modelo absoluto al cual debían tender los países suramericanos que asumían, como mala copia, la idea europea de ‘civilización’. Recordemos que él caracterizó el comercio, las colonias y los cultos como errores, porque con ellos se decía que habrá civilización mercantil, colonial y religiosa; es decir, que la gente se entenderá bien «en asuntos de comercio, de comunidad y de conciencia». Pero de este modo, «cada Gremio, Corporación, o Secta tirará por su lado para sí, sin consultar el INTERÉS JENERAL». Así pues, al obviarse el “interés general”, que es lo que da cuerpo a la «civilización social» y al convertirse el «el orden y la conveniencia» en refranes, la palabra civilización se había convertido en «una especie de aliño de todos los Proyectos, de todos los Mensajes,

de todos los Elojios y de todas las Providencias» (Rodríguez, 2001a: 357).

Para Simón Rodríguez, la diferencia de América respecto de Europa y Estados Unidos, hace de ella el lugar ideal para crear Repúblicas originales, el lugar para dar comienzo a un nuevo proyecto civilizatorio. Con ello, se opondría a las actitudes y propuestas de la mayor parte de los ilustrados que, atados fielmente a la oposición «civilización-barbarie», miraban hacia Europa en busca de un modelo para organizar América. Porque, a su juicio, aún las pocas señales de verdadera «civilización europea» como lo fuera la Revolución Francesa, que reivindica, fueron captados por la barbarie; pues la igualdad únicamente había servido para generar nuevas desigualdades, la libertad sólo había beneficiado a los comerciantes y la fraternidad había cristalizado en nuevas exclusiones, dejando fuera a las mayorías populares. De la Revolución Francesa nació la República, pero ésta «a poco, transformó en IMPERIO, i luego, el Imperio, en MONARQUIA constitucional» (*Ibíd.*: 333). En cuanto a los Estados Unidos, que constituyeran el modelo alternativo, tanto por su proximidad a la América española, como por el arraigo que tenían las costumbres liberales y las instituciones republicanas, Rodríguez advierte:

Los Angloamericanos han dejado, en su nuevo edificio un trozo del viejo - sin duda para contrastar- sin duda para presentar la rareza de un HOMBRE mostrando en una mano, a los REYES, el gorro de la LIBERTAD, y con la otra, levantando un GARROTE sobre un NEGRO, que tiene arrodillado a sus pies (*Idem*, p. 342).

Cabe preguntar acerca de aquello que impulsó a Rodríguez a impugnar la posición de ilustrados americanos en defensa de los modelos europeos y norteamericano, para

organizar repúblicas en América. A nuestro entender, se trata de un rasgo en común entre estos modelos, que fue advertido por él y concierne el hecho de que europeos y estadounidenses se mueven por el interés en prosperar respondiendo a la «sed de riqueza» como «el mal del siglo». Aunque, como igualmente dijera, el siglo «también tiene su genio: hay fuerzas en el sujeto, y éstas consisten en sus LUCES». Vemos aquí una categoría lustrada: las «Luces»; no obstante, la concepción rodrigueana de esta categoría rebasa los límites del planteamiento ilustrado; pues, si bien retoma rasgos iluministas como la obediencia a los mandatos de la razón, la lucha contra los prejuicios, la superstición y el fanatismo, el pacifismo y el cosmopolitismo, su perspectiva se distancia de la identificación de las “Luces” con la minoría selecta y letrada a la europea, que aparecía como la única clase capaz de continuar con la realización del proyecto emancipador. A contracorriente, Rodríguez desconfía de las élites letradas al vincularlas con un sector social cuyos intereses no concuerdan con el ‘interés general’, por su propósito de hacer prevalecer sus intereses particulares.

En este sentido, podemos advertir en su planteamiento términos próximos a los de Rousseau, quien, en el *Contrato Social*, sostuvo la idea de que la opulencia y la mendicidad deben evitarse, pues «estos dos estados, naturalmente inseparables, son igualmente funestos al bien común: del uno salen los factores de la tiranía y del otro los tiranos» (Rousseau, 1961, p. 58). Rodríguez comparte esta idea, pues considera que los dos grandes extremos de una sociedad clasista son los que, por su propensión al vasallaje, no tardarían en acogerse a la solución monárquica a cambio de sus beneficios y privilegios: los ociosos (voluntariosos y engreídos de la clase media y alta) y los sumisos (oprimidos de las clases bajas). Porque tanto el hábito de obedecer ciegamente como el del ocio, son males que provienen de la ‘ignorancia’: «La IGNORANCIA, casi jeneral,

en que vive la clase inferior del pueblo... los *caprichos* de la clase media ... y las *pretensiones* de la superior, son la causa. Y todo es IGNORANCIA: Porque el *capricho* es una voluntad nó motivada, y la *pretensión* mal fundada es voluntariedad.» (2001c, p. 119)

Por ello, planteó la necesidad de erradicar, por medio de la «educación social», ambas cosas, cuya coexistencia daban lugar a conflictos que ponían en riesgo la creación de sociedad republicana. Son muchos los tópicos de la ignorancia y sus efectos, estudiados por Rodríguez, pero reseñaremos algunos de ellos como ejemplos de que él sitúa la ignorancia en ambos de los polos de la dicotomía barbarie-civilización, tan cara a los letrados. La ignorancia estaba en la emulación de ideas que dejaban de ser ideas para convertirse en fórmulas copiadas, siembre vaciadas de ideas. Estaba en el culto al comercio al margen de la industria propia y de la economía social; en los que se creían republicanos y promovían iniciar «negociaciones de reconocimiento con los Reyes», pero al carecer de ideas y regirse por fórmulas, ignoraban que los Reyes no reconocían una república sin buscar convertirla en colonia. La ignorancia también estaba en los americanos (Colombia, Buenos-Aires, Chile, Perú, Méjico Bolivia y Guatemala) que se encontraban peleando entre ellos, en lugar de enfrentar el enemigo común, mientras en esta disputa llegaban “otros perros” que los tomaban desprevenidos. El enemigo común eran las monarquías y los monárquicos americanos, en momentos en que las monarquías europeas formaban la Santa Alianza para resguardarse de las repúblicas y los americanos comenzaban sus guerras civiles, poniendo en peligro sus repúblicas. Porque se ignoraba que: «Los Políticos no deben reconocer en el día, otros partidos que los de la CAUSA SOCIAL» (2001c, pp. 290-291).

Simón Rodríguez también destacó el daño que producía mantener privilegios sociales sin tocarlos, pues ello era barbarie en la medida en que estos privilegios presuponían el sometimiento de millones de seres humanos a la miseria y, como tal, un enorme obstáculo para fundar repúblicas. De manera que su crítica a la situación política se complementa con su crítica a la cuestión social. En efecto, para él, la ignorancia también era causa de que se mantuvieran los privilegios intocables relacionados con la «libertad personal» y el «derecho de propiedad»; ambas, alegadas de manera frecuente «por hombres de talento», pero basados en falsos raciocinios. La ‘libertad personal’ servía de apoyo para eximirse de:

...toda especie de cooperacion al bien general... —para vivir INDEPENDIENTES en medio de la sociedad.» Y «el derecho de propiedad», se usaba: «para convertir la usurpacion en posesion (natural ó civil)—la posesion en propiedad—y, de cualquier modo, GOZAR con perjuicio de tercero (sea quien fuere el tercero), á título de lejitimidad (y la lejitimidad es un abuso tolerado)». Se daban diversas razones, contrarias al «principio preexistente á todos los principios-del que deben emanar todos los que reglan el órden social... «la conveniencia de uno á la de otro!. á la de muchos!!...á la de TODOS!!!!.... (2001c, pp. 115-117).

Con estos y otros tópicos, el maestro Rodríguez concluye que: «Todo es ignorancia... absoluta ó modificada—y la ignorancia es causa de todos los males»; y ello concierne no solo a la ignorancia de raciocinio, sino también a la «ignorancia de sentimiento» que es «insensibilidad» (*Ibid.*, p. 118). Asimismo, con estos y otros tópicos se relaciona su sentencia, entre otras, de que la política, como el «arte de gobernar», se ejercía en América de espaldas a las realidades sociales de los pueblos que, para los sectores dominantes, eran lo “otro” de

la civilización: la barbarie. De ahí que su reiterado llamado a «inventar», a «ser originales», significara, entre otros aspectos, utilizar las «luces» para conocer estas realidades, las de quienes se desprecian: los indios, los cholos, los huasos, los negros, mulatos y zambos, los morenos, los mestizos, los bárbaros gauchos, etc., los que una historia distinta, hablan otra lengua y tienen costumbres diferentes; pero que conciernen a quienes quieren fundar república.

De ahí que haya pensado en lo fundamental, en la necesidad de incorporar en el proyecto republicano a los pueblos despreciados y excluidos, poniendo de manifiesto su opción en favor de los sectores populares empobrecidos como un componente fundamental de su proyecto civilizatorio que, a diferencia del correspondiente a la naciente burguesía ilustrada no identificó a los sectores pobres e ignorantes con la *barbarie*, como lo “otro”, como los pueblos bárbaros a quienes había que imponer la civilización a través de la colonización europea en tierras americanas, cuando no se recurría a prácticas nada civilizadas que incluían el exterminio.³ Con lo hasta aquí dicho, consideramos que tenemos elementos fundamentales cuya articulación nos permite entender la conocida sentencia del maestro Rodríguez según la cual:

Somos independientes, pero nó libres —dueños del suelo, pero nó de NOSOTROS MISMOS. Las preocupaciones políticas que nos

3 Por ejemplo, Sarmiento, en *Facundo* (1845), un ensayo novelado en el que desprestigia a los gauchos y ensalza a los europeos, no solo propuso como reforma la apertura de los ríos para la navegación inglesa y francesa, arguyendo que no «somos industriales ni navegantes y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas», sino también establecer en América la civilización mediante la colonización europea de tierras americanas, que solo eran habitadas por los gauchos, a quienes hizo una guerra de exterminio. F. Sarmiento (1970). *Vida de Juan Facundo Quiroga*, Barcelona, Bruguera, p. 67.

dominan, no caducarán, como muchos lo esperan; al contrario: persistentes al lado de las Ideas Liberales, las haran bastardear. Otras fuerzas que las que empleámos para emanciparnos, debemos emplear para libertarnos... las de la RAZON. Contra los Soldados del Rei peleámos con las manos — contra las preocupaciones hemos de pelear con la cabeza—seguros de que, los errores mas febles se burlan de las bulas, i los mas robustos tiemblan! . . al ver asomar la verdad —esta se arma con plumas, en lugar de fusiles. (2016, p. 419).

CON MIRADAS DEL SUR: FUNDAR REPÚBLICAS

*Si queremos hacer REPUBLICA, debemos emplear medios TAN NUEVOS
como es NUEVA la idea de ver por el bien de todos.*

Simón Rodríguez

«El abuso de las **Palabras** ha llegado, en nuestros tiempos, al extremo», señaló el maestro Rodríguez, en *Luces y virtudes sociales*. Por ello subrayó la necesidad de determinar las ideas que se expresan con palabras, porque estas se hacen vagas si no se las toma en su «verdadero sentido». Así lo hizo, entre otras, con las ideas de Ilustración, Civilización, Libertad y también con la de República (2001c, p. 183):

Las **FORMAS** están desacreditando la **IDEA**
no se llamen **REPUBLICANAS** porque no lo son
y no lo son porque **NO HAY PUEBLO**
El Pueblo no tiene **LUCES**
Represéntenlo los que las tengan

sin decir que el Pueblo los ha elejido
 porque, en realidad de verdad no es así.

Con esta sentencia, el Maestro refiere a la palabra República vaciada de sentido, de ideas fundamentales. Apuntaba al uso de la palabra República que legitimaba el predominante estado de las cosas: a la idea de República como suma de individuos, con sus intereses particulares y totalmente divorciados del bien general, del bien común, del bien social; suma de individuos cuya libertad personal devenía individualismo y cuyo derecho a la propiedad se hacía expoliación. Refiere a la república de propietarios, letrados, blancos y varones; de enormes desigualdades sociales y de exclusión de cuantiosos sectores populares. A la república de comercio, sin economía productiva y social. A la república vaciada de la Causa social y de virtudes sociales, donde reinaban los sentimientos de avaricia, de envidia, de entre-destrucción, de inhumanidad expresada en la privación a los pobres de pan y de conocimientos que alimentan el espíritu⁴. En fin, a la república de las castas blancas criollas, de las burguesías emergentes que sólo aspiraban a sustituir las castas blancas peninsulares, así como a pequeños cambios sociales e institucionales.

Para Rodríguez: «Todo es circunstancias», como destacó

4 «No puede negarse que es inhumanidad, el privar a un hombre de los conocimientos que necesita, para entenderse con sus semejantes, , puesto que, sin ellos, su existencia es precaria i su vida.... miserable. La Instrucción es, para el espíritu, lo que, para el cuerpo, el Pan... [no solo de pan vive el hombre]: i asícomo, no se tiene a un hombre muerto de hambre, porque es de poco comer, , no se le ha de condenar a la ignorancia, porque es de pocos alcances. No se negará tampoco que, cuanto mayor sea el número de hombres perjudicados, , mayor será el número de actos de inhumanidad = luego las naciones más populosas, son las más inhumanas. Ver la Ignorancia, la Pobreza, i los Yerrores que comete un miserable... por ignorancia —i huir de él— despreciarlo en su presencia! —y MALTRATARLO! cuando se nos antoja... no es proceder que prueba Sensibilidad ni Luces». (S. Rodríguez, 2001a p. 325).

en su *Crítica de las Providencias del Gobierno*. De manera que las circunstancias pueden ser contrarias o propicias a los cambios que implicaba la creación de República. Por ello, el filón utópico que podemos encontrar en su obra, se despliega como búsqueda que conjugara la igualdad, la libertad y la justicia, para todos. De ahí que dio suma importancia a los principios filosóficos de la tarea política para emprender la creación de la sociedad republicana y por tanto lo que llamó «el arte de vivir en sociedad». Si «todo es circunstancias», esta premisa se pone en juego en su concepción de sociedad, en particular de la *sociedad republicana*, expresándose en presupuestos filosófico-políticas que dan sustento a su proyecto republicano, radicalmente distinto de otros modelos que se decían republicanos. En estas sociedades también aparecían circunstancias propicias para erradicar la desigualdad, la opresión, la esclavitud, la miseria, la violencia. En sus palabras:

La América está llamada (SI LOS QUE LA GOBIERNAN LO ENTIENDEN) á ser el modelo de la buena sociedad, sin más trabajo que adaptar. Todo está hecho (en Europa especialmente). Tomen lo bueno —dejen lo malo— imiten con juicio —i y por lo que les falte INVENTEN (2001a, p. 292).

Ahora bien, según el maestro, la creación de «vida republicana», implicaba transformaciones radicales del predominante estado de las cosas económicas, sociales y políticas, y por tanto la toma de conciencia social acerca de la prioridad de la *esfera de lo público*, pues es en esta esfera donde los sujetos, como ciudadanos, como republicanos, pueden ejercer su ciudadanía, que involucra el valor de una razón política traducida en actuar conforme a principios y valores republicanos. Fue categórico e insistente en la necesidad del «sistema republicano», que debe tener una serie

de características inéditas, por lo que no debía ser una mera copia de los sistemas europeos y norteamericano, de cuyos errores era preciso aprender para crear un sistema acorde a las condiciones propias de la América del Sur. ¿Qué concepción de República propone y en qué consisten sus rasgos inéditos, según el mismo pensador?

Para Rodríguez, se trata de una simpleza decir «que los hombres viven juntos, porque en ninguna parte se les ve aislados», que establecen relaciones, unas forzosas como las familiares y otras ocasionales como las «que contrae por negocios», porque todos lo saben sin necesidad de estudiarlo; pero ignoran «la idea fundamental de la asociación, que es <Pensar cada uno en *todos*, para que todos piensen en él>». Y la consecuencia de esta ignorancia es que los hombres, «sin esta idea, viven en pequeños grupos..., o en grandes.... haciéndose una guerra simulada, bajo el nombre de CONVENIENCIA.» (2001a, p. 228). Por ello, al obviarse «*Interés General*» las sociedades han devenido en meras sumas de individuos en las que la libertad personal, termina en individualismo, la propiedad privada abusiva en legitimación de la usurpación y la igualdad formal en encubrimiento de las desigualdades reales. De manera que no es libre ni próspero un país donde exista desigualdad de derechos y millones de seres humanos en la miseria. Tampoco es libre un país donde muchos viven juntos sin que se forme sociedad:

Entre millones de hombres que viven juntos, sin formar sociedad, se encuentra (es cierto) un gran número de *ilustrados*, de *sabios*, de *civilizados*, de *pensadores*, que trabaja en reformas de toda especie; pero que el torrente de las costumbres arrastra. A estos hombres se debe, no obstante, la poca armonía que se observa en las masas: por ellos, puede decirse, que existe un simulacro de vida social: sus libros, su trabajo personal, su predicación, su ejemplo,

evitan muchos males y producen algunos bienes: sin ellos, la guerra sería, como en tiempos pasados, la única profesión, ó la profesión favorita de los pueblos. (2001a, p. 111).

Es frente a este ‘simulacro de vida social’ que puede advertirse la radicalidad del proyecto filosófico-político y educativo rodrigueano. Sus propuestas siempre apelaron a la razón, pero no se trataba del concepto ilustrado de Razón que, separada de la vida social, se caracterizaba por mostrarse incapaz de plantear las mediaciones necesarias para realizar sus ideales. Rodríguez. Al igual que hizo con otras categorías como libertad, igualdad y confraternidad, resignificó la de razón, bajo la premisa de que no nos servían ideas supuestas como universales si no se atendía a las particularidades de la América, que reclamaban ejercer el pensamiento vinculado la conciencia pública, republicana, y por tanto al sentimiento del deber social. Su énfasis en que lo que hace República, como RES-PÚBLICA, es que los hombres se relacionen entre sí, como ciudadanos, en función del interés general, del bien común, del bien social, como sustento del ejercicio de la *igualdad* y la *libertad* de todos y para todos.

Desde esta mirada, se trata de «fundar República», porque ella no nace de decretos, sino de sólidas bases como componentes que se ameritan para ello. Ahora bien, dado que los hombres se reúnen buscando cada uno su propia conveniencia, era necesario ver en ello la causa de los antagonismos y de las guerras, ante lo cual: «... las luces que se adquieren con la experiencia han hecho pensar... que el único medio de establecer la buena inteligencia, es hacer que TODOS PIENSEN en el bien común y que este bien común es la REPUBLICA» (2001c, pp. 180-181).

En este sentido, son diversos e interrelacionados los

componentes que propone y analiza respecto de la fundación de República, entre los que ocupa un lugar privilegiado la Educación Popular, inseparable del proyecto de construir una sociedad de verdad republicana, porque estaría sustentada en un *pueblo republicano*, un pueblo soberano en tanto pueblo *ilustrado*, *sensato* y *pensador*. Y su importancia es tal para Rodríguez, a diferencias de otros sistemas, en el sistema republicano el gobierno enseña a formar costumbres republicanas. De ahí la atención a las ideas fundamentales que, como la «conveniencia general», la libertad y la igualdad, pone en juego en su proyecto. Veamos brevemente:

La conveniencia general. Rodríguez consideró a la sociedad republicana como la «unión íntima» de hombres, que responde a la «conveniencia general» entendida esta en el sentido de lo que conviene a todos; en sus palabras: «...Sociedad republicana es la que se compone de hombres íntimamente unidos, por un común sentir de lo que conviene a todos –viendo cada uno en lo que hace por conveniencia propia, una parte de la conveniencia jeneral.» (2001c, pp.181-182). Por tanto, era preciso forjar ese «común sentir» entre los americanos, pues sin éste no hay ni habrá verdadera República. De ahí que la conveniencia general implicara la necesidad de generalizar la Educación Popular como el fundamento verdadero para hacer República, pues a través de ella se formaba el «pueblo republicano».

La libertad. Para Rodríguez, aunque se sepa lo que es el sistema federal, tanto como las dificultades en su formación, y aunque se haya pensado en «los medios para hacerlo útil y duradero», es necesario atender a la diferencia entre independencia y libertad:

Entre la Independencia y la Libertad hay un espacio inmenso que solo con arte se puede recorrer: el arte está por descubrir: muchos han trabajado en él, pero sin plan. Principios mas ó menos jenerales — rasgos ingeniosos — indicacion de movimientos molestos ó impracticables — medios violentos — sacrificios crueles, es lo que tenemos en los libros. ...La Independencia es el resultado de un trabajo material — la Libertad no se consigue sino pensando: resistirse, combatir y vencer son los trámites de la primera — meditar proponer, contemporizar, son los de la segunda. El mérito de haber conseguido la Independencia es por mil razones disputable — resolucion, todos pueden haberla tenido — valor muchos pueden haberlo probado — de la victoria ¿quién no creerá deber reclamar una gran parte? Pero, el plan de operaciones para la consecución de la Libertad, no puede ser, en su orijen, la obra de muchos: las ideas discutidas al nacer se malogran, las que llevan por objeto la Libertad social no pueden ser simples, y miéntras se componen necesitan ellas mismas de una Libertad — el rigor de la discusion las haria avortar ó desvanecer (2001d, p 237).

Esta diferencia resulta fundamental, pues una de las grandes ventajas que ofrece el sistema republicano es, como sostiene en *Defensa de Bolívar*, la de proteger «la libertad de hablar y escribir», aun cuando se exponga a una continua pugna de opiniones, que entorpezca o desvíe su marcha; razón por la cual la libertad exige el ejercicio de pensamiento vinculado al «bien común». De manera que no se trata de la libertad en abstracto traducida en el lenguaje formalista de la ley, sino de hacerla práctica en la supresión de los prejuicios y costumbres sociales que promueven la exclusión de seres humanos por su condición social y cultural, así como en la eliminación de todo impedimento político y religioso que tienen como resultado la ignorancia y la opresión. Tampoco se trata de la libertad sustentada en el individualismo que acompaña este principio de libertad de acción en la Ilustración, pues, la

libertad es inseparable del «*bien común*», sin el cual «no hay ni habrá república», en la que la condición igualitaria de la ciudadanía comporta un compromiso con lo público y el vínculo solidario con los demás, sobremanera con los excluidos social y políticamente.

La igualdad. El proyecto filosófico-político rodrigueano hizo de la igualdad social y política, un eje decisivo en la fundación de República, concibiendo la igualdad de derechos sociales y políticos como condición sin distinciones para todos. Por ello, su propuesta es radicalmente opuesta a los proyectos civilizadores de la época, cuyo objetivo era el blanqueamiento de los pueblos originarios y de los diversos grupos sociales que eran el resultado de distintos entrecruzamientos étnicos y culturales. También es diferente de los propósitos homogeneizadores inherentes a dichos proyectos, pues Rodríguez asumió la importancia de las diferencias identitarias relacionadas con los vínculos culturales de pertenencia. Podemos advertir, su apuesta por la *universalidad de la igualdad*, manteniendo las identidades culturalmente forjadas.

En este sentido, propuso algo inédito en América; a saber: *la igualdad para todos y cualquiera*, que no era una igualdad formal sino una forma de relacionarse en una forma de vida política opuesta a todas las clasificaciones y categorías heredadas de castas, para relacionarse como sujetos sociales y políticos sin exclusión alguna en aras de la «causa social». Como advierte al respecto Adriana Puiggrós: «En el fondo lo imperdonable en el alegato de Rodríguez es que cree profundamente en la igualdad de los hombres a diferencia de los conservadores y de los positivistas, incluye en esa igualdad al pueblo iberoamericano» (Puiggrós, 2005, p. 107).

Llegados a este punto, cabe precisar que en Simón Rodríguez la filosofía se torna social y política, tanto en sus

reflexiones como en su acción; pues no es sólo saber qué, sino saber qué y cómo hacer, lo que se concreta en proyecto para la transformación política, social y cultural en América del Sur. La filosofía social de Rodríguez es original porque nace y se despliega desde los problemas vitales de los hispanoamericanos del siglo XIX. En este sentido, descubre el estado de injusticia imperante en las sociedades de América del Sur, estudia y cuestiona las condiciones sociales injustas arraigadas y opta por la justicia social. Su proyecto propone un nuevo sistema republicano cuya efectiva realización implique la puesta en juego de los postulados de la filosofía social. Porque las circunstancias así lo reclaman; pues, por una parte, la ostentación de riquezas de las clases explotadoras y, por otra, la miseria que impide a las clases pobres una vida aceptable, eran dos caras de la misma moneda del sistema imperante de la época.

De manera que su apuesta fue por el ejercicio de una filosofía social que abriera caminos para la supresión de ese sistema injusto, para las condiciones de posibilidad para crear la comunidad de hombre libres e iguales, que sería la finalidad social y política de su proyecto. Ello pone de relieve la importancia que, para el maestro, tenían los individuos auténticamente relacionados entre sí en pro de la 'causa social'. Por ello, también la importancia del conocimiento, del lenguaje y de la acción, moduladas por los principios que deben regir en las prácticas sociales de la 'civilización social', porque la nueva y verdadera sociedad republicana reclama la relación entre individuo y sociedad, entre razón y voluntad, entre conocimiento y lenguaje, entre ideas y diálogos. Asimismo, requería considerar el influjo de las emociones, las pasiones y ambiciones personales, porque en la conformación moral de la sociedad republicana debe haber razones para la idea y práctica de la confianza y del entreatudarse.

Estas consideraciones permiten decir que Simón Rodríguez también pensó en otras dimensiones que se dan junto al ejercicio racional y que deben incluirse en la concepción amplia de vida social. Se trata, a su juicio, de dimensiones que han de hacerse públicas, pues los individuos que las practican son necesariamente seres que hacen parte de la sociedad. Por ello, el «común sentir» debe aportar a la sociedad republicana a ser fundada y organizada en torno a la igualdad, la libertad y la justicia. De igual forma, para el maestro Rodríguez, las relaciones sociales son inseparables de las mediaciones del lenguaje, que no están exceptuadas de responsabilidad, cuyos matices sociales y morales no se restringen a la observancia de las leyes y de otras normas sancionadas por las convenciones sociales, sino que involucra el uso preciso y consciente de las palabras y sus significados, el discurso congruente con la perspectiva social y política de la vida republicana, como intentamos mostrarlo con las palabras civilización, libertad y conveniencia, por ejemplo.

Hay que reiterarlo, para el maestro, pensar y decir marchan juntos y, por tanto, si el lenguaje es social, su uso erróneo se convertía ineludiblemente en un obstáculo para crear República. Por ello, la filosofía social y la realización social están indisolublemente vinculadas a la Educación Popular⁵.

5 La Educación Popular que aparecería en sus propuestas, junto a la «colonización del país con sus propios habitantes», la «aspiración a la propiedad fundada», o forma no mercantilizada de las fuerzas de trabajo y de la tierra, y la «destinación a ejercicios socialmente útiles», o desarrollo de las capacidades productivas de los individuos, como los pilares fundamentales que, relacionados entre sí, expresarían la acción del Estado para hacer posible la formación de repúblicas con ciudadanos conscientes del *bien común*. Rodríguez hizo esta propuesta de «colonización del país con sus propios habitantes», al considerar que las circunstancias de América jugaban a favor de ella. En primer lugar, porque los campos estaban en gran parte despoblados, mientras que sus pocos habitantes estaban apiñados, en desorden y alrededor de los templos «esperando de la Providencia lo que no les ha prometido» y «miserables en medio de la opulencia ... sin esperanzas de ocupar su *imaginaria* propiedad». Niños, jóvenes y adultos, abandonados a su suerte y sin

El papel privilegiado que dio a la educación se vincula con el de la filosofía social, ya que a través de ella podían llegar a prevalecer el pensar riguroso y la crítica; de manera que ambas eran indispensables para quien se atrevió a lanzar la propuesta más insolente para en entramado de poderes de su época: la creación de un *pueblo legislador y de filósofos*, un pueblo republicano.

CON LA MIRADA REPUBLICANA: LA EDUCACIÓN POPULAR Y LA IGUALDAD COMO PRINCIPIO

*Si queremos hacer REPUBLICA, debemos emplear medios TAN NUEVOS
como es NUEVA la idea de ver por el bien de todos.*

Simón Rodríguez

La *Educación Popular* en nuestra América, como concepto y como práctica, emerge con la experiencia vital y el pensamiento filosófico-político de Simón Rodríguez, que le suscitaron la imperiosa tarea de pensar una educación otra, una escuela otra, inseparable de su propuesta de República y de gobierno republicano. Consideramos que una lectura del pensamiento filosófico-educativo rodrigueano hace imprescindible que se

saber qué hacer con su vida. Se trataba, entonces, de colonizar «el país con sus propios habitantes», en lugar de pensar en traer colonos de otras partes del mundo. En segundo lugar, porque América es un vasto territorio que ofrece tierras desocupadas en las que podían habitar todos estos seres humanos excluidos; de manera que, con seres humanos y tierras se podía iniciar un proyecto social sin precedentes, pues se trataba de Colonias a ser establecidas en cada provincia o departamento. Podríamos decir que estas colonias propuestas por Simón Rodríguez eran lugares para el *ensayo social*. S. Rodríguez (2001a, pp. 409 ss).

haga en clave de emancipación, pues en este pensamiento conjuga su vida intelectual con su experiencia política y social. Vida, experiencia y pensamiento, tejidos en el contexto social y político de su tiempo, como puede leerse el siguiente fragmento:

Para predecir lo que las COSAS SERAN, basta tener Ojos i Experiencia: para pronosticar lo que PODRIAN SER, es menester estar acostumbrado a combinar experiencias— juzgando por la naturaleza de los movimientos, y por la de las cosas en que se emplean. La Experiencia es, pues, la Escuela de los Profetas, en Artes i en Ciencias, porque cada resultado es una Inspiración. Quien no profetiza? (2001a, p. 301)

Vida, experiencia y pensamiento entrelazados, fueron componiendo la complejidad de obra escrita del maestro Rodríguez y sus ensayos prácticos. Es este entrelazamiento lo que nos permite comprender la ligazón que tienen en el despliegue de su pensamiento-filosófico-educativo los conceptos de educación popular y educación social, inseparables de su discurso filosófico-político en torno a la construcción de República, vinculada al siguiente planteamiento: «El dogma de la vida social es... estar continuamente haciendo la Sociedad, sin esperanzas de acabarla. porque con cada hombre que nace, hai qué emprender el mismo trabajo. <ha acabado su educacion> no quiere decir que ya no tenga mas qué aprender sino que, se le han dado medios e indicado modos de seguir aprendiendo.» (Rodríguez, 2016, p. 540).

En sus escritos de madurez cuestionó agudamente la educación colonial, «testamentaria», como un terreno propicio para que las nacientes repúblicas siguieran sometidas a lazos coloniales en diferentes ámbitos, como en la connivencia entre los poderes oligárquicos y las órdenes religiosas, en el sistema

hacendario, en el sistema jurídico y en el de la administración centralizada. A todo ello contribuía la ‘educación testamentaria; por ejemplo, reproducía la marcada división de castas, la exclusión social y política de los sectores populares, así como la mentalidad colonial. Por otra parte, cuestiona duramente las escuelas lancasterianas, por sus implicaciones educativas, sociales y políticas. Rodríguez se expresa de forma categórica contra el método Lancaster, recurriendo a razones carácter filosófico y político. Para él este método era contradictorio con el proyecto político republicano que se buscaba establecer en América, al contravenir la formación de un pueblo republicano, pues lejos de formar ciudadanos autónomos, produce «charlatanes en masa».⁶

Pero, además, el maestro Rodríguez, en *Luces y virtudes sociales*, da cuenta de otros medios establecidos para adquirir conocimientos: (a) La licencia dada a los «Prelados y preladados de los conventos, para abrir escuelas, y recoger en ellas a los niños pobres de los barrios...»; (b) la declaración de «libre comercio de *enseñanza*» (...), para que... se abarrotaran los Colegios, «como se abarrotan las aduanas»; de manera que las artes y las ciencias salían «a venderse, a todos precios, en diferentes casas llamadas Colegios! Institutos! Liceos! Academias! Estudios!... pero no ESCUELAS...»; y (c) La continuidad o establecimiento de Colegios jesuíticos «con todas sus mamarrachadas y sus mojigangas..., entre combates entre estudiantes de dos Colegios, para excitar la emulación (...) mientras se esté paseando el claustro de doctores, con todas sus insignias, las campanas de la Universidad estarán diciendo el motivo de la función...» (2001c, pp. 186-187)

6 En sus palabras: «ENSEÑANZA MUTUA es un disparate: Lancaster la inventó, para hacer aprender la Biblia de MEMORIA (...) Dar GRITOS y hacer RINGORRANGOS no es aprender a LEER ni ESCRIBIR. Mandar recitar, de memoria, lo que no se entiende, es hacer PAPAGAYOS, para que... por la VIDA! sean CHARLATANES.» (2001e, p. 2).

Frente a este panorama educativo, el maestro Rodríguez despliega su proyecto político-educativo, anudando su concepción de república, de pueblo, de ciudadanía y de educación popular. Como bien se ha destacado en diversos trabajos dedicados a su vida y obra, el maestro concibe la educación del pueblo como el pilar fundamental tanto para la formación del pueblo y la fundación del sistema republicano, que implicaba evitar la anarquía, la tiranía y el despotismo. Toda su obra de madurez está atravesada de referencias y reflexiones sobre la situación del pueblo en la América y la urgente tarea de su formación política y social, tarea de la cual el Estado es el principal responsable.

Por ello distinguió entre «instruir» y «educar». La instrucción es insuficiente en la formación de un ciudadano, mientras que educar es un trabajo que exige reflexión, comprensión y crítica; de manera que educar implica hacer comprender, hacer que se use el entendimiento, ya que el entendimiento está vinculado a la crítica que, como capacidad de «juzgar con rectitud», es indispensable para la formación de una sociedad republicana. De ahí su insistencia en la necesidad de enseñar y aprender a pensar, pero pensar no como el mero resultado de aplicar habilidades técnicas de pensamiento, sino como ejercicio del raciocinio para conocer, comprender y dar razones; un ejercicio inseparable de la opción ética y política por la erradicación de las formas de opresión. Se trata del pensar como acto que conjuga dimensiones intelectuales, políticas, éticas y afectivas; de pensar cuestionando lo inadmisible y, a la vez, sintiendo y dibujando una realidad de igualdad y de libertad para todos los que habitan la América del Sur. Se trata de un modo de pensar en el cual, como dice Kohan, el adagio «inventamos o erramos» implica que:

[la]verdad precisa ser... inventada, como parte de una ética y de una política que hagan de esta parte del mundo un lugar para que todos los que lo habitan puedan vivir como se debe vivir... La invención es criterio de verdad, sustento epistemológico y político de la vida que estamos afirmando en América. No todas las invenciones son verdaderas pero sabemos que si no inventamos no podemos acceder a la verdad, que la verdad no puede ser imitada, reproducida, copiada, modelada de otra realidad. Tenemos que encontrar la verdad por nosotros mismos, o nunca la encontraremos... Es la propia vida de Rodríguez un intento por pensar, inventar y practicar esa verdad que necesitamos los que habitamos esta parte del mundo» (2015, pp. 78-79)

Por ello, en *Sociedades Americanas*, el maestro propone enseñar a los niños a ser preguntones para que no obedezcan ciegamente a la autoridad, pues la formación de la capacidad de juzgar dando razones es uno de los objetivos más importantes de la formación de un ciudadano, ya que los ciudadanos tienen el derecho y el deber a elegir a sus representantes, mediante los diversos actos electorales que puedan tener lugar, y la educación de los niños debe prepararlos, entre otras cosas, para realizar esta tarea lo mejor posible:

Está muy bien que los jóvenes se instruyan: pero... *en lo necesario primero*. ¿Que saben y que tienen los jóvenes Americanos? Sabrán muchas cosas; pero *nó vivir en República*. Gozarán algunos de un caudal transmitido; pero no serán todos *capaces de adquirirlo*. (...) *Saber sus obligaciones sociales* es el primer deber de un Republicano—y la primera de sus obligaciones es *vivir de una industria que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente* (...) Nada importa como *tener Pueblo*: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social (2001a, p. 283)

Como lo hicieran más tarde Eugenio María de Hostos y José Martí, apostó por una educación pública, libre de los dogmatismos y prejuicios que la religión católica había implantado. No solo se trataba de emancipación intelectual respecto a los dispositivos que domesticaban el pensamiento, sino también social, política, ética, estética, existencial; ameritando todas, el saber pensar para demoler los dogmatismos, los prejuicios, las supersticiones y las costumbres que impiden forjar república. Por ello, en *Sociedades Americanas* insistirá, como en sus otras obras de madurez, en la «*Educación Popular*» como el medio fundamental que hará posible que los pueblos americanos fueran capaces de fundar repúblicas verdaderas. Los gobernantes, por tanto, necesitaban impulsar la Educación Popular que es, al mismo tiempo, pública, general y social, si realmente esperan la creación de verdaderas repúblicas.

Pensamos que para el maestro la relación entre república y educación está mediada, fundamentalmente, por la adopción consciente del «común sentir» inherente a la conveniencia general, entendiendo que lo que no es general no es verdaderamente público, ni público lo que no es social. De manera que establece, respecto de la educación, una estrecha relación entre lo público y lo social, planteamiento este que ha de vincularse con la inclusión de todos en condiciones de igualdad y, en consecuencia, a los sectores sociales excluidos de los derechos y beneficios que el sistema republicano prometiera. En este sentido, el maestro Rodríguez es precursor, en América del Sur, de lo que hoy conocemos como educación pública y, sobre todo, de la inclusión igualitaria de todos. Esto ya puede apreciarse a partir de su primera obra, luego de su retorno a América en otras condiciones sociales y políticas, *Sociedades Americanas en 1828*, en cuyo «Pródromo» podemos leer lo siguiente:

... ¿quien hará que las voluntades se pongan de acuerdo? ¿Será aquel sentimiento del deber, que coarta las facultades del poder?... Este sentimiento nace del conocimiento que cada uno tiene de sus verdaderos intereses; y para adquirir este conocimiento debe haber Escuela en las Repúblicas... y Escuela para todos, porque todos son ciudadanos. (2001a, p. 284).

Lo que aquí está en juego es la formación de niños y jóvenes, porque se trata de «crear voluntades» ancladas en el sentimiento del deber social, ya que es de la conjunción de sentimientos que cada hombre forma su conciencia y por esta rige sus comportamientos, y porque la combinación de sentimientos en la sociedad es lo que hace conciencia social, conciencia pública. La «conciencia Republicana», que todavía no se ha empezado a formar, «para que los pueblos se sientan capaces de dirigirse por sí» (*idem*: 284). De ahí la fundamental importancia que tenía para el maestro la «escuela para todos», porque «todos son ciudadanos», lo que implicaba liberarse de los cánones impuestos en las mentalidades para cambiar las viejas costumbres de conveniencia individual por las nuevas ideas de «conveniencia social»:

La mayor fatalidad del hombre, en el *estado social*, es no tener, con sus semejantes, un *comun sentir* de lo que conviene a todos. Solo la transformación del individuo mediante La EDUCACIÓN SOCIAL remediaría este mal; pero nos entendemos poco sobre el sentido de la palabra, y se oponen al establecimiento de la Educación dificultades que un poco de reflexión haría desaparecer. (2001a, pp.163-164).

Planteamiento este que ha de vincularse con el que hace acerca de la necesidad de una educación verdaderamente pública, general y social que, por tanto, incorpore a todos en

condiciones de igualdad y, en consecuencia, a los sectores sociales segregados de los derechos y beneficios que el sistema republicano prometiera:

... Si la Instrucción se proporcionara a TODOS... ¿¡cuántos de los que despreciamos, por Ignorantes, no serían nuestros Consejeros, nuestros Bienhechores o nuestros Amigos?!.... ¿¡Cuántos de los que nos obligan a echar cerrojos a nuestras puertas, no serían Depositarios de las llaves?! ¿¡Cuántos de los que tememos en los caminos, no serían nuestros compañeros de viaje?! (...) que los mas de los que nos mueven a risa, con sus despropósitos, serían mejores Maestros que muchos, de los que ocupan las Cátedras—que las mas de las mujeres, que excluimos de nuestras reuniones, por su mala conducta, las honrarían con su asistencia; en fin, que, entre los que vemos con desden, hai muchísimos que serían mejores que nosotros, si hubieran tenido Escuela. (2001a, p. 327)

La educación social implica la formación de la conciencia pública, pues: «En las Repúblicas la *Escuela debe ser política también*, pero sin pretextos ni disfraces. En la sana política no entran mañas, tretas ni ardidés. La política de las Repúblicas, en punto e instrucción es formar hombres para la sociedad» (2001b, p. 235), porque solo mediante la educación se dan herramientas al pueblo para aprender el «arte de vivir en sociedad», que implica el arte de enseñar y aprender a pensar. Lo hasta aquí expuesto, permite advertir los alcances de su conocida sentencia:

La INSTRUCCIÓN PÚBLICA
 en el siglo 19
 pide MUCHA FILOSOFÍA
 y que
 el INTERES JENERAL está clamando por

una REFORMA y que
la AMÉRICA está llamada
por las circunstancias á emprenderla
atrevida paradoja parecerá....
.... nó importa
los acontecimientos irán probando
que es una verdad mui obvia
la América no ha de IMITAR servilmente
sino ser ORIJINAL.
(2001b, p. 110)

Llegados a este punto, cabe hacer notar el asunto de la originalidad de Simón Rodríguez en su pensamiento en torno a la educación, que suele entenderse en términos de la importancia que dio a la inclusión educativa de los sectores populares, para darles herramientas que posibilitaran su incorporación progresiva a la vida del trabajo. Ahora bien, aunque la propuesta educativa del maestro tiene ciertas afinidades con otros pensadores de su época, quienes daban importancia a la inclusión de los sectores populares en la educación, pensamos que hay al menos dos aristas que permiten advertir dos diferencias fundamentales en su propuesta y, por tanto, de su originalidad que, a nuestro juicio, radica en su modo de pensar el estrecho vínculo entre *la igualdad y la educación*; cuestión que sólo el maestro enfatiza en América y en su tiempo.

La primera de estas aristas concierne a los sectores populares pensados como sujetos de la construcción de repúblicas y no como futura mano de obra asalariada a la que hay que instruir, mediante mejoras educativas como estrategias para mejorar la situación de los pobres, pero en función de los intereses de las clases dominantes. Para Rodríguez, se trataba de prepararlos para el trabajo útil y como ciudadanos partícipes de los asuntos públicos. La segunda arista atañe a la cuestión de

la *igualdad* que, para los intelectuales americanos de su tiempo, era un ideal o una finalidad irrealizable para todos, pues el punto de partida era la desigualdad que se constataba. De manera que se trataba de generar condiciones para que los desiguales se convirtieran en iguales y en este sentido, la escuela fue pensada como medio del Estado para propiciar condiciones de igualdad a quienes eran desiguales.

Simón Rodríguez asume que la igualdad no es una finalidad a la que podría llegarse considerando la desigualdad existente, sino un principio a ser realizado desde la niñez, porque todos los niños son iguales y como iguales han de incluirse sin distingos de ningún tipo en la escuela, para que más tarde se incorporen como iguales en la vida del trabajo y en vida política republicana como ciudadanos. De manera que la dimensión política de la igualdad es un objetivo a lograr tras un largo proceso educativo, pues la ciudadanía debe ser construida. En este punto, su propuesta guarda ciertas similitudes con otros pensadores de su época; no obstante, en su proyecto se advierten dos diferencias fundamentales: la consideración de los sectores populares como un componente nuclear de la construcción de repúblicas y su concepción de la igualdad como principio a realizar en y desde la escuela misma.

De ahí que el eje articulador de su pensamiento político-educativo sea el concepto de ‘Educación Popular’, vinculado a la acción instituyente de una escuela otra; lo que, a nuestro entender, hace original y radical su propuesta filosófico—educativa. Este concepto rodrigueano rompe radicalmente con la idea y práctica de lo que en su tiempo era llamado de igual manera para referirse a las instituciones centradas en la caridad hacia los niños y jóvenes pobres, o en la capacitación de mano de obra útil y dócil (como en las escuelas lancasterianas). En la propuesta-apuesta del maestro, se trata de hacer escuela, una

escuela destinada al proceso de formar un pueblo republicano, lo que implicaba un proceso de enseñanzas y aprendizajes del que hace parte fundamental la formación en el «arte de vivir *en sociedad*», entre iguales y como iguales, como corresponde a una verdadera sociedad republicana en la que todos han de ser ciudadanos. En este sentido, pensamos que para el maestro la relación entre república y educación está mediada, fundamentalmente, por la adopción consciente del «*común sentir*» inherente al bienestar y conveniencia general, entendiendo que lo que no es general no es verdaderamente público, ni público lo que no es social.

Este planteamiento, entre otros, muestra que Simón Rodríguez es precursor, en América del Sur, de lo que hoy conocemos como educación pública y, sobre todo, de la inclusión de todos en condiciones de igualdad, vinculada a la libertad; haciéndolo en un sentido similar a algunos pensadores de la Ilustración, especialmente Condorcet⁷. Ello ya puede apreciarse a partir de su primera obra, luego de su retorno a América, en otras condiciones sociales y políticas, *Sociedades Americanas en 1828* (edición de 1828), en cuyo «Pródromo» podemos leer lo siguiente:

Está muy bien que los jóvenes se instruyan: pero... *en lo necesario primero*. ¿Que saben y que tienen los jóvenes Americanos? Sabrán muchas cosas; pero *nó vivir en República*. Gozarán algunos de un caudal transmitido; pero no serán todos *capaces de adquirirlo*. (...) *Saber sus obligaciones sociales* es el primer deber de un Republicano—y la primera de sus obligaciones *es vivir de una*

7 Para quien, en su obra *Cinco memorias sobre la Instrucción pública*, los principios que deben orientar la nueva instrucción pública son: el laicismo, la igualdad, la universalidad y la gratuidad, a ser expresados en una escuela de carácter universal, gratuita y laica, como la mejor garantía para asegurar el ejercicio responsable de los deberes ciudadanos; y junto a ello, el apoyo necesario para que todos y cada un fuesen más felices.

industria que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente (...)

Nada importa como *tener Pueblo*: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social.

....

...¿quien hará que las voluntades se pongan de acuerdo? ¿Será aquel sentimiento del deber, que coarta las facultades del poder?... Este sentimiento nace del conocimiento que cada uno tiene de sus verdaderos intereses; y para adquirir este conocimiento debe haber Escuela en las Repúblicas... y Escuela para todos, porque todos son ciudadanos.» (2001a, pp. 283-284)

Como puede advertirse, para el maestro Rodríguez, en el proyecto de fundación de las repúblicas americanas, la educación, su finalidad y su importancia para la construcción de repúblicas constituye su núcleo articulador. Lo que aquí está en juego es la formación de niños y jóvenes, porque se trata de formar voluntades ancladas en el sentimiento del deber social, porque es de la conjunción de sentimientos que cada hombre forma su conciencia y por esta rige sus comportamientos, y porque la combinación de sentimientos en la sociedad es lo que hace conciencia social, conciencia pública. La «conciencia Republican» que todavía no se ha empezado a formar «para que los pueblos se sientan capaces de dirigirse por sí»:

Hagan los Directores de las Repúblicas lo que quieran; miéntas no emprendan la obra de la *Educacion social*, no verán los resultados que esperan. Nunca saldrán de la fastidiosa repeticion de principios *jenerales*, ni de la interminable disputa sobre *derechos y libertades*, que ¡tanto perjudica al crédito de la causa y á la reputacion de sus defensores! (...)

...

No esperen de los Colegios lo que no pueden dar.... están haciendo Letrados.... no esperen *Ciudadanos*. Persuádanse que, con sus libros y sus compases bajo el brazo, saldrán los estudiantes á recibir, con vivas, á cualquiera que crean dispuesto á darles los empleos en que hayan puesto los ojos. . . ellos ó sus padres. (*Ídem*, p. 284-285)

Advertimos en estos planteamientos la fundamental importancia que tenía para Rodríguez el concepto de «Escuela para todos», en el sentido de que «todos son ciudadanos», por lo cual la educación para todos es un asunto de gobierno. En ello pone en juego su aguda crítica no solo a la escuela de su tiempo, sino también a la dirección que estaban imprimiendo a la educación los gobiernos republicanos⁸. Es por ello que asevera: «La Instrucción pública en el siglo 19, pide mucha filosofía: el interés jeneral está clamando por una reforma; y la América está llamada por las circunstancias á emprenderla. Atrevida paradoja parecerá; nó importa: los acontecimientos irán probando que es una verdad mui obvia: la América no ha de imitar servilmente, sino ser original» (*Ídem*, p. 137).

Lo hasta aquí expuesto permite afirmar que para Rodríguez se trataba de la emancipación mental y política frente a las formas de despotismo de entonces, que ameritaban la domesticación del y las costumbres, porque es el saber pensar el que puede demoler los dogmatismos, los prejuicios, las supersticiones y los hábitos que impiden forjar república. Por ello en sus obras de madurez, insistirá en la *Educación*

8 Como lo expone de la siguiente manera: «La Instrucción Pública actual, bien vista, no es otra cosa que un establecimiento hecho por el Gobierno (ó por cualquiera) para ejecutar, al pié de la letra, lo que mandan los padres de familia, ó para adivinarles los pensamientos, cuando no saben decir lo que quieren mandar. Tienen, los Directores de estos establecimientos, ciertas libertades, que se reducen á decir, con un aire de gravedad, que en sus casas rijen unos estatutos, á que deben sujetarse cuantos entren en ellas, so pena de ser expulsados: los estatutos se componen de prácticas consultadas para adular.» (Rodríguez, 2001c, p.108).

Popular como el medio fundamental para hacer posible que los pueblos americanos fuesen capaces de fundar verdaderas repúblicas. En Rodríguez, el concepto de *Educación Popular* es un concepto filosófico político, con el cual nombra, analiza y reflexiona las premisas, el despliegue y las consecuencias sociales y políticas de un acontecimiento del que él mismo fue partícipe fundamental. Un acontecimiento en el sentido de que irrumpe e interrumpe el predominante el estado de las cosas de la educación en su época. Este acontecimiento es la Escuela Modelo de Chuquisaca, Bolivia, su ensayo de Educación Popular, que describe en la larga «Nota sobre el Proyecto de Educación Popular», con la que culmina su *Defensa de Bolívar* (2001d, pp. 355-361), para contravenir a quienes suponían que Bolívar tenía intenciones contra la Libertad, pues, a diferencia de quienes pretenden reinar, Bolívar buscaba elevar al Pueblo su dignidad. Allí destaca, entre otros aspectos, que:

El proyecto de Educación Popular tiene la desgracia de parecerse á lo que, en varias partes, se ha emprendido con este nombre — y se practica, bajo diferentes formas, con un corto número de individuos, sobre todo en las grandes capitales. Las fundaciones son todas piadosas. . . . Unas para expósitos — Otras para huérfanos — Otras para niñas nobles — Otras para hijos de militares — Otras para inválidos . . . en todas se habla de caridad: no se hiciéron por el bien jeneral, sino por la salvacion del fundador ó por la ostentación del Soberano. El Establecimiento que se emprendió en Bolivia, es *social*, su combinación es nueva, en una palabra es la REPUBLICA: hay en él lo que se vé en los demas, por que es una Obra — hay hombres, que son las materias — agentes, que son los obreros — lugares donde se trabaja, que son los talleres — Director, que es el maestro — é Inspector (el Gobierno) que es el dueño. Todos los relojes se componen de ruedas y resortes, y no son los mismos (2001d, p. 358).

Estas palabras muestran que, con su concepto de Educación Popular, el maestro Rodríguez nombra y piensa el acontecimiento educativo que se pusiera en práctica en la Escuela de Chuquisaca. Apoyándonos en el concepto de acontecimiento de Alain Badiou (1999), decimos que se trata de un acontecimiento político, porque esta escuela emerge en una situación educación marcada por la desigualdad y la exclusión de los niños y jóvenes pobres. Una escuela en el que el maestro puso en práctica otro modo de pensar y hacer escuela, que aparece en medio de esta situación educativa como una irrupción radical que interrumpe y transforma la escuela existente, que escapa a toda regla instituida en la situación educativa de entonces, resultado de ordenamientos que determinaban, clasificaban, ordenaban y asignaban una escuela de acuerdo a la condición social y racial de los niños.

Un breve acercamiento general al contexto histórico de la educación en la América hispana entre mediados del siglo XVIII y comienzos del XIX, nos ayuda a comprender lo que se puso en juego con ese singular acontecimiento. Las reformas educativas borbónicas que fueron dándose desde mediados del siglo XVIII, se vinculaban a la idea de la educación del pueblo como un medio para el progreso del imperio. Así, en las grandes ciudades de la colonia, como Bogotá y Buenos Aires, se crean instituciones como Universidades, Colegios Mayores, Colegios Reales, escuelas parroquiales y conventuales; y los hospicios que eran instituciones creadas con fines caritativos, pasan a ser organizados como establecimientos para educar a los niños de los sectores más pobres, lo que no cambiaría durante los primeros años de las repúblicas.

Cada una de estas instituciones se destinaba a un determinado sector de la población, de acuerdo a su rango social y racial. Indios, mestizos, negros, mulatos y blancos

pobres, tenían la posibilidad de recibir algún tipo de educación, como internos de los hospicios convertidos en espacios de encierro y de disciplinamiento destinados a la formación de una mano de obra que contribuyera al progreso del imperio y, luego, de las nacientes sociedades republicanas. Eran los más pobres, los no deseados, que pasaban a ser incluidos en la escuela como desiguales, con posibilidades de acceder a los rudimentos de lectura y escritura. Inferimos que, en el caso de Chuquisaca, como en el resto de América del Sur, se reiteraba la inclusión de niños pobres en la escuela, pero en condiciones de desigualdad. El gobierno republicano, más allá de la apertura de escuelas y hospicios, no había generado cambios sustantivos en la educación de los sectores populares, se mantenían las escuelas diferenciadas conforme a la condición social y racial de los niños.

Era este el predominante estado de las cosas en la educación, cuando en 1826, dos años antes de la publicación de su primera obra, *Sociedades Americanas en 1828*, Simón Rodríguez fue designado por Bolívar como Director de Enseñanza Pública y de Agricultura, Minas y Caminos Públicos de la República, y procede a la apertura de una escuela radicalmente distinta a las existentes. Una escuela singular, inédita. Veamos en qué sentido, retomando la referida *Nota sobre el Proyecto de Educación Popular*. En primer lugar, porque produjo la transformación de los criterios a partir de los cuales se decidía la inclusión de los niños en la escuela, de acuerdo a su condición social, racial, cultural y de género. La Escuela de Chuquisaca hace que por primera vez en esta ciudad y en la América del Sur, los niños se incluyeran en un mismo espacio y sin discriminarlos por su condición de clase social, su género, su color de piel, su lengua, sus costumbres y sus creencias religiosas.

Es una escuela para todos en condiciones de igualdad, con la finalidad de formarlos como futuros ciudadanos republicanos, pues la dimensión política de la igualdad en el pensamiento del maestro Rodríguez radica en su idea fundamental de que todos pueden ser ciudadanos. Ello, desde luego era algo impredecible e ininteligible, también escandaloso e inaceptable para el entramado del poder económico, político y clerical. El maestro no propone una escuela que haga algo por nivelar las desigualdades existentes; por el contrario, postula como principio la igualdad de los niños, un principio del cual se parte y cuyas consecuencias prácticas son verificadas en las acciones. Por ello escribe en *Sociedades Americanas*:

...por más que se trabaje en desimpresionar a los pueblos de la idea que tienen formada de su suerte, nada se conseguirá, si no se les hacen sentir los efectos de una mudanza ¿Cómo se hará creer a un hombre, distinguido por ventajas naturales, adquiridas o casuales, que el carece de ellas es su igual? ¿Cómo, por el contrario, creará otro que nada le falta cuando está viendo que carece de todo? Y ambos ¿Cómo se persuadirán que han pasado a otro estado, si se ven siempre en el mismo? Se discurre, se promete, se hermosean esperanzas... ¡pero nada de esto se toca! (2001a, p. 271)

En segundo lugar, la escuela de Chuquisaca, ofrece alimentación, higiene, vestimenta, y dormitorios dignos; los niños pobres y sus padres serían alojados en casas aseadas, espaciosas y con lugares para los talleres, de forma que asistieran a la escuela de la misma manera en que lo hacían los niños de la clase alta, porque ninguno tiene privilegios u obligaciones especiales que provengan de su lugar en la sociedad. Ofrecía aprendizaje de los oficios básicos, siendo los tres principales: la albañilería como trabajo de la tierra, carpintería como trabajo de la madera y herrería como trabajo

de los metales. Daba ocupación a los padres de los niños y asistencia a los que por invalidez no podían trabajar. Era la escuela como espacio de acogida y de aprendizajes en torno a sí mismos y los otros como iguales, habitando un mundo común. En tercer lugar, aprenden artes y ciencias, y los valores sociales de una República de ciudadanos libres e iguales. De todo ello participaban jóvenes que se formaban para después enseñar en otros lugares. Y, contrastando con la entonces predominante enseñanza memorística y repetitiva, se planteaba la igual capacidad de los niños para ejercer el raciocinio, reflexionar, hacer juicios. Este rasgo se vincula con lo que planteara en *Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga*:

El Vulgo no ve, en la 1ra. Escuela, mas que Niños en Salitas o en Salones, incomodando al Maestro, paraque no incomoden en sus casas: los Niños creyendo, que la Escuela es para aprender a fastidiarse, i el Maestro. . . que debe fastidiarse, para darles ejemplo. Ellos aprenden a MENTIR, i él. . . a DISIMULAR. OBEDECER CIEGAMENTE, es el principio que gobierna. Por eso hay tantos Esclavos — i por eso es Amo el primero que quiere serlo.

Enseñen los Niños a ser PREGUNTONES! paraque, pidiendo EL POR QUE, de lo que se les mande hacer, se acostumbren a obedecer. . . a la RAZÓN! nó a la autoridad, como los LIMITADOS ni a la COSTUMBRE, como los ESTUPIDOS. (2001e, p. 227)

En la citada *Nota Sobre el Proyecto de Educación Popular*, el maestro también refiere a la libertad de la cual gozaban niños y padres; pues: «ni los niños eran frailes ni los viejos presidiarios — el día lo pasaban ocupados y por la noche se retiraban á sus casas, excepto los que querían quedarse». Franca contraposición respecto de los hospicios y su reconfiguración

escolar como instituciones de encierro y control.⁹ Asimismo reseña los agravios a los que fuera sometido para impedir la ejecución del proyecto de Educación Popular, luego de que Bolívar partiera al Perú, lo que también cuenta el maestro en dicha *Nota sobre el proyecto de Educación Popular*: «...era un sabio a la moderna, hereje, ateo, impío, francmasón, inmoral, libertino, pródigo y tramposo, que no iba a misa, no hacía caso de los truenos, vivía en mal estado, no sabía la historia, ni hablaba latín... (...) Denunciado por sus vicios y ridiculeces, se le despreció como merecía y el Gobierno lo declaró por loco...» Bajo la presión de la oligarquía y del clero, Sucre revocó el nombramiento de Rodríguez y, tras seis meses de iniciado el ensayo, éste fue abolido. Fue, como comenta Andrés-Lasheras, una pelea desigual. «Rodríguez contra todos los intereses creados de Bolivia, con Sucre entre los dos fuegos como espectador», pues:

Al recoger los niños pobres y huérfanos de ambos sexos para darles “instrucción moral y religiosa” enseñarles “los oficios principales” y auxiliarlos, socorrerlos y ampararlos “después de establecidos” como campesinos o artesanos al salir de la escuela, estaba iniciando la creación de una sociedad paralela que, en menos de 10 años, sería un fenómeno irreversible –y quitando la base de sustentación a los explotadores tradicionales terratenientes y clero– y a los de nuevo

9 Además de las referidas características, entre otras, el maestro reseña que se había dispuesto que en cada Departamento de la República debía existir una escuela igual a la de Chuquisaca; que, en menos de 4 meses: «...la casa de Chuquisaca reunió más de 200 niños, cerca de 50 pobres, y 20 jóvenes de diferentes partes que aprendían para propagar la instrucción en otras ciudades», y que a su salida había dejado una lista de cerca de 700 niños aspirantes a los primeros lugares que se diesen. Destacando que: «La intención no era (como se pensó) llenar el país de artesanos rivales ó miserables, sino instruir, y acostumar al trabajo, para hacer hombres útiles — asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento . . . era colonizar el país con sus propios habitantes. Se daba instrucción y oficio á las mujeres paraque no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia. (2001e, p. 357)

cuño políticos y militares seudorepublicanos. (Andrés-Lasheras, 2001 p. 58)

Menos de cuatro meses transcurrieron entre el inicio y la clausura del proyecto de educación popular en Chuquisaca¹⁰. La oligarquía chuquisaqueña se impuso, le temía a la Educación Popular que estaba forjando Rodríguez, porque eso de hacer una revolución económica, social, cultural y política, a través de la educación social, para hacer una nación igualitaria, libre, prudente, fuerte y pensadora, representaba un peligro. De manera que las relaciones entre Sucre y Rodríguez deben ser obstaculizadas, de lo contrario peligraba su permanencia en el poder. Sobre la experiencia de educación popular en Chuquisaca, nos parece de sumo interés la pregunta y la respuesta que plantea de Walter Kohan en los siguientes términos:

¿Ha fracasado Simón Rodríguez con su intento de educación popular en Bolivia? En un sentido sí, como él mismo lo admite. En otro sentido, no se puede medir el éxito o fracaso de una idea por su suceso institucional. Habría que considerar al menos otros dos

10 El maestro Rodríguez culmina la referida Nota sobre el Proyecto de Educación Popular haciendo un balance, cuatro años más tarde, de lo que se hubiera logrado si sus opositores no hubiesen actuado de acuerdo a su egoísmo e intereses particulares, pasando por encima del bien general, social y común: Si el Gobierno de Bolivia, en el año 26, se hubiese tomado el trabajo de examinar el plan, habría conocido su importancia — si hubiese exigido de los que desaprobaban las razones en que debían fundarse, é impuesto silencio á los que se oponían bajo pretextos frívolos, el Alto Perú sería hoy un ejemplo para el resto de la América meridional: allí se verían cosas verdaderamente nuevas (...) En los 4 años que han corrido desde Enero de 26, en que se dió principio al establecimiento en Chuquisaca habría (á lo menos) 25,000 personas ocupadas {con propiedad, por consiguiente} — instruidas en sus deberes morales y sociales {por consiguiente republicanas y adictas al Gobierno}, — los campos estarían cultivados y los labradores tendrían casas bien construidas, mobladas y limpias — estarían decentemente vestidos — se divertirían con moderación y entenderían de sociedad. . . en una palabra, serían CIUDADANOS.

aspectos. Primero, el impacto que esa experiencia escolar ha tenido para las miles de vidas de cholitos, indios, negros y zambos que, por primera vez, pudieron entrar a la escuela en América. Segundo, la contribución de ese intento a una idea de lo que significa hacer escuela en América. En estos dos aspectos no parece sensato hablar de fracaso. (2014, p. 57).

El maestro Rodríguez inventa otras maneras de ser y estar en el mundo de la educación y aquí radican sus fecundos aportes que trascienden fronteras espaciales y temporales, pues se trata de que su concepción de lo popular se inscribe en la posibilidad de crear alternativas a las diferentes formas de opresión. Su propuesta filosófica -educativa lleva la impronta de esta posibilidad, contraponiéndose al estado de las cosas en el terreno educativo. En este sentido, cabe reiterar que el maestro crea el concepto filosófico-educativo de *Educación Popular*, que hace parte fundamental de su filosofía social y política; siendo ello lo que nos permite advertir la radical novedad de su pensamiento y de sus ensayos prácticos y, también, la potencia de este concepto para repensar la escuela y lo que significa hacer escuela en América del Sur.

El concepto rodrigueano de *Educación Popular* siguió y sigue resonando aun en nuestros tiempos. Sobremanera, en y desde las voces que se juntan en los movimientos de educadores populares. En y desde los de “arriba”, parecen seguir resonando los ecos que, como improntas, continúan quedando en las nuevas oligarquías y sus rostros económicos, políticos e intelectuales, trasfondo de las deudas que seguimos teniendo con el maestro. La deuda con su llamado a forjar hábitos republicanos, mediante una educación preocupada en formar a los ciudadanos para ejercer «el arte de vivir en sociedad», implica en lo fundamental el ejercicio de la igualdad de todos y para todos. La deuda con la vital importancia de

romper con la naturalización del sistema de desigualdades en un modo de vida en el cual, como dice en *Defensa de Bolívar*, luego de lograda la independencia: hay un «*espacio inmenso... entre independencia y libertad está por descubrirse*», pues se trata de pensar la libertad como un proyecto por construir y cuya realización sigue exigiendo el ejercicio de pensamiento, arte y creación, por parte de todos, sin distinción.

Todo ello anudándose en la deuda con la creación de Repúblicas verdaderas, implicando un horizonte de común sentir-pensar y hacer, que implica la toma de conciencia social acerca de la prioridad de la *esfera de lo público*, pues es en esta esfera donde ciudadanos republicanos pueden ejercer su ciudadanía implicando el valor de una razón política traducida en actuar conforme a principios y valores republicanos. Y, hoy, anudándose con toda la potencia que requieren las luchas contra lo que ha venido fracturando lo que de Res-Pública ha podido construirse en Nuestra América: el neoliberalismo, entendido como forma de racionalidad política, penetrando en los diversos espacios de lo social y en nuestros cuerpos.

A MANERA DE EPÍLOGO: CON LOS OJOS ABIERTOS

Los postulados y predicamentos político-educacionales del maestro Rodríguez, apenas intuidos en su primer escrito crítico en 1794, en la Caracas clasista y racista de su juventud, y tejidos sólidamente al compás de sus aprendizajes se afincaban, a su vez, en un referente político-ideológico de índole socialista ('utópico', propio de la época). Simón Rodríguez, al igual que sus contemporáneos, pero más que ellos, tenía claro que para

alcanzar la verdadera Libertad no bastaba la emancipación político-militar, sino que era necesaria la liberación en el orden económico y cultural. Fue un ‘emancipador cultural o mental’ (de hecho, nunca se involucró en acción militar o bélica alguna). Tal quehacer cultural y educativo no lo concebía en el vetusto modo del ‘saber por el saber’ o ‘del estudio de las letras’, sino del saber en cuanto saber experiencial, para aprender; del conocimiento para hacer, producir, crear.

En su discurso el maridaje entre teoría y práctica es simbiótico: ‘pan, luces, talleres, paz, sociabilidad, velas, sebo, artesanos, filosofía, molinos, física, indios, geografía, bienestar moral, jabón, etc.’, son proteica y multiforme levadura en sus germinales escritos político. Y su utopía socialista contenía un proyecto inclusivo en aquellas comunidades imaginadas. Propuso la educación como la base fundamental que lograría la inclusión social de negros, zambos, mulatos e indios y todos aquellos que hasta el momento de la construcción de las Repúblicas habían estado excluidos de ella.

Tales inusuales características personales: esa su ‘locura razonable’, esa condición de vidente hasta en aquella tendencia a la exageración o a la caricatura, la disparatada extravagancia de su enseñanza, así como ese asumido rol de Maestro que habiendo visto la luz debe nacer para alumbrar (así él lo concebía y así lo hizo), fueron – en su circunstancia – usados por parte del discurso del poder para impedir la proyección social sus premonitorios principios educativos, incluso en la promisorio tierra que ahora acogerá al peregrino de los Alpes y de los Andes, durante casi toda su fase sexagenaria.

Una vez más, vencido por las dificultades y la carencia de apoyo oficial, tras ocho años de penosos intentos reformistas en Chile, el maestro Simón Rodríguez va arreando sus enseres y saberes, otra vez hacia el norte, para practicar, una docena

de años más, el aula abierta de los escenarios andinos: ‘*como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos*’, dirá con su habitual ironía, hasta fallecer a los 83 años, pobre y abandonado en San Nicolás de Amotape (Perú, 28 de febrero de 1854). El profesor parisiense L.A. Vendel-Heil, quien lo denominara ‘el Primer socialista americano’, le ofrece trabajo allá en París, a lo cual se opuso el tozudo viejo. Así permaneció – ilustrado e iluminador hacia el pueblo- en lo propio, muriendo en su porfía, confidenciando a su fraternal invitante: «La libertad me es más querida que el bienestar: voy a continuar alumbrando a la América: voy a fabricar velas».

En América Latina sigue estando abierta la cuestión planteada por el maestro Rodríguez en términos de sociedades donde el sistema de desigualdades permanece, naturalizándose, en un modo de vida instaurado aún años después de lograda la independencia. Cuestión con la cual advertía que no se trataba de un mero asunto de formalizar la independencia, pues el camino hacia el sistema republicano es la *Libertad* y, como dijera en *Defensa de Bolívar*: «*el espacio inmenso que hay entre independencia y libertad está por descubrirse*». Pensando en términos de actualidad, cabe decir que el concepto rodrigueano de Libertad aunado a la *Igualdad*, sigue siendo un proyecto por construir, cuya realización exige ejercicio de pensamiento, arte y creación, en y desde las mismas luchas de los pueblos que siguen desplegándose en Nuestra América.

Tenemos mucho que aprender de Simón Rodríguez para el diseño de políticas y prácticas revolucionarias en educación. Para lograr este aprendizaje se requiere de una lectura radical de sus escritos. Les invitamos a estudiar la obra de Simón Rodríguez y extraer de ella elementos para la elaboración de una pedagogía revolucionaria. Invitamos a ir más allá de la consigna “O inventamos o erramos”; a convenir que hoy

podemos encontrar en las tradiciones de resistencia, las fuentes del invento.

Y sí, seguramente había locura, la refrescante e ilusionante enajenación del amor que se hace cargo del dolor del mundo, que hace propia la carencia ajena. Porque, como aseveraba Nietzsche, *...siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la demencia*. O, como dijera Sartre, *el loco es aquel que lo ha perdido todo, excepto la razón...*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- » De Simón Rodríguez:
- » S. Rodríguez (2001a). *Sociedades Americanas en 1828. Cómo serán y cómo podrían ser en los años venideros*. En: *Obras Completas*. Tomo I. Caracas, Presidencia de la República.
- » _____ (2001b). *Extracto sucinto de la obra sobre la "Educación Republicana"*. En: *Obras Completas*. Tomo I. Caracas, Presidencia de la República.
- » _____ (2001c). *Tratado sobre las Luces y sobre las Virtudes Sociales. Obras completas, Tomo II*. Caracas, Presidencia de la República, 2001.
- » _____ (2001d). *Defensa de Bolívar. Obras Completas*. Tomo II. Caracas, Presidencia de la República.
- » _____ (2001e). *Consejos de amigo al Colegio de Lacatunga*. *Obras Completas*. T II, Caracas, Presidencia de la República.
- » _____ (2016). *Crítica de las Providencias de Gobierno*, en *Obras Completas*. Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

- » Otros autores:
- » Andrés–Lasheras, Jesús (2001) «Simón Rodríguez en sus cartas», en *Simón Rodríguez. Cartas*. Caracas: Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.
- » Badiou, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- » Kohan, Walter (2014). *El maestro inventor. Simón Rodríguez*. Caracas: Ediciones Decanato de Educación Avanzada, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.
- » Puiggrós, Adriana (2005). *De Simón Rodríguez a Paulo Freire: educación para la integración latinoamericana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- » Ramos, José Luis (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México D. F.: FCE.
- » Rousseau, J.J (1961). *El contrato social*. Buenos Aires: Perrot.
- » Rozitchner, León (2012). *Filosofía y emancipación. Simón Rodríguez: el triunfo de un fracaso ejemplar*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- » Sarmiento, Faustino (1970). *Vida de Juan Facundo Quiroga*. Barcelona: Bruguera.

A MODO DE EPÍLOGO

Simón Rodríguez propuso no un arte de escribir, sino un arte de pensar, y a éste supeditó la escritura... La escritura ha sido aquí sacada de su ordenamiento, despojada de todos sus aditamentos retóricos, exprimida y concentrada para decir lacónicamente los conceptos, y estos se han distribuido sobre el papel como en la cartilla escolar para que por los ojos lleguen al entendimiento y persuadan. Si la vida y las ideas de S. Rodríguez prueban cuán lejos estuvo de la ciudad letrada, cuya oposición fundó, ésta original traducción de un arte de pensar muestra cuán lejos estuvo también de la ciudad escrituraria...

Ángel Rama (1985). "La ciudad escrituraria", en *La Crítica de la Cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, p.18

El alegato de Simón Rodríguez, no se perdió ni perdió, sino que quedó configurado como una deuda, como que se debió haber pero no se hizo, como el proyecto que llevaría hacia la libertad, la verdadera, la de los ricos y los pobres, haciéndonos iguales, el proyecto cuya potencia fue advertida casi exclusivamente por los poderosos, y por esa razón, arrinconado, combatido, acallado, oculto...

Ni siquiera un siglo y medio después, la idea propuesta de Simón Rodríguez inspiró a la educación popular latinoamericana nacida al calor de las luchas de liberación... aquella provino

de la difusión de la obra de Paulo Freire, cuyo origen teórico pertenece a otra vertiente y a otra época. Claro está que, ambos, Rodríguez y Freire, habitan un espacio semejante de preocupaciones y compromisos... Pero merece una atención especial... el desconocimiento de la obra de Robinson, como lo llamó Uslar Pietri, por parte de los múltiples educadores, militantes y científicos sociales que hicieron usos diversos de la obra de Freire”.

Adriana Puiggrós (2004). De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Bogotá, Convenio Andrés Bello, p.50

Notas de autores

Rosa Elena Pérez Mendoza: Licenciada en Letras Universidad Central de Venezuela. Hizo una maestría en Literatura Latinoamericana, Universidad Simón Bolívar. Realizó un doctorado en Artes y Culturas del Sur en la UNEARTE. Ha publicado los libros *Que hacer es de amar* (poesía, 1996), *Juanita Poulin y otras crónicas* (crónica, 2006), *Caracas, desvíos y extravíos* (crónica, 2010), *Conjuro* (poesía, 2016) y *La crónica como oficio. Irreverencia, polifonía y creación* (ensayo, 2022). Actualmente es profesora de literatura latinoamericana en UNEARTE.

Andrés González Novoa: Doctor en educación y profesor de Teoría e Historia de la Educación de la ULL. Miembro del grupo de investigación de pedagogía crítica (PEDACRI), de la sección pedagógica PAIDEIA de la cátedra de hermenéutica crítica (HERCRITIA), del centro de estudios interdisciplinarios de América Latina (CEILAM) y del equipo de investigación sobre *Política, ética y educación* de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. Investigador en el proyecto Erasmus + KA204 *The Chrysalis and the Butterfly: Autobiographical paths of penitentiary pedagogy*, en el Erasmus + KA205 *My Cultural Heritage & My Future* y en el Jean Monnet *Enhancing EU Internationalization and knowledge from the university (HAIKU)*. Ha participado en numerosos congresos y publicaciones en torno al pensamiento pedagógico de Mariátegui, Freire, Hostos, Sarmiento,

Simón Rodríguez. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2578-8888>

María Daniela Martín Hurtado: Graduada en Pedagogía, Postgraduada en el Máster de Estudios Pedagógicos Avanzados y estudiante de Derecho en la Universidad de La Laguna. Profesora CLI de la Universidad de La Laguna, investigadora del grupo de Pedagogía Crítica (PEDACRI) y en el Centro de estudios interdisciplinarios de América Latina (CEILAM), investigadora en el proyecto Erasmus+ *The chrysalis and the butterfly: Autobiographical paths of penitentiary pedagogy*. Profesora colaboradora del taller de narrativa en la Institución Penitenciaria de Tenerife. Con numerosas publicaciones, artículos y capítulos de libro, congresos, seminarios y jornadas nacionales e internacionales. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3322-409X>

Paula Morales Domonell: Técnica Superior en Animación de Actividades Físicas y Deportivas y Graduada en Pedagogía con un Postgrado en Estudios Pedagógicos Avanzados. Colabora con el grupo de investigación Pedagogía Crítica (PEDACRI). Ha centrado su ejercicio investigador en temas como la deconstrucción y la reformulación de la comunidad, el bien común, la emancipación, el papel de la pedagogía desde una mirada crítica, pedagógica, ética y política. Actualmente trabaja como pedagoga elaborando, planificando y poniendo en práctica proyectos de índole socio

educativos centrados en la infancia y la familia.
ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-2482-4744>

Pedro Perera Méndez: Doctor en Educación, profesor de la Facultad de Educación de la ULL, profesor del Máster de Estudios Pedagógicos Avanzados y de los cursos de los expertos universitarios sobre «Gobernabilidad, desarrollo local y equidad» y «Liderazgo político y gobernabilidad». Investigador del CEILAM, PEDACRI y de la Cátedra de Hermenéutica Crítica de la UNED-ULL. Investigador y docente en cursos en formato MOOC sobre Gobierno Abierto, Gestión de la información pública y Valores democráticos para el proyecto Erasmus+ «TOGIVE» y el Erasmus+ The chrysalis and the butterfly: Autobiographical paths of penitentiary pedagogy. Ha publicado artículos y capítulos de libros sobre la temática de pedagogía social, construcción de ciudadanías y educación política. Actualmente centrado en investigaciones sobre los populismos y sus consecuencias en la sociedad actual. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-2065-1711>

Gregorio Valera-Villegas: Profesor titular de Filosofía de la UCV, de la UNESR y de UNEARTE. Escritor y editor con más de treinta libros publicados en el ámbito académico y literario, entre ellos *Identidad, narración y formación* (Fundarte, 2012) y *Los padecimientos del estudiante rata* (Ediciones del Solar, 2017). Ha recibido diversos premios en las

áreas académicas y literarias. Sus áreas de estudio comprenden la filosofía del arte, la filosofía política y la filosofía de la educación, así como también las relaciones entre la literatura y la pedagogía.

Iluska Coromoto Salazar: Profesora de Matemáticas (Universidad Pedagógica Experimental Libertador, UPEL). Especialista en Metodología de la Investigación (Universidad Rafael Urdaneta, URU) Doctora en Ciencias de la Educación (Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, UNESR) Investigadora del pensamiento educativo nuestroamericano. Docente Titular (jubilada). Fue Vice Rectora Académica de la UNESR. Autora de artículos académicos y libros. Invitada para programas formativos de grado y postgrado. Correo: iluskhasalazar@gmail.com. Caracas-Venezuela.

M^a Lourdes González-Luis: Doctora en Pedagogía. Catedrática de Universidad de la Universidad de La Laguna. Universidad de La Laguna). Directora de la Comisión Académica de Doctorado de la Facultad de Educación 2009-2014. Directora del Máster en Estudios Pedagógicos Avanzados de la ULL. Directora de los Expertos Universitarios en Gobierno Abierto y Gestión de Políticas Públicas. Coordinadora de la línea de Paideia Hermenéutica de la Cátedra Internacional de Hermenéutica Crítica (HERCRITIA). Investigadora Principal (IP) del Proyecto Erasmus+TOGIVE (Transatlantic Open Government Innovation Virtual Education) 2016-

2018. Investigadora del Proyecto Erasmus+ Activity C2 (Short-term joint staff training events): The practice of autobiography as a moment of socialization of ex-prisoners outside prison of the Project Erasmus+ KA204 The Chrysalis and the Butterfly: Autobiographical paths of penitentiary pedagogy.

Magaldy Téllez: Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Central de Venezuela. Profesora Titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela. Ex Decana de Educación Avanzada, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR). Coordinadora del Programa Postdoctoral en *Filosofía y Ciencias humanas en Nuestra América*. Coordinadora de la Línea de Investigación *Ética, política educación: resignificaciones teóricas e implicaciones prácticas* (UNESR). Integrante de la Comisión Académica del Doctorado en Estudios de las Organizaciones (UNESR). Autora de diversos artículos y ensayos en el campo de articulaciones entre filosofía, política y educación. Miembro del Jurado de la II Edición de los Premios Internacionales HERCRITIA Hermenéutica en español «Teresa Oñate & Ángela Sierra». Cátedra Internacional de Investigación en Hermenéutica Crítica HERCRITIA, UNED, Madrid, 2022.

Sandra Moreno González: Doctora en Educación, Universidad de Oriente. Profesora Asociada de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Durante el período julio 2007–julio 2015, fue Presidenta de la Fundación Dr. Alejandro

Próspero Réverénd y Directora fundadora de la Escuela Latinoamericana de Medicina Dr. Salvador Allende. Coordinadora Nacional del Programa de Doctorado en Estudios de las Organizaciones (UNESR) e integrante de la Comisión Académica del Programa Postdoctoral en Filosofía y Ciencias Humanas en Nuestra América, forma parte del equipo de la Línea de Investigación Ética, política educación: resignificaciones teóricas e implicaciones prácticas (UNESR). Integrante de la Comisión Académica del Programa Postdoctoral en Filosofía y Ciencias Humanas en Nuestra América (UNESR). Autora de diversos artículos y ensayos en el campo de la Pedagogía, Política y Educación.

